

ROBERT WALSER

LO
MEJOR
QUE SÉ
DECIR

SOBRE
LA
MÚSICA



Siruela

ROBERT WALSER

**LO MEJOR QUE SÉ DECIR
SOBRE LA MÚSICA**

Edición literaria y epílogo de
Roman Brotbeck y Reto Sorg,
con la colaboración de Gelgia Caviezel

Traducción del alemán
de Rosa Pilar Blanco

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

CUBIERTA
PORTADILLA
MIEDO
ESCENA DE CERVECERÍA
LAÚD
PIANO
MÚSICA
BRENTANO
EL DISPARO
SIMON
A LA LUZ DE LA LUNA
VELADA TEATRAL
AMOR DE CHICO
CUADRO VIVIENTE
LA VAQUERÍA
DON JUAN
PAGANINI
PAGANINI
EL TAÑEDOR DEL ARPA DE MANO
UNA RAMA DE ABETO, UN PAÑUELO Y UN GORRITO
EL HOMBRE
EL ARPA DE MANO
LA CAPILLA
LA SONATA
PINTOR, POETA Y CANTANTE
NOCHE DE VERANO
CONMEMORACIÓN DE LOS CUENTOS DE HOFFMANN
LA MARINA
EL CANTOR ERRANTE
NEVADA
CHOPIN
LA ANTIGUA MARCHA DE BERNA

GRAN ÓPERA
DAR GOLPES
SI YO VIERA A MI NOVIA, PERO, QUÉ DIGO NOVIA, IDEAL
TENDRÉ QUE DECIR
LA FIGURITA DE PORCELANA
CONCIERTO
YO ME LLAMABA TANNHÄUSER
MOZART, ASÍ SE LLAMABA UN MÚSICO
UNA CABEZA DE TERNERA
GERDA
EN ESTE ANTE TODO DISCRETO, DELGADO Y PEQUEÑO
MEMORÁNDUM, COMO QUIEN DICE
SOBRE UNA FUNCIÓN DE ÓPERA
LA CHICA CON EL ENSAYO
COMENTARIOS SOBRE UN ESTRENO DEL DON JUAN DE
MOZART
ASISTÍ A UN CONCIERTO
LA DAMA AL PIANO
HOY HE MIRADO DE HITO EN HITO AL DIRECTOR DE LA
NOVENA SINFONÍA
ELLA ESTUDIÓ EN EL CONSERVATORIO
TODO LO QUE UNO SE IMAGINA QUE ES UN RUISEÑOR
ERA DEMASIADO DÉBIL
ES LUNES POR LA MAÑANA TEMPRANO
HACE MEDIA HORA
SOBRE LA FLAUTA MÁGICA DE MOZART
TEMPRANO LO ACOSTUMBRARON
HACE UN MOMENTO SE HA ESCAPADO UN LIBRO DE
UNA EDITORIAL
OBRA SIN TÍTULO (II)
ACERCA DE DOS NOVELITAS
EL CONCIERTO
CIUDAD PEQUEÑA
VIDA FAMILIAR
LA HERMOSA NOCHE
EPÍLOGO

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS
NOTAS
CRÉDITOS

MIEDO

He esperado tanto tiempo
dulces notas y saludos, apenas
un acorde.

Ahora siento miedo; no penetran
las notas y acordes, sino
nieblas
desbordantes.

Acechando en la oscuridad
cantaba en secreto: alivia, tristeza,
mi caminar
cansino.

(1899)

ESCENA DE CERVECERÍA

Uno bromeaba con la camarera.
Otro apoyaba cansado su cabeza.
Un tercero tocaba el piano con mucha inspiración.
A uno la risa le brotaba de la boca.
A otro la oscuridad le corría disparada por su sueño.
A un tercero le cedió la tecla dura.
Una vez la muchacha esbelta salió corriendo.
En otra el estúpido soñador despertó sobresaltado.
Una tercera la pieza fue una canción inglesa.
Un galanteador pelma, humo de tabaco,
un soñador despertado, y un sueño,
un cansado virtuoso del piano.

(inédito, anterior a 1900)

LAÚD

Yo en el laúd toco recuerdos. Es un instrumento insignificante con el mismo sonido siempre, que a veces es largo, otras corto, en ocasiones lento, en otras rápido. Respira con bocanadas tranquilas, o de un rápido salto pasa por encima de sí mismo. Es triste y alegre. Lo singular es que, cuando suena melancólico, me hace reír, y cuando está alegre y brinca, me fuerza al llanto. ¿Hubo alguna vez nota igual? ¿Se tocó algún día un instrumento tan extraño? El instrumento apenas se puede tomar en la mano; incluso las manos más tiernas y delicadas son demasiado ásperas para eso. Tiene cuerdas de indecible finura y fragilidad. Los cabellos son ronzales comparados con ellas. Hay un joven que sabe tocarlo; y yo, que tengo tiempo para permanecer al acecho, lo escucho con atención. Toca día y noche, sin pensar en comer ni en beber, hasta altas horas de la noche y hasta bien entrado el día. Día y noche, noche y día. El tiempo existe para él únicamente para dejarlo pasar flotando a su lado como una nota. Igual que yo escucho al ejecutante, así escucha el músico todo el tiempo a su amada, el sonido de su instrumento. Nunca se ha mantenido al acecho tan fiel, tan perseverante, un enamorado. Qué dulce es acechar al acechante, ver al enamorado sentir a su lado al olvidado. El joven es artista; el recuerdo, su instrumento; la noche, su espacio; el sueño, su tiempo; y las notas a las que infunde vida son sus solícitos sirvientes, que hablan de él a los oídos ávidos del mundo. Yo soy solo oído, un oído de indecible emoción.

(1901)

PIANO

No sé cómo se llama el joven que tiene la suerte de disfrutar de lecciones en el piano de cola de una profesora tan bella y majestuosa. Ahora mismo está dejando que las manos más hermosas del mundo le demuestren sus habilidades en el teclado. Las manos femeninas se deslizan sobre las teclas como cisnes blancos sobre el agua oscura, expresando con enorme encanto lo que después dirán los labios. El joven está rodeado por una distracción en la que la profesora parece negarse a reparar. «Toque usted esto»; pero él lo hace indescriptiblemente mal. «Tóquelo otra vez»; y él lo toca todavía peor que antes. Bien, hay que volver a tocarlo; pero él lo sigue haciendo fatal. «Es usted lento». Aquel al que le dicen esto llora. La que lo dice sonrío. El que hace que se lo digan tiene la cabeza encima del piano. La que se ha visto obligada a decírselo le acaricia los sedosos cabellos castaños. Ahora el muchacho, que con la caricia ha despertado de su vergüenza, besa la delicada mano, muy distinguida y blanca. Entonces la dama rodea el cuello del chico con sus brazos maravillosos, muy suaves, que son tenazas adecuadas para el abrazo. La dama se deja besar y los labios del amable muchacho sucumben al beso de la cariñosa dama. Ahora las rodillas del besado no tienen nada más urgente que hacer que desplomarse cual tallos de hierba lacios, y los brazos del postrado de hinojos abrazan las rodillas femeninas, que también flaquean, y ahora ambos, la afectuosa y hermosa dama y el pobre y sencillo joven, se funden en un abrazo, en un beso, en un derrumbamiento, en una lágrima... y lo que es más: constituye una inesperada y terrible sorpresa para el que abre en ese momento las puertas de la habitación, lo que concluye tanto los dulzores del amor descontrolado de ambos como el relato mismo.

(1901)

MÚSICA

La música es para mí lo más dulce del mundo. Amo las notas hasta lo indecible. Para oír una nota, soy capaz de saltar mil pasos. A menudo, cuando recorro en verano las calles calurosas y resuena el piano en alguna casa desconocida, me detengo creyendo que debería morir en ese lugar. Me gustaría morir escuchando una pieza musical. Me lo imagino tan fácil, tan natural, y sin embargo es imposible, como es lógico. Las notas son puñaladas demasiado débiles. Las heridas de tales punzadas escuecen, claro, pero no destilan pus. Manan tristeza y dolor en lugar de sangre. Cuando las notas cesan, todo vuelve a serenarse en mi interior. Entonces me pongo a hacer mis deberes escolares, a comer, a jugar, y lo olvido. El piano emite la nota más fascinante, aunque la toque una mano chapucera. Yo no escucho la ejecución, sino solo las notas. Nunca podré convertirme en músico, porque nunca me hartaría de la dulzura y la embriaguez de la interpretación. Escuchar música es mucho más sagrado. La música siempre me entristece, al modo de una sonrisa triste —gratamente triste, me gustaría precisar—. No consigo encontrar alegre la música más divertida, y la más melancólica no me resulta demasiado triste y desconsoladora. Ante la música siempre me embarga una sola sensación: la de que me falta algo. Nunca llegaré a saber la razón de esa dulce tristeza, y nunca intentaré indagar en ella. No deseo saberlo. Yo no deseo saberlo todo. En general, por muy inteligente que me crea, mi afán de saber es escaso. Creo que se debe a que por naturaleza soy la antítesis de la curiosidad. Dejo complacido que acontezcan múltiples cosas a mi alrededor sin preocuparme por los motivos. Esto es sin duda censurable y poco adecuado para ayudarme a hacer carrera en la vida. Tal vez. No le temo a la muerte, y por tanto tampoco a la vida. Me doy cuenta de que estoy filosofando. La música es el arte más irreflexivo, y en consecuencia el más dulce. Las personas más juiciosas nunca la estimarán, pero precisamente a ellas les hará sentir un íntimo bienestar cuando la escuchen. Uno no debe negarse a comprender ni a valorar un arte. El arte

quiere arrimarse a nosotros. Es un ser tan refinado y pagado de sí mismo que le ofende que nos esforcemos por él. Castiga a quien, movido por el deseo de comprenderlo, se muestra complaciente con él. Los artistas lo saben. Son ellos quienes consideran su profesión dedicarse al arte, que se niega en redondo a ser abordado. Por eso nunca querría ser músico. Me asusta el castigo de una criatura tan encantadora. Se puede amar a un arte, pero hay que guardarse de reconocerlo. Se ama con más fervor cuando se ignora que se ama. A mí me duele la música. No sé si la amo de verdad. La música me encuentra dondequiera que yo esté en ese momento preciso. Yo no la busco. Me dejo halagar por ella. Pero este halago hiera. ¿Cómo decirlo? La música es un llanto de melodías, un recordar de notas, una pintura de sonidos. Es difícil precisarlo. Las palabras anteriores sobre el arte no han de tomarse en serio. Seguro que no son certeras, cuando hoy todavía no me ha alcanzado ni una sola nota. Cuando no escucho música, me falta algo, pero cuando la escucho es cuando de verdad me falta algo. Esto es lo mejor que sé decir sobre la música.

(1902)

BRENTANO

Una fantasía

Cuando abro la boca, queridos lectores, para comenzar mi relato, tenéis que pensar que es una hermosa, cálida y perfumada noche de verano. Un hombre guapo, joven, de unos veinte años, desciende por el turbulento Isar en un pequeño y rápido bote. Es Brentano. En realidad ignora cómo ha subido al bote para emprender la travesía fluvial. Apenas recuerda con claridad que lo soltó en algún lugar mucho más arriba, que lo persiguieron los gritos furiosos de un campesino o de un barquero y así empezó todo. Justo en ese momento arriba a las cercanías de la conocida metrópoli, en una pequeña ensenada que, como suele decirse, la naturaleza ha formado, y desembarca un tanto fatigado, según parece, por el esfuerzo de remar y gobernar la embarcación. Desembarca, repito, y abandona el bote al destino, o al reposo, o a la primera mano humana que se presente, que podrá cogerlo con absoluta tranquilidad. Pero observemos con algo más de atención al famosísimo romántico. Viste según la moda de su tiempo. Lleva zapatos amarillos, pantalones blancos, chaleco azul, chaqueta azul marino, corbata clara y un sombrero de paja alrededor del cual, al estilo de los pastores, ondean cintas de colores. Su cara es un semblante humano de suma inteligencia, algo pálida; es más, si hemos de ser francos, incluso muy pálida. Un bozo, un pequeño y simpático amago de bigote negro, adorna su fino labio, y sobre sus profundos, brillantes y grandes ojos se curvan unas cejas de idéntico color. Pido a todos los lectores que aún presuman de ser seguidores y perseveren que piensen que están ante una persona de extraordinaria belleza, y en verdad, cuando de repente nos muestra todo su rostro, nos sorprende la belleza y ternura que irradia. «Irradiar» es ciertamente la peor expresión que habría podido elegir, pero, ahora que ha encontrado su sitio, que perdure toda la eternidad. Las manos —oh, he olvidado por

completo las manos—. Todos los que lean estas líneas y posean un ápice de fantasía dispensarán a la mía de describir con todo lujo de detalles esas manos delicadas. Sí, de hecho, son bellas y delicadas. Los pies calzan los más elegantes zapatos amarillos, las manos ya han sido descritas, y, como la persona está dispuesta, podemos arriar velas y proseguir nuestro viaje con absoluta despreocupación por el agua fluvial de esta historia.

Es terrible con qué frecuencia aparecen errores en los autores de talento e incluso de muchísimo talento. ¿No habéis reparado en que he olvidado poner una guitarra en manos del guitarrista Brentano? He perdido el tiempo informando sobre zapatos bonitos, pantalones, vehículos, viajes de placer, y he olvidado lo más necesario y animado: el acompañamiento musical. Cielos, cabría suponer que ya no tengo valor para proseguir el viaje, pero ahora que mi hombre está tan bien equipado, tengo la audacia necesaria para decir lo siguiente: el relato continúa. Brentano ha desembarcado. Se sienta. Se ruega a todos los oyentes atentos que se acomoden también a su lado. Es la pradera más bonita en la que tenderse, y se oye música. Brentano pulsa con suavidad y energía las cuerdas de su guitarra, acompañando su canto, y todos juntos declaramos: jamás se han oído trinos más hermosos y expresivos. Tanto la letra como la melodía son de su propia cosecha, y ambas sientan de maravilla a su hermosa boca. Pero ya ha terminado de cantar. Se levanta, se pasa muy pensativo la mano por la frente, como si quisiera borrar sus pensamientos, camina despacio, distraído siguiendo el curso del río hacia una casa de campo muy cercana, y de repente se detiene de nuevo. Sin embargo, muy pronto tendrá que reanudar la marcha, pues tiene la costumbre de no caminar ni detenerse mucho rato. Creo que todos los poetas tienen la misma costumbre. Así que ahora camina, porque nosotros, sus amos, así lo deseamos, y el destino quiere que se detenga delante de una verja grande, justo delante de la puerta abierta. Es la verja del parque que rodea la casa de campo de la que hace un momento hemos tenido la benevolencia de hablar. Brentano canta, y a un viejo deslucido que presume de criado se le ocurre molestar al poeta en su labor. La dama sentada dentro de la casa, junto a la ventana abierta para respirar la suave brisa nocturna, ha oído al cantor y su melodía. Ha mandado a buscarlo, y el enviado es precisamente el roñoso criado de grisura senil cubierto de oro. Brentano obedece sin cumplidos, pero también sin una pizca de

asombro, a la invitación que le transmite el lacayo, concretamente que se presente ante la dama, a la que complacería conocer al cantor. Y aquí, gracias a Dios, termina un párrafo.

La presentación y la primera conversación educada entre la dama y Brentano han transcurrido. Ella le ha pedido que le revele su nombre, de dónde viene, adónde va, cuál es su profesión, y él ha respondido con precisión, naturalidad y respeto. La dama le parece una mujer de imponente belleza, y a él no se le ocurre la impertinencia de calcular su edad ni siquiera de pasada. Brentano posee el don de la conversación, y la dama percibe que es una persona agradable y noble en todos los sentidos. Él se sabe de memoria un montón de cancioncillas alegres y las canta sin hacerse de rogar demasiado. Las canta con decisión, sintiendo al mismo tiempo que satisface un deseo de la hermosa criatura sentada delante de él. «Señor Brentano», le dice tendiéndole su mano pequeña y blanca, «deseo amarle. ¿Quiere quedarse una temporada conmigo?». Él contesta afirmativamente, sin saber que afirma. Está acostumbrado a esa clase de exigencias y le gusta que lo soliciten. Eso le distrae, pues de lo contrario estaría siempre ensimismado. Se lleva la mano de su amable anfitriona levemente a los labios. La dama se levanta para ordenarle al ayuda de cámara, que ya conocemos, que disponga una habitación para el recién llegado. Mientras ella se ausenta, el hechicero Brentano sonríe, pero su sonrisa desaparece en un pispás en cuanto vuelve a entrar la dama. Él jamás sonreiría en presencia de mujeres bellas y cultas sin ser invitado a ello. Ella lo mira agradecida, sin saber en realidad por qué, con una sonrisa amable. Ahora también sonríe Brentano, y nosotros, que estamos a salvo de cualquier tipo de afectación.

Ha dormido divinamente durante la noche. Por la mañana pasa primero un buen rato junto a la ventana abierta, a medio vestir, sumido en sus ensoñaciones. La vista de los tejados de la ciudad, por encima de los árboles y torres, hasta la imprecisa lejanía gris, le ha seducido y no ha pensado en nada mientras tanto. Las personas cuyo sempiterno quehacer es pensar pocas veces se dan cuenta de que lo hacen, y así le sucede también al maestro Brentano. Luego, tras arreglarse, baja a reunirse con la dama para darle los buenos días y preguntarle qué tal está. Ella, vestida con blancos ropajes que producen un suave frufrú, se encuentra con él en la amplia escalera, y se miran largamente a los ojos. Ella le ofrece su boca

deliciosa y él la besa con cuidado. Entonces ella llora y le pregunta con los ojos enrojecidos si ha dormido bien, y él le responde que muy bien. La alegría de ambos es tan natural, tan inocente, como la de un niño, y a continuación mandan servir el desayuno. Después de desayunar toma la guitarra y le arranca notas que son acompañantes dulces y dignos para la alegría y el interés de sus corazones. A continuación le habla largo y tendido de sus viajes y excursiones, y ella, de tanto escuchar, apenas logra oír nada. Esto quizá se deba a la disputa del corazón con la oreja por convertirse en oyente. La dama suspira, apoya la cabeza en la mano y vuelve a mirar pensativa durante un buen rato al hombre que se sienta frente a ella tan tranquilo y apacible. Luego, abandona sus brazos y manos a los apasionados besos masculinos. Esto sucede la mañana posterior a la primera noche.

Pasean juntos por el parque cercano al río, acompañados por un perro grande y bonito. El curso del Isar escolta su charla, que parece interminable. Se acaloran sin discutir. La guapa y bondadosa mujer tiene la sensación de que su poeta, pues ya lo considera suyo, va descaminado. Le dice que divaga demasiado, que no sabe contenerse. Y le pregunta si eso le parece adecuado y sensato. Él calla complacido ante reproches de esa índole. Se limita a contestar que no sabe cómo puede ser distinto de como es. Ella, en lugar de responder, agacha entristecida la cabeza. Él rara vez dice cosas coherentes. De sus conversaciones brotan extravagancias cual cohetes en la oscuridad. Ella se da cuenta e intenta hacérselo comprender. Son felices. No se preguntan cómo es posible. Les basta con sentir que lo son sin hacerlo ni quererlo. Por la noche, su conversación es menos fresca y animada que por la mañana, no porque hayan hablado mucho durante el día, sino porque tienen la buena costumbre de sentir un cansancio generalizado por la noche... El cansancio les parece algo querido y cuando más les gusta besarse es por la noche. Entonces los besos equivalen a la conversación. No saben si se entienden del todo, pero no se les ocurre entristecerse por eso. Al contrario, se alegran de no tener que abordar determinadas cuestiones. Tampoco se esfuerzan ni pizca por preservar su felicidad. Esta preocupación les resultaría desagradable, pues se dicen, cada uno para sí, que, si su felicidad precisase vigilancia, dejaría de existir. Ella ama por encima de todo al poeta que hay en él, y él a la belleza que es ella. Él le confiesa que todo le parece

maravilloso, como un presentimiento, como un sueño; ella contesta que tiene una sensación similar, aunque no es necesario expresarla. Ella canta y recita sus versos de memoria, y él se admira de la facilidad con la que aprende. A él no le es indiferente lo que ella dice y canta, y, sin embargo, cuando ella habla y canta, todo lo demás le da igual. La mujer se da cuenta, y a menudo le apetece hacerle probar las delicias del poder femenino. Él no quiere ser su esclavo porque la ama, y a ella le encantaría ser su esclava para amarlo con más pasión. Ella se siente superior a él y eso la entristece. Él desdeña ser superior a ella. Pero ambos se alegran de no necesitar ser felices de forma ininterrumpida. Antes de acostarse él toca y ella lo acompaña con su canto. Cuando se cansan, se acuestan. Dicen que lo mejor es vivir en condiciones decentes y ordenadas. No desean tener que recurrir nunca ni siquiera al mínimo desenfreno para convencerse de que su vida es aventurera y atractiva. No hay ninguna aventura en especial que ellos deseen vivir, tan repletos están de la belleza y felicidad del presente.

A la mañana siguiente, Brentano vuelve a apoyarse, medio desnudo, en la ventana abierta de su habitación, situada en lo alto, y contempla por encima de los tejados y de los árboles la indefinible lejanía. Añora alejarse. Piensa que se siente muy a gusto allí, en compañía de esa hermosa mujer. Se viste de prisa, coge la guitarra y le dice algunas palabras, como si fuera un ser vivo. A continuación se coloca el instrumento entre las piernas, lo aferra con fuerza y se tira por la ventana. La guitarra, sin duda mágica, transporta a su maestro por el aire, por encima de los altos árboles, hasta la ciudad. En eso reconocemos al mago Brentano.

En la ciudad, paseando por las calles, ve a los artistas en sus conocidas posturas, los cigarrillos en las manos cansadas, de los que están sentados en los cafés. Le horroriza. Aborrece todo lo que es elegante ociosidad. Camina por las calles hasta que se cansa de ir de la ceca a la meca. No tiene ojos para los fulgurantes ojos de mujer que lo miran provocativos. Él cree que duerme, que sueña. Una nostalgia desconocida hasta entonces le ordena marcharse lejos, muy lejos, fuera del mundo, por las ventanas de lo posible. Habla solo en voz alta. La guitarra empieza a sonar sola. La gente se fija en el extraño hombre delgado. Él siente un pánico mortal. Le gustaría no tener cabeza ni, sobre todo, corazón. Sus sentimientos

constituyen para él una carga insoportable, inútil. Le encantaría tirarse al suelo, que aquí es de asfalto, y llorar. Hace ya demasiado tiempo que no llora. Odia todos los demás sentimientos. Tiene que prescindir del único que le agrada. Al final vuelve a subirse a su guitarra y al anochecer está de regreso en la casa de campo.

La hermosa dama repara en su transformación, mas no dice nada. Se comporta con la misma amabilidad encantadora. Brentano ya no percibe ese encanto. Se aburre, siente una añoranza mortal. Si supiera al menos, se dice, qué es lo que añora en realidad. La dama se da cuenta de que su amor ha concluido. No dice nada, lo mira con ojos tristes pero agradecidos y llora cuando él no la ve. Él ya no ve nada en ella. Cuando canta, solo coquetea con su propia nostalgia, dolorosa y sorda, que se esfuerza por mitigar. Sus besos se han tornado fríos y débiles, y los de ella intimidan, enfrían. Ella inclina cada vez más la cabeza, descuidando su pose de día en día. Desea morir. Quiere revivir. Le confiesa que ya no desea quedarse allí. Ella se limita a asentir con la cabeza temblando y se escabulle. Brentano está preparado para despedirse de ella, la guitarra a la espalda, con el traje que llevaba la primera vez. Ella le tiende ambas manos y llora. Él, demasiado cansado para consolarla, se va por el parque con paso presuroso y desaparece.

Esta es la historia, el romance, la balada, la comedia del poeta Brentano. A quien le parezca falsa, que no se esfuerce más; puede considerarla mentira. ¿Quién querría contar una historia verdadera de un poeta, y quién osaría endosar una aventura netamente verídica a un poeta como Brentano? Yo, por ejemplo, otro poeta, deseo que en su día me dediquen como discurso fúnebre mentiras y solo mentiras. Pero que sean agradables.

(inédito, hacia 1902)

EL DISPARO

Una pantomima

Personajes:

Monsieur, un anciano

Madame, su joven esposa

Charles, un bruto, amante de la joven.

*Un salón iluminado
por la luz mortecina de las velas.*

Monsieur, Madame y Charles se sientan juntos en mecedoras ante una graciosa mesita. Sobre esta reposan una tetera, tacitas, una cajetilla de cigarrillos y una pistola. Monsieur está pensativo. Sentado, medita sin moverse. Aunque no mira lo que hacen los otros dos, que parecen divertirse y secretar mucho entre ellos, aunque no mira, repito, parece sin embargo percatarse de todo lo que sucede a su alrededor. Madame, con una sonrisa, ofrece otro cigarrillo a Charles. Este lo acepta con otra sonrisa y da las gracias. Ahora las sonrisas de ambos parecen besarse con fervor, al menos durante un instante, y se quedan prendidas en ambos. ¿Se dará cuenta el anciano? El espectador debe tener la sensación extrañamente atemorizadora de que se nota. Ahora los pies y rótulas de los enamorados —a saber, la rótula y el piecico de Madame, y la rótula y el piecico de Charles, el bruto, aunque este no tiene unos pies muy elegantes que digamos— practican un juego interesante que se acompaña con una brillante caída de ojos. Uno tiene la impresión de que el viejo lo nota. De repente el viejo se levanta con una agilidad nada senil, agarra la pistola, da la impresión de que juega con ella (porque a él también le gustaría jugar, ya que lo hace el que tiene sentado enfrente) y luego baja con suavidad la pistola hacia la mesa, donde la deposita de nuevo con una sonrisa morbosa (es decir, sonrisas por doquier). La pareja, que no se ha

percatado hasta ese momento de que tiene al viejo a su espalda, se levanta también, con la mayor naturalidad posible, mientras parecen charlar en voz baja y entablar conversación con el anciano a partes iguales, es decir, charlan en voz baja y entablan conversación con el anciano a medias. Pero solo lo parece, y por ello la tensión en el salón aumenta hasta extremos desagradables —así lo dan a entender ciertos gestos de dureza de todos los participantes en el juego—. De repente, como poseídos por un miedo inconsciente, los amantes, soltando sonoras carcajadas y gesticulando, se marchan a toda prisa, Madame arrastrando a su chico del brazo. El anciano se queda solo.

Comienza a sonar la orquesta. Es una melodía melancólica que, a su modo, induce a la alegría y al olvido. Sin embargo, los últimos tonos son momentáneos, llameantes y languidecientes, como quien dice. El rostro y la actitud de Monsieur son acompañantes elocuentes de la música. El movimiento de su cabeza sugiere suspiros, pero sus delicadas manos blancas, sin embargo, bailan de acá para allá como risas desbordantes. Sus pies se mueven con ligereza. Este movimiento parece conducirlo hasta la cajetilla de cigarrillos, y enciende uno. Lo intenta temblando dos, tres veces. Mientras, sonríe, orgulloso y afligido. Con la hermosa mano señala sus blancos cabellos, su rostro senil y después... las manos mismas. En ese instante la música enmudece. El último compás es un suspiro grotesco. Ahora el viejo corre bailando y brincando hacia el decorado, bajo el cual desaparecen los decorados anteriores, y amenaza golpeando fuerte con los puños, después fija su atención, como si viera dentro a su adversario, y se afianza en el suelo, para merodear enloquecido al momento siguiente. Su merodeo es como la danza de un gato: elástica y bella en grado sumo, veloz y muelle, como el subir y bajar de las olas. Baila, olvidado por completo de dos figuras medrosas que entran sigilosamente, entre descaradas y tímidas, señalando burlonas al que merodea y revolotea. De pronto el viejo se queda quieto y escucha. Es como si oyese el malicioso acecho a su espalda. Abre la boca como hacen los que escuchan. Luego, como rendido por un repentino, antinatural cansancio, se tumba, igual que un animal zalamero, en el diván colocado en el escenario, sacude la cabeza y se duerme. Se oye su respiración. La

pareja, entre descarados gestos de burla, se inclina sobre él, comprueban que duerme y se echan a reír en silencio. Acompañan sus risas con el baile, un baile lento, sensual y atrevido, pero no indecoroso. Expresa embeleso y por esta razón no es desvergonzado, sino incluso muy grato y bonito de ver. Bailan más con los labios, ojos y ventanas de la nariz que con los pies, brazos y cuerpos. Al menos, así parece. Su danza es lujuriosa, pero no tan descarada que no sea bonito presenciarla. Al fin, tras aparentar cansancio, caen el uno en los brazos muy abiertos del otro y se besan muchas veces. Al verlos amarse y acariciarse con tanto entusiasmo, hay que perdonarlos, porque es hermoso. Empieza la música (tímida, queda, queda). Es un asomo de comienzo, no el comienzo mismo. Monsieur despierta entre sonos muy sencillos, agradables, similares a canciones. El viejo se frota los ojos asombrado, mira a su alrededor somnoliento, recuerda, se levanta, hace como si se sacudiese toda la debilidad y el cansancio y se dirige hacia la pareja, que, después de haber dejado de acariciarse, le dedica una mirada fría y hostil. Madame, malhumorada, tiende su dulce mano cubierta de perlas a Monsieur, que, postrándose humilde ante ella, la oprime contra su boca, manteniéndola mucho rato apretada, acercándola una y otra vez con fervor a sus labios febriles. A Madame le enoja ese gesto. Charles contempla despectivo desde arriba al postrado. Ahora comienza un espectáculo notable: el viejo, examinando la actitud de la pareja, se levanta despacio y con cuidado, se desliza hasta la mesita, agarra la pistola y con un ademán sencillo y noble se la muestra al joven. Este se ríe y se encoge de hombros. Madame, asqueada por la escena, aparta la vista con una sonrisa de desdén. El anciano sigue exhibiendo y empuñando la pistola. Charles escupe encima. Monsieur alza sus ojos tristes y compasivos hacia él, como si quisiera decir: «¡*Adieu*, amigo mío! ¡Estás perdido, pobre diablo!». Charles, impresionado por esos ojos que lo miran con tan vivo sentimiento, pierde de pronto la serenidad, tiritita, se tambalea, pide con gestos un cigarrillo a Madame, lo enciende, lo arroja enseguida y se queda desconcertado y apocado. Da a entender con las manos que le gustaría despedirse. Se vuelve y busca su sombrero, o cualquier otra cosa. Es espantoso contemplar su turbación. Los espectadores lo perciben. Todos los ojos observan ahora el comportamiento del viejo. Este, pistola en

mano, se tumba tranquilamente en el diván, coloca las piernas encima, mirando siempre muy tranquilo a su rival con un cariño y una preocupación que no habría mostrado a su mejor amigo. Su mirada inquiere: «¿Cómo te encuentras, querido? ¿Qué podrías desear? ¿Qué podemos ofrecerte que pueda agradarte?». Madame sirve a Charles una taza de té frío que ha pedido. Ella observa con atención a ambos —al viejo, por lo que pueda hacer, y al joven, ¡por lo que acaso desee todavía!—. El anciano apunta tranquilamente al rostro del bebedor, aprieta el gatillo, un disparo, humo, un grito (o quizá mejor sin el grito). Charles se desploma, dejando caer al suelo con estrépito la taza de té; está muerto. El viejo deposita con cuidado el arma a un lado, como si quisiera evitar cualquier sonido por leve que sea, se levanta y se planta ante su mujer. Esta está pálida como un cadáver. El muerto, mudo como un ídem. Resuenan con dulzura uno o dos violines. Pausa (una larga mirada de unos ojos muy abiertos).

Monsieur se despoja de su blanca cabellera. Aparecen ligeros rizos dorados. A continuación se quita una máscara de su cara, la cara del hombre viejo. Surge entonces la cabeza de un joven en la flor de la vida. Arroja al suelo, a los pies de la mujer, con impaciencia pero sin violencia, ambas cosas, la pelambreira blanca y la máscara de anciano. Está ahí guapo, con la actitud ligera del amo y señor. La mujer señala al muerto y entonces no pueden impedir ambos una sonrisa. Comienzan a bailar entusiasmados. En ese momento el muerto se levanta del suelo y se presenta sonriente. Madame y Monsieur retroceden asustados. Pero el muerto sale, triste y despacio, haciéndoles una profunda reverencia. Como cualquier pobre diablo. Mientras los asustados lo siguen con la vista, estirando los brazos hacia él en un ademán de rechazo, cae el telón.

(inédito, hacia 1902)

SIMON

Una historia de amor

Simon tenía veinte años cuando un atardecer, tendido en el mullido y verde musgo junto al camino, se le ocurrió partir y hacerse paje. Esto lo dijo a voz en grito hacia las copas de los abetos que, ignoro si es verdad o mentira, agitaron sus barbas santurronas y entonaron unas carcajadas silenciosas cual piñas de abeto que ayudaron a nuestro hombre a ponerse en pie y lo impulsaron a convertirse inmediatamente en aquello a lo que le espoleaba una vocación irrefrenable. Una vez erguido, marcha al buen tuntún o al campo, sin preocuparse de la dirección geográfica. ¡Analicemos un poco su aspecto! Tiene piernas largas, demasiado largas para un paje en ciernes que se aproxima a pie, y que confieren a sus andares una cierta torpeza. Sus zapatos son de mala calidad, sus pantalones ostentan unos rotos ideales, su chaqueta está llena de manchas, su cara es poco delicada, y su sombrero, por llegar a lo más alto, va adquiriendo poco a poco la apariencia que acabará tomando con el tiempo debido al trato descuidado y a lo ordinario del tejido. Sobre su cabeza, el sombrero parece la cubierta de un ataúd atravesada, o la tapa de hojalata sobre una vieja sartén herrumbrosa. De veras, la cabeza, casi de color cobrizo, nada tiene que objetar a que la comparen con un asado. A la espalda de Simon (nosotros, la narración, vamos a ir siempre detrás de él) cuelga una vieja y fea mandolina, y vemos que la coge y empieza a puntearla. ¡Oh, milagro! Qué sonido argénteo atesora este viejo y pobre instrumento. ¿No es como si ángeles blancos y encantadores tocasen violines de oro? El bosque es una iglesia, y la música que suena parece la de un antiguo y venerable maestro italiano. Con cuánta delicadeza toca, y qué melodioso es el canto de este tosco mozo. En serio, como no cese pronto, nos vamos a enamorar de él. Él se detiene y a nosotros nos da tiempo de acordarnos de alentar de nuevo.

Qué raro, pensó Simon cuando salió del bosque y volvió a adentrarse poco después en otro, qué raro que en el mundo ya no haya pajes. ¿Acaso no existen hermosas mujeres grandes? Seguramente no, porque recuerdo que la poetisa de nuestra ciudad, a la que enviaba mis versos, era tan gorda, corpulenta y majestuosa que necesitaba un paje ágil. ¿Qué hará ahora? ¿Pensará todavía en mí, que la veneraba? Con tales pensamientos y sentimientos recorrió otro trecho del camino. Los prados relucían cuando salió de nuevo del bosque, como oro derramado, y los árboles eran blancos, verdosos, verdes y tan poderosos que se echó a reír. Las nubes se extendían indolentes por el cielo como gatos panza arriba. Simon acarició en su imaginación su suave piel de colores. Entremedias se divisaba un azul de maravillosa frescura y humedad. Los pájaros cantaban, el aire vibraba, el éter rebosaba de fragancias y a lo lejos se alzaban montañas rocosas hacia las que ahora se dirigía en derechura nuestro muchacho. El camino se empinaba y comenzaba a oscurecer. Simon volvió a tocar la mandolina, técnica esta en la que era un maestro. La narración vuelve a sentarse detrás, encima de una piedra, y escucha completamente pasmada. Entretanto, el autor gana tiempo para descansar.

Contar historias es un trabajo esforzado —hay que andar siempre detrás de semejante granuja romántico, patilargo, tañedor de mandolina, y escuchar lo que canta, piensa, siente y habla—. Y tampoco el tosco bellaco de paje para de andar, y nosotros tenemos que seguirlo, como si fuésemos auténticos pajes del paje. Seguid escuchando, pacientes lectores, si todavía tenéis oídos, porque distintos personajes harán pronto sus más humildes reverencias. La cosa se anima. Aparece un palacio (qué hallazgo para un paje que busca castillos en ruinas). Ahora demuestra tu arte, niño, o estarás perdido. Y lo hace. Canta a la dama que sale al balcón del primer piso con voz tan dulce y mendaz que forzosamente conmueve el corazón de la dama. Tenemos un oscuro palacio fabuloso, tenemos peñas, abetos, pajes; no, solo un paje, sí, nuestro Simon, que en este momento encarna en su linda persona antes descrita a los pajes más encantadores del mundo. Tenemos canto y sonos de mandolina, tenemos dulzura, que el muchacho sabe arrancar a su instrumento. Ya es de noche, las estrellas titilan, la luna abrasa, el aire besa, y tenemos lo que a toda costa hemos de tener, una tierna dama, vestida de blanco, que sonrío desde arriba y le

hace señas con la mano para que suba. El canto se ha aposentado en el corazón de la mujer, pues es tan sencillo, amable y dulce... «¡Sube, amable, dulce, guapo y sensible joven!». Aún alcanzamos a oír el grito de júbilo, el sollozo de alegría que brota de la garganta del feliz sujeto y durante un breve instante atraviesa la noche; vemos desaparecer su sombra, y en el exterior ya todo es silencio y oscuridad.

El autor extrae cavilando de su torturada fantasía lo que sus ojos ya no pueden ver. La fantasía posee ojos penetrantes. Ningún muro de diez metros, ninguna sombra maligna, por negra que sea, frena su mirada, que ve a través de muros y sombras como una red. El paje voló subiendo por las anchas y alfombradas escaleras y cuando llegó arriba, su señora, ataviada con un vestido blanco como la nieve, lo recibió a la entrada e hizo pasar a Simon arrastrándolo de la mano, sobre la cual exhalaba su ardoroso aliento. Dispénsennos de describir el besuqueo de manos que acontece a continuación. Ningún punto de los bellos brazos, manos, dedos o uñas quedó sin que lo besaran los ávidos labios rojos, que se hincharon sobremanera durante el galante menester. Por eso —ahora reparamos en ello—, los pajes siempre tienen esos labios abiertos como dos páginas de un libro. Leamos tranquilamente lo que nos cuenta el lenguaje que contienen.

La mujer, tras haber refrenado al joven, le contó en confianza, más o menos como se le habla a un perro inteligente, cariñoso y fiel, que estaba muy sola, que por la noche siempre permanecía en el balcón, que la añoranza de algo indecible le impedía disfrutar de un solo momento agradable de distracción. Apartó el hirsuto cabello de la frente de Simon, rozó su boca, palpó sus mejillas ardientes y dijo varias veces seguidas: «¡Querido y bondadoso muchacho! Sí, tú serás mi sirviente, mi criado, mi paje. Qué bien has cantado. Qué fiel es la mirada de tus ojos. Cuán bella la sonrisa de tu boca. Ay, hace ya mucho tiempo que deseaba un joven así para divertirme. Debes saltar a mi alrededor igual que un corzo, y mi mano acariciará al gracioso, pequeño, inocente animalito. Me montaré en tu cuerpo pardo cuando esté cansada. Ay...». En este punto la augusta dama se ruborizó y miró largo rato con expresión taciturna hacia un oscuro rincón de la habitación, que parecía de lo más lujosa. Después sonrió benévola y, como tranquilizándose a sí misma, se levantó y tomó las manos de Simon entre las suyas. «Mañana te vestiré de paje,

querido paje. Estás cansado, ¿verdad?», y le sonrió y con la sonrisa le envió un beso de buenas noches. Lo condujo arriba, a una torre, por lo visto alta, hasta un reducido y limpio aposento. Allí lo besó y dijo: «Estoy sola. Viviremos solos aquí. Buenas noches», y se marchó.

Cuando Simon bajó a la mañana siguiente, la mujer de blanco ya estaba a la puerta, como si llevara mucho rato en paciente espera. Tras ofrecerle la mano y la boca, dijo: «Te amo. Me llamo Klara. ¡Llámame así, si me deseas!». Se dirigieron a una habitación suntuosa, completamente revestida de alfombras, con vistas a un bosque de abetos verde oscuro. Allí, sobre el respaldo ricamente tallado de una silla, se veían ropas de paje de seda negra. «¡Póntelas!». ¡Oh, qué cara de bobo feliz, de sincero entusiasmo debe de poner ahora nuestro Kaspar, Peter o Simon! Ella le indicó que se cambiase allí, salió deprisa, volvió a entrar sonriendo al cabo de diez minutos y encontró a Simon convertido en el paje de seda negra que ella había soñado en sus ensoñaciones. Simon estaba muy guapo con aquel atuendo; a su figura esbelta le sentaba de maravilla la estrecha prisión del traje de paje. Y comenzó en el acto a comportarse como un paje, estrechándose tímido e inconscientemente contra el cuerpo de la mujer. «Me gustas», musitó ella. «¡Ven, ven!».

Ahora día tras día jugaban a ser señora y paje, y se sentían a gusto haciéndolo. Simon iba en serio. Pensaba que había encontrado su auténtica profesión, y no le faltaba razón. Él la llamaba Klara cuando estaba ocupado sirviendo a su cuerpo lujurioso. Él no preguntaba absolutamente nada, porque la felicidad, oh, lector, no tiene tiempo para distraerse con largas preguntas. Ella permitía que la comiera a besos, igual que un niño. En cierta ocasión le dijo: «Oye, estoy casada. Mi marido se llama Aggapaia (un nombre de diablo, en verdad). Regresará pronto. ¡Ay, qué miedo tengo! Es muy rico. Suyos son el castillo, los bosques, las montañas, el aire, las nubes, el cielo. No te olvides del nombre. A ver, ¿cómo se llama?». Simon balbuceó: «Akka., Akka...». «Aggapaia, mi querido muchacho. Duerme tranquilo. El nombre no es un diablo», y la mujer lloraba al pronunciar estas palabras.

Volvieron a transcurrir los días y, cuando habían pasado una o dos semanas, una tarde —comenzaba a oscurecer—, señora y paje estaban en

el balcón del palacio. Las estrellas derramaban su resplandor sobre la extraña pareja como caballeros enamorados: la mujer con vestido moderno, y el paje con disfraz español. Este, como acostumbraba a hacer siempre por las tardes, pulsaba las cuerdas de su mandolina, y la narración discute conmigo qué era más dulce, si la pulsación de los ágiles dedos o los serenos ojos de la mujer que contemplaban al músico desde arriba. La noche se cernía a su alrededor como un ave de presa. La oscuridad iba en aumento, y en ese momento oyeron un disparo en el bosque. «Ya viene. El demonio Aggapaia se acerca. ¡Mantén la calma, muchacho! Yo te presentaré. ¡No tienes nada que temer!». No obstante, la que así hablaba fruncía el ceño, sus manos temblaban, suspiraba y mezcló una breve risa con el torrente de temor que se esforzaba por ocultar. Simon la contemplaba tranquilo; abajo alguien gritó: «¡Klara!». La mujer contestó con un «sí» dulce, extrañamente agudo. La voz contestó: «¿Quién está ahí arriba sentado contigo?». «Mi corzo. Es mi corzo». Cuando Simon escuchó estas palabras, se levantó de un salto, abrazó a la temblorosa mujer y gritó hacia abajo: «¡Soy yo, Simon! Y no preciso más que dos brazos para demostrarte, bellaco de ahí abajo, que soy un mozo que no tolera que se burlen de él. ¡Anda, sube, y te presentaré a mi amada!». El demonio Aggapaia, al comprender que en ese momento tenía que ser muy tonto, un demonio con cuernos burlado, permaneció abajo, al parecer meditando qué ataque exigía una situación tan peligrosa como la que afrontaba. «Un miserable desenfrenado, frío, que se encoge de hombros, un descarado, el de ahí arriba. Mi superioridad es dudosa. He de reflexionar, reflexionar y reflexionar». También la noche, el extraño comportamiento de la mujer, la voz del «chico de ahí arriba», el enigmático no sé qué, para lo que el demonio no encontraba palabra alguna, ordenaban ciegamente al demonio que reflexionase. Reflexiona, gemían las estrellas, reflexiona, graznaban las aves nocturnas, reflexiona, manifestaban las copas de los abetos con sus sacudidas confusas y sin embargo de claridad meridiana... «Él reflexiona», cantó jubilosa por su triunfo la fresca voz del paje. El pobre demonio negro Aggapaia aún sigue reflexionando hoy. Se ha quedado pegado a su reflexión. Simon y Klara se han convertido en marido y

mujer. ¿Cómo?, se preguntará en el futuro la narración, que en este punto, jadeante, necesita descansar.

(1904)

A LA LUZ DE LA LUNA

Anoche pensé
que las estrellas precisan cantar.
Cuando me desperté
escuché un leve resonar.

Pero era un arpa de mano
la que irrumpía en las estancias
y muy angustiada sonaba
en medio de la noche fría y penetrante.

Reflexioné, tras esa lucha perdida,
plegarias y maldiciones,
y aún escuché cantar largo tiempo,
y yací despierto mucho más.

(1907)

VELADA TEATRAL

Estaba sentado en el gallinero del Teatro Cómico Z..., con el vaso de cerveza a medio terminar a mi lado, una colilla de cigarro entre los dientes, rodeado por estudiantes, obreros y mujerotas gordas. El aire era casi asfixiante. En el artesonado del teatro, los ángeles de yeso parecían derretirse de sudor. De vez en cuando me inclinaba sobre el antepecho para ver lo que sucedía abajo. Allí, se sentaban a la mesa, muy apretujados, jóvenes de la alta sociedad, empleados de banca, caballeros elegantes entrados en años amantes de la vida, y damas al parecer de buena familia. La gente bien se sentaba en los palcos, en butacas de terciopelo rojo, y yo creí distinguir a algunos literatos más o menos venerables —entre ellos un redactor, un tipo que hacía carrera con «paseos literarios»—. Yo lo conocía un poco. Se parecía a un buen chacinero competente, aunque a pesar de todo se contaba entre los más refinados. Allí se veían vistosos sombreros de señora, y distinguidos guantes largos ceñidos al brazo por encima del codo, voluptuosos y flexibles. En el centro del techo de la sala colgaba una araña que arrojaba una luz brillante sobre la gente. Allá uno aporreaba el piano con golpes secos, duros, de modo que resonaba como un órgano de potente sonoridad. El pianista tenía largos rizos ondulados y un rostro de hermoso perfil. No costaba nada contemplarlo. La maravillosa música de piano era el ángel serio, invisible, de grandes alas, que con su plumaje tocaba suavemente los sentidos de los espectadores y oyentes. En aquel momento subió el telón, y recitaron la comedia de carrerilla, como si fuera una madeja de algodón colocada entre dos manos para devanarla. La interpretaron con soltura. El propio director interpretó el papel principal. Durante cada pausa me sumergía en ensoñaciones resonantes. Era como si las figuras de piedra, desnudas, audaces, situadas a ambos lados del escenario, hubieran cobrado vida sobre sus pedestales. En realidad, todo eso debería haber sido superfluo. El piano me rociaba con notas continuas —el demonio se lo lleve—, yo veía las delgadas manos

del aporreador y músico bailar sobre las teclas blancas, y habría disfrutado con el mayor de los placeres de una pausa de media hora. Debajo de mí, en el palco, una dama entrada en años se sonaba la nariz con un pañuelo cuajado de encajes. Todo me parecía bello y mágico hasta decir basta. Los camareros nos preguntaron si nos apetecía una cerveza. Su chusca pregunta se me antojó muy rara. ¿Qué personas eran esas que se acercaban de ese modo a la gente para preguntar si deseaban algo de beber? Uno de los camareros tenía una auténtica e hirsuta cara bigotuda, en la que únicamente se veía el lustroso bigote y en medio un par de ojos grandes de oscuro fulgor. Brillaban como luces que brotaran de la oscuridad de un bosque. Otro, barbilampiño, poseía un rostro enfermizo, pálido, de mísera delgadez, de manera que sus pómulos sobresalían como los farallones de una orilla rocosa. A este le acepté un vaso de cerveza, pagué en el acto y me llevé a los labios otra breva. Entonces el piano me arrojó otra ola poderosa a la cara, al pecho, dentro de las mangas de la chaqueta, y yo me creí obligado a girarme en busca de una toalla con la que secarme. Sin embargo, los rayos de la araña de brillo amarillento ya se habían encargado de eso —no debía temer—. Durante la pausa hubo asimismo momentos en los que creí que mis dos ojos se habían convertido en largas varas delgadas capaces de rozar la mano de una de las damas que se sentaban por debajo de mí. Pero ella, sin percatarse de nada, me dejaba hacer, aunque mi comportamiento era tan descarado... Justo a mi lado se sentaba una criada señorial, una criatura pequeña, graciosa, de aspecto encantador. Le pregunté cómo se llamaba y ella me contestó en voz baja. En realidad me lo dijo más con los ojos y con sus mejillas, que ardían ruborizadas, que con la boca. Se llamaba Anna. Le pedí un vaso de cerveza y le soplé humo a la cara, para hacerla reír. Cómo brillaban, negros y húmedos, sus ojos; eran como dos bolitas relucientes de plata negra. Abajo, en el palco, se encontraba la baronesa Anna von Wertenschlag, otra Anna, pero muy muy diferente. Del sombrero de la baronesa caían hacia atrás largas plumas curvadas como pájaros moribundos. Temblaban como si padeciesen un leve e indecible dolor humano. La mujer, con un vestido de un negro intenso, muy curvo e hinchado hacia abajo, que ocupaba el sitio de tres o cuatro, se sentaba entre dos jóvenes pero, por lo visto, poco peligrosos caballeros. Parecía sumida en sus pensamientos. Entonces se alzó de nuevo el telón, y

prosiguieron los cuchicheos de la divertida pieza jocosa. En el escenario, una mujer burguesa enriquecida tenía que besar la mano que le tendía con indiferencia una noble pobre, porque así lo exigía la elegante y antigua costumbre. Sin embargo, después, cuando la dama de posición se ausentó, la burguesa se burló, y desde luego no sin motivos, y escupió despectiva en la alfombra de la sala de recepción condal. Esta conducta provocó en el gallinero carcajadas atronadoras que atestiguaban simpatía. Uno incluso gritó bravo —debía de ser un republicano enemigo de la nobleza—. Desde las regiones inferiores alguna que otra cara se volvió asombrada y un poco enojada hacia arriba, para averiguar quién era el patán cuya aclamación había sido tan poco adecuada y ruidosa. Pero los que se sentaban abajo deberían haber reprimido su enfado, pues a renglón seguido quedó demostrado que también entre ellos había héroes de la plebe. Salió a escena el director en el papel de marido, y entonces uno de los estudiantes muy bien vestidos, cuya nariz casi chocaba con el proscenio, arrojó algún chiste al escenario. La gente rio, benévola, y supuso que el artista se sentiría obligado a esbozar una sonrisa de cortesía. En cambio, no hubo ni rastro de eso. El director, con el rostro enrojecido de ira y la voz temblorosa por la más intensa indignación, se dirigió al público con las siguientes palabras, acompañadas por gestos llenos de desprecio:

«Damas y caballeros (¿qué quieren, qué les pasa, qué sucede ahí abajo?, nos preguntamos nosotros, la gente elevada del gallinero). Acaban de oír cómo se me ha ofendido. Si no fueran, por un lado, una pandilla de chiquillos inmaduros —en ese momento todo el gallinero estiró los cuellos hacia delante—, y, por otro, personas que imponen respeto las que veo ahí ante mí, cabeza con cabeza en el cielo y en la tierra, no pensaría que soy un tigre, no, sino que saltaría como una persona dentro de la turba para hacer bajar a bofetadas a esos miserables, uno detrás de otro, hasta el último infierno. Por mi profesión de artista he visto y soportado muchas cosas, pero si a mí, un hombre entrado en años ya al final de su carrera, me escupe un joven simio... perdonen...

Y continuó con la interpretación. Nunca más en mi vida futura he vuelto a presenciar semejante contención, magnífica e inspirada, de la furia personal. En el teatro se había hecho un silencio sepulcral. Yo

habría jurado que oía los latidos de los corazones de los espectadores. Poco a poco todos fueron olvidando la grosera escena. Por lo visto, el estudiante en cuestión se había levantado y había puesto pies en polvorosa con un sigilo absoluto, para lo que sin duda dispuso de una ocasión inmejorable. El pecho de Anna, que había subido y bajado de excitación, ahora sonreía. La obra era tan idílica, tan vienesa; un producto bueno, viejo, sólido. Puso sobre el tapete, como surgidas de una aguja de mechar, a un grupo de chicas jóvenes, que querían tener todas un hombre y finalmente, eso ya se veía venir, acabarían consiguiéndolo. Gallardos oficinistas con sombreros de verano, armados con bastones, pululaban por allí con modales almibarados y palabras elegantes. Un húsar con pantalones apretados y espléndidas botas se daba mucha importancia. Tan pronto era un jardín como un cuarto miserable, una carretera, o un gabinete muy lujoso donde se interpretaba. Para manifestarle respeto, cubrieron de aplausos al director; hecho por descontado absurdo y un poco tosco, aunque debió de halagar al actor, pues al fin y al cabo esa gente sabe distinguir y además tiene ideas propias. Luego se hizo una nueva pausa, la música me sacudió otro golpe en la cabeza, y de un modo completamente espontáneo abrí la boca para escuchar. Anna, la criada, charlaba de las costumbres de sus señores, dando preferencia, como es lógico, a las ridiculeces, y yo escuchaba por entero la música y entremedias, a partes iguales, la cháchara. Retornó el calor sofocante atestiguando de su llegada las frentes y las axilas. Los camareros recogían los vasos de cerveza, muy malhumorados, y abajo, alrededor de Anna von Wertenschlag, la de la falda ancha, esos granujas susurraban, hacían la pelota y ejecutaban pasos de baile, sabiendo bien dónde podían hallar propinas. Todo el gallinero sudaba, hervía, echaba humo y despedía vapores. Las mujeronas gordas ya tenían pegadas sus faldas y enaguas a las sillas plegables pintadas de marrón; ellas se lo decían gritando de susto y satisfacción. Muchas se limpiaban el sudor de la frente. Anna von Wertenschlag alzó la cabeza hacia las alturas salpicadas de rostros. ¡Qué maravillosos ojos! Luego transcurrió el último acto, y a continuación nos marchamos a casa. Durante la salida volvió a tocar el pianista. Las escaleras temblaban bajo los pasos de los que descendían con estrépito, fluyendo tras de mí en oleadas, diciendo de un modo bello, grande y

melodioso buenas noches y hasta muy pronto. En el exterior llovía. La baronesa subió al carruaje, que se alejó rodando.

(1907)

AMOR DE CHICO

La hermosa niña pasó,
él se arrodilló cuando llegó, despacio,
se arrodilló, y le cantó
una canción al son de la lira;
él le refirió su fiel amor
con tristeza y una sonrisa;
su corazón sonaba tímido al son de la lira,
trémulo como el amor;
sus ojos miraban a la niña,
y los dientes brillaban en la boca
con la que cantaba, tembloroso y suplicante.
La canción de amor no terminaba;
infinita, como su amor, brotaba
en cálidos tonos.
Así refirió su nostalgia,
el aire estaba henchido de amor y sentimiento,
el cielo azul miraba desde lo alto,
pero la niña escapó,
desapareció;
también se extinguía ya el tono quedo del amor.

(1908)

CUADRO VIVIENTE

Patio de una gran ciudad iluminado por la luna. En el centro, una caja de hierro. Un canto resuena desde el interior hasta la sala de espectadores. Un león encadenado. Una espada junto a la caja. Un poco más lejos, una figura oscura, irreconocible. El canto, o lo que es lo mismo una mujer joven y hermosa, se inclina arriba asomándose a una ventana iluminada por lámparas, sin dejar de cantar. Parece una princesa de origen real cautiva o una cantante de ópera. Al principio el canto es un sencillito ejercicio, bastante infantil, pero poco a poco se ensancha y se esparce hasta devenir grande, humano, irresistible, se queja, y al momento parece refocilarse en el propio dolor. Este canto abre la ventana de par en par y proporciona al aire una escalera de bella factura para bajar. La mujer desciende sin dejar de cantar. En la caja de hierro o de acero asoma ahora una cabeza de hombre, muy pálida y rodeada por salvajes cabellos negros. Los ojos del hombre hablan el lenguaje mudo de la desesperación, la boca ancha —acaso se pueda decir boca popular— sonríe, mas ¿qué espantosa risa es la suya? La ira y la aflicción parecen haberla ido originando sigilosamente durante años. Tiene las mejillas sumidas, pero el rostro denota indecible bondad —no esa bondad de aquel al que le va bien, sino la de quien ha experimentado lo más duro—. La cantante, con un movimiento inimitable, se sienta al borde de la caja y coloca la mano en un gesto cariñoso sobre la cabeza del encerrado. El león hace resonar la cadena. ¿Es que allí todo está cautivo? Veamos. En efecto, la espada del suelo tampoco se mueve, pero vive, porque en ese momento exhala un leve suspiro. ¿Qué época es esta que arroja artistas a los leones, junto a una cadena que chacolotea, ante una espada que suspira, al lado de gentes que tienen la extraña manía de vivir en cajas de hierro? De repente la luna se precipita desde su inconmensurable altura hasta el patio, a los pies de la mujer. Esta coloca el pie sobre la pálida esfera reluciente y se mueve alrededor de la caja. En ese momento la luna se parte y se descompone en un amplio manto, o en una especie de

alfombra, o en una capa de niebla blanquecina. Las casas que forman el patio desaparecen, cumbres alpinas de una blancura cegadora ascienden despacio a las alturas desde la sima del escenario, la niebla se deposita al pie de los Alpes, y una estrella rojiza se precipita desde el aire azulado y negruzco hasta el peinado de la cantante. Este adorno es deslumbrante, pero en ese momento se levanta desde la caja un alto abeto de color verde oscuro, y el hombre, embutido en una magnífica armadura, se cobija bajo las ramas del árbol; no obstante, aún hay más: en el lugar en el que un león tiraba de la cadena, se alza ahora un templo grácil de estilo griego antiguo. La espada, al parecer, ha hallado la manera de moverse, pues ahora se encuentra milagrosamente en las manos del hombre, ¡y qué hombre! Las palabras no aciertan a describir ni siquiera de manera aproximada su figura pletórica de fuerza. Él canta, o algo a su alrededor parece temblar entre sonidos. Detrás de las montañas se oye el tañido de las campanas. Un lejano lago azul de formas perfectas, pero reducido, se refleja en el aire, sobre las cabezas de los actores. Del suelo del escenario brotan hierbas, plantas y flores; nos encontramos, creemos, en la exuberante pradera de un amplio piedemonte. Ahora, además, con un tolón y un tilín entra en escena una vaca que pasta apaciblemente. Un zumbido lo envuelve todo. Pero dónde está el sol. Uy, bajo lo soleado uno se olvida precisamente de la presencia del sol. Pero de repente una mano negra de tamaño descomunal se abate con los dedos extendidos sobre todo eso y lo aplasta. ¡Abajo!, truena una voz infernal, y de nuevo aparece el patio negruzco, el león ruga, el tiempo, algo apartado del rugido, está apoyado en un poste, irreconocible y silencioso como una tumba, la cabeza del hombre que sobresale de la caja murmura algo y el dolor artístico vuelve a cantar por la ventana. Entremedias se escucha el lejano, muy lejano piar de un pájaro, y uno no puede evitar pensar en el lago, que flota en el aire libre. La espada produce un golpe sordo al caer al suelo. El canto de la mujer va cayendo hasta la inicial escuela de canto, el hombre se agacha deprisa y desaparece por completo en su entorno de hierro o fundición. La figura oscura fuma un cigarrillo, como si quisiera decir: esto es lo que me caracteriza. Y, de hecho, confiere al cuadro otro aspecto, pues, tras una momentánea oscuridad, los espectadores contemplan un café con equipamiento moderno en el que algunas personas leen periódicos con voracidad. Tocan con la punta del dedo la

letra impresa mientras esbozan una sonrisa elegante e insulsa y vocean: «¡Camarero, la cuenta, por favor!». El león entra con paso educado, seguido por la supuesta princesa, y también acude el hombre, un «personaje interesante», luego la espada bien peinada, a continuación el lago de ojos azules con traje nuevecito, y todos, uno detrás de otro, piden una taza de café y charlan entre ellos.

(1909)

LA VAQUERÍA

Estuve en casa de Bonn. Vestía su famoso traje a cuadros de Sherlock Holmes. Llevaba unas polainas de piel amarillas que me impresionaron. Sin embargo, no tengo la temeraria intención de hablar de Bonn, al que también he aprendido a admirar por su interpretación de Edmund Kean en la obra de Dumas. Hoy, con permiso del bondadoso lector, deseo hablar de La Vaquería, un artístico establecimiento de chunda-chunda y tachín-tachán situado al norte de nuestra querida ciudad de Berlín. En La Vaquería he conocido y apreciado, entre otros, a una suiza que trabaja allí como camarera. En La Vaquería hay figuras. Yo mismo soy un parroquiano recibido con agrado y a veces incluso se celebra mi presencia. Cuando entro en el local impregnado de mustia, agónica elegancia, el posadero se levanta del sitio en el que monta guardia y me saluda servicial, con una reverencia extremadamente educada, distinguida, lo que significa que he de invitarlo a un coñac. Ay, qué comportamiento exhibo en La Vaquería. Se parece a los modales de un príncipe Dolgoruki, de un conde Osten-Sacken, de un príncipe Poniatowski. A los artistas que ocupan el pequeño escenario triangular colocado en el rincón, como perdido en lo indefinible e incierto, les entrego siempre una bota. Seguramente pocas damas y caballeros con formación literaria sabrán lo que es una bota en locales como La Vaquería. Una bota es sencillamente una jarra de cerveza de cristal con forma de bota de señora de unos dos litros de capacidad. La música que suena en La Vaquería a menudo te desgarran los tímpanos; no obstante, a mí me gusta y sueño con cosas divinamente bellas cuando se desliza dentro de mis oídos para regalármelos con melodías. Al tipo fanfarrón de pelo espeso que ejerce de director de orquesta hago que le sirvan un refresco sobre su pianoforte. Esta amenidad, que él sabe apreciar y por supuesto trasegar, ay, perdón, quería decir beber con primor, no consiste en otra cosa que en distintos vasos llenos de cerveza. Sí, reconozco que me dejo mucho dinero en La Vaquería. El capital depositado produce un rédito abundante, y los

intereses son alegrías que me divierten sobremanera. Por lo demás soy un
hombrecillo serio, muy astuto, pero a veces, a veces..., justo cuando me
interesa...

(inédito, hacia 1911)

DON JUAN

El teatro estaba repleto. Sonó la señal de comienzo de la representación. Subió el telón. No, antes la orquesta interpretó la obertura, y solo entonces se alzó el telón y apareció don Juan, el seductor de mujeres. No transcurrió mucho tiempo hasta que desenvainó su espada y la hundió en el vientre de su débil rival. Este era el pobre anciano padre, tras lo cual, con un alarido sumamente melodioso que te partía el corazón, acudió presurosa la hija de la víctima y se desplomó junto al cadáver. Acto seguido la mujer, desesperada, entonó un canto fúnebre tan bonito que provocó los mayores dolores e hizo que los ojos de los oyentes se llenasen de lágrimas. El contenido de la ópera fluctuaba arriba y abajo, y luces cegadoras brotaron de la oscuridad, y aparecieron fantasmas para horror de quienes los vieron, los ojos se humedecieron, y se pronunciaron palabras reprobables, y la música tan pronto dejaba de sonar como comenzaba de nuevo con cantos y sonidos que encandilaban a todos los oídos. Los oídos que escuchaban todo esto eran heridos por la música, para volver a ser curados y redimidos al poco rato por un nuevo torrente musical. Así se turnaron la muerte con la vida, el agotamiento con el alivio, la herida con la curación, y ante los ojos de los espectadores aparecieron imágenes que ellos, se dijeron, no olvidarían jamás. La maravillosa música reconfortó y cohibió a todas las almas, y fascinó y deleitó a todos los corazones. Y el hermoso, noble, armonioso canto se parecía al niño feliz que sostienen y levantan los brazos de la acaso mucho más feliz madre. Y así fluía y ardía, igual que un incendio aterrador lleno de encanto, igual que una rugiente y salvaje catarata que brama al precipitarse al abismo. Después se trocó de nuevo en un callado suspiro apenas audible. Durante algún tiempo se asemejó a una dulce y amorosa llovizna de gracia o a un torbellino de nieve benigno. Después parecía como si una suave lluvia cayera sobre los tejados, tras lo que reaparecieron los rugidos de un león irritado y poderoso, de forma que el miedo y la sensación de belleza rivalizaban entre sí. Y siempre estaba

bañado en una plateada y suave grandiosidad lunar, de manera que uno creía que no debía de ser una persona, sino un ángel celestial, independiente de la tierra, quien debía de haber inventado y hecho todo eso. En suma, como el conjunto era una creación tan bella, uno no pensaba que fuera ficción, demasiado ocupado con la conciencia del gozo. Las cornetas de caza y las trompas resonaban entre flautas, clarinetes y violines elegiacos, de forma que robledales, hayedos y abetales susurrantes y antiquísimos se abrían en canal ante el alma y ante el ojo que comprendía la música. Y después ¿qué sucedió? Llegó la maravillosa escena del perdón, rebotante de clemencia y de tono, donde la encantadora Zerlina pide perdón a su esposo por el desliz, perdón que se le concede con un canto de indecible belleza que ambos, la perdonable y el amable y bondadoso perdonador, entonan. De ese modo se reconciliaron y perdonaron, y uno ya no sabía dónde se encontraba de tanto gozar y soñar con enigmas repletos de tristeza y emoción. En los palcos y butacas esposo y esposa, hermano y hermana, novio y novia, hijo y padre, hija y madre se miraban a los ojos y asentían con las mentes pensativas. En un palco, como si fuese un pabellón o un templo, se sentaba una hermosa mujer de enormes ojos negros candentes de pasión, que no pudo reprimir un movimiento como si quisiera y tuviera que padecer y morir de las preciosas y dulces notas, para concluir con el disfrute de la belleza. Y lo mismo cabe decir también de otras personas menos importantes. Oskar, el siniestro Oskar, el héroe de la época en la que vivía, se apoyaba en una columna dorada y no pudo evitar estremecerse por las codicias y maldades de la vida que llevaba, cuando escuchó bellezas tan celestiales y sonidos tan melodiosos. Sin embargo, en su duro rostro no se alteró ni un solo músculo, ni se movió ningún miembro de su esbelto cuerpo, que parecía hecho de hierro flexible. «Ven a mi palacio, mi vida», cantaba el individuo degenerado de barba negra como ala de cuervo en su rostro de libertino. Pero hemos olvidado contar cómo una dama, completamente vestida de negro, con un canto de dolor y pesadumbre interminable, salió a la luz desde el fondo del mundo. Por último, cuando nada ayudó con el depravado y abyecto, se abrieron con un fuego rojizo las fauces del infierno, que devoraron al incorregible malvado con estruendo, estampidos y chisporroteos. La música tocó todavía algunas notas suplementarias y de pronto reinó un silencio

absoluto, cayó el telón y el público se marchó a casa. Esa noche Oskar conoció a la bella condesa Von Erlach, que amaba a los hombres para destruirlos. Pero en adelante él supo sustraerse a las funestas influencias de esa mujer, por lo que le felicitaron los que estaban más al corriente de aquellas cuestiones.

(1912)

PAGANINI

Variación

La sala de conciertos estaba repleta de gente cuando apareció Paganini, violín en mano, y comenzó a tocar sin más preámbulos ni cumplidos, improvisando con absoluta libertad. Paganini nunca sabía de antemano qué y cómo tocaría; tampoco lo hacía como si tuviera y quisiera interpretar música para un público distinguido. No, él tocaba para sí mismo o para nadie; tocaba como le venía en gana y, una vez comenzada la pieza, olvidaba que estaba tocando.

También en esta ocasión sucedió así. Un día en el que había príncipes y princesas en la sala para escucharlo, no supo ni por lo más remoto dónde se encontraba y tocó como si no tocase para nadie.

No obstante, precisamente por eso interpretaba tan bien. Tocaba como si fuera el esclavo de su mágica ejecución, y la pieza, el mago demoniaco. Él mismo, más que el demonio, era la pieza, la pieza desnuda, y él, el intérprete sojuzgado; por eso tocaba como si fuera la pálida luna plateada sumergiéndose en el agua profunda y negra de la medianoche; como si fuera la estrella reluciente en el cielo oscuro y sereno, o la palabra en boca del amante que le habla a la amada; como si fuera un ruiseñor y reventara de placer por las quejas y dulces suspiros, o un caballo orgulloso y fogoso que galopa hacia la batalla, o un guerrero herido en la batalla condenado a morir por sus heridas; como si volviera a ser una chica de dieciséis años y soñase con el amor; como si fuera el beso, dado y recibido por dos bellos, palpitantes, febriles pares de labios y tardase mucho; como si dos que se aman perdidamente se despiden para siempre uno del otro con palabras crueles, ávidos durante mucho tiempo del último beso solemne.

Así tocaba Paganini, y los oyentes escuchaban con lágrimas en los ojos. Al libertino más perverso y patán le asaltaban delicadezas cuya violencia era incapaz de resistir, los hombres olvidaban su condición y se

abandonaban por entero al placer de escuchar y sentir, y las mujeres se sentían besadas y acariciadas por un amante imaginario que, con sensualidad ultraterrena, se arrojaba sobre ellas convertido en caricia.

Así tocaba Paganini. Como un ángel, y muchos oyentes se tapaban los ojos para contemplar con los ojos internos el reino del alma, del amor y de la radiante belleza. Sin embargo, con frecuencia tronaba y se encolerizaba como la tormenta que se desencadena, retumbante, silbante y huracanada, el retumbar del trueno encolerizado descargaba, y un cielo negro cargado de furia y oscuridad se abatía sobre la sala de conciertos, y el relámpago destellaba de un lado a otro con sus líneas en zigzag de escalofriante belleza, encantadoras e iracundas. Inmediatamente después se perdía en armonías dulces, soleadas, doradas, y la gente creía haber alcanzado el cielo y todo a su alrededor era azul de alegría, bondad y amor. Era una suerte de amor universal, una especie de deleite y conversión en éxtasis. La música de Paganini solía asemejarse a un sermón de arrebatadora belleza, y las gentes más creyentes acudían con gusto a su concierto, que contenía una corriente de fuego religioso. También aquel día volvía a tocar como un predicador de la palabra de Dios, solo que con notas en lugar de palabras, y la boca por la que hablaba era su violín, al que arrancaba un universo sonoro. Tan pronto gemía como daba gritos de júbilo; tan pronto llameaba cual el fuego como se fundía cual blanda nieve mojada bajo el beso del sol. De repente era el mar; y al instante siguiente se parecía a una casta y tímida flor, pero siempre era sincero y grande y tocaba sin concesiones. La música era para él palpitante como la vida misma; así ¿cómo habría podido ser vanidoso? Sí, él sufría por el arte; él era su dueño y señor dulce e implacable, la roca que escalar, la oposición que vencer, el cielo que había que tomar al asalto y conquistar una y otra vez.

También esa noche ocurrió así: él vivía mientras tocaba y solo era persona cuando ofrecía un concierto. Todos los que lo escuchaban lo percibían. Quien era odioso y estaba lleno de animadversión comenzaba a amar y a orar al escuchar la maravillosa ejecución que iluminaba las almas como los rayos de sol. La aversión debía transformarse en afecto, el desaliento en ánimo, la desgana en ganas y la maldición en bendición. Encantaba y hechizaba al público, hechizándose a sí mismo. Hacía aflorar

los recuerdos, y despertaba a la vida lo muerto y enterrado largo tiempo atrás; a cambio, quien lo escuchaba era atención pura, todo oídos.

Y, de improviso, como si hubiera despertado de un bello sueño, su interpretación finalizaba. Entonces la gente se sentía como si durante todo el tiempo que había tocado el cielo hubiera permanecido abierto, y ahora la visión se había desvanecido. En ese momento se levantaban de sus asientos en silencio y se marchaban a casa.

(1912)

PAGANINI

A pesar de que su interpretación se ha perdido para siempre, y a pesar de que mis oídos no la han escuchado jamás, puedo soñar y fantasear con ella, imaginarme y figurarme cuán dulce debió de sonar, cuán deliciosamente tiene que haberse quejado, qué prodigioso júbilo y qué fascinantes llantos debió de provocar. Cuando se pronuncia el nombre de Paganini, todavía se oyen, incluso en la actualidad, las subidas y bajadas tempestuosas de las oleadas sonoras, todavía se ve una mano blanca, delgada, esbelta y fantasmal empuñando el mágico arco, todavía se cree a pie juntillas que se escucha su concierto celestial. Dicen que tocaba endemoniadamente su instrumento del alma, el violín del corazón, y lo creo. Hay cosas que uno cree a todo trance, que desea... creer, y así yo creo que Paganini tocaba poseído por la magia y manejaba su arco igual que Napoleón sus ejércitos —una comparación audaz sin duda, pero dejemos eso—. Tocaba tan bien que las mujeres veían cumplirse sus sueños más íntimos sobre las delicias del amor, al sentirse besadas por los labios más amables y bellos con tal vehemencia que creían morir sin remedio. No era como si tocasen las manos, no. Era como si tocase el amor mismo. No era tanto la culminación del arte del violín, que desde luego lo era, sino más bien la pura gran alma, que confiere primero la consagración, el sonido y el contenido al arte de todos y cada uno. Porque tocaba como si riese, hablase y llorase, besase y asesinase, librase una batalla y fuese herido en ella, como si montara un caballo y partiera a galope tendido, como si se abandonara a la infinita e inefable soledad de tristes pensamientos o naufragase en un mar tempestuoso, como si temblase en el goce de una felicidad salvaje, inesperada... Era endemoniado. Era grande porque era sencillo. Amable lector, sonrío, te lo ruego, por todas estas fantasías, exaltadas te dirás, pero sigue escuchando cómo tocaba Paganini. Me siento como si en este instante lo oyera bramar, desenfrenarse, encolerizarse, deleitarse y tocar. Interpretaba la pieza tan deprisa que los oyentes creían que desgarraba el universo

sonoro con el arco para ensamblarlo de nuevo, perdiéndose en armonías. Ruiseñores, palacios árabes mágicos, noches en las que sueña el amor romántico, fidelidad, bondad y ternuras angelicales, se hacían reales gracias al embrujo de su interpretación, suave como el claro de luna, y la pieza misma, que los príncipes escuchaban complacidos, fluía como la nieve que va fundiéndose, disolviéndose despacio, muy despacio, bajo el beso del sol, fluía como un torrente musical de miel, enamorándose de la propia grandeza, belleza y fluidez. Así tocaba Paganini. Pero lo hacía mucho mejor aún, tocaba de un modo que el odio se trocaba en amor, la deslealtad en lealtad, la alegría en tristeza, el tedio en placer, la fealdad en belleza, y la obstinación en dulce, refulgente y purpúreo júbilo, amabilidad, condescendencia y buena voluntad. Goethe escuchaba atento su fabulosa ejecución, que le encendía y entusiasmaba hasta lo más hondo de su ser. Cuanto más grande era el que lo escuchaba, mayor era el deleite. En eso radica en general el misterio del disfrute artístico. Paganini nunca sabía de antemano con exactitud qué tocaría y cómo; él dejaba que las notas lo condujeran hasta los sonidos, los intervalos hasta los intervalos, las ondas hasta las ondas, las inconsciencias hasta las áureas conciencias, de tal modo que la música de violín se elevaba del suelo del esfuerzo como una orgullosa palmera para tornarse cada vez más grande y más hermosa como un vasto, inspirado, voluptuoso mar. De manera análoga camina la persona por la vida, ignorando qué será de ella, desarrollándose o cayendo, según lo quiera el destino. Su ejecución estaba determinada por el destino, una interpretación humana que fluctuaba entre el querer y el deber, que por ello cautivaba por igual a todos los corazones, embrujaba todos los oídos e inundaba todas las almas con su importancia. Napoleón lo escuchó durante dos horas enteras, aunque acaso sea imaginación mía, a la que tengo cierto derecho, pues este artículo se basa de principio a fin en la imaginación y en el enaltecimiento. Personas de arraigadas creencias, tanto católicas como protestantes, lo escuchaban con agrado, pues de su arco brotaba la religión, como deliciosa leche nutricia. Su arte se asemejaba a la lluvia, a una bendición, a un domingo, a un sermón espléndido y arrebatador. El militar lo escuchaba; todos todos lo escuchaban, convertidos en atención, en puro oído.

(1912)

EL TAÑEDOR DEL ARPA DE MANO

Esta mañana reanuda su interpretación
el tañedor del arpa de mano;
fuera hay luz y hace frío,
el día se despereza.

Toca medroso,
como ayer, cuando era de noche
y atravesaba las habitaciones
tímido, amable, indescriptible.

Seguramente tocará durante todo el día;
así olvidará cuanto antes
las calamidades pasadas y futuras,
¡gestos del destino!

(1913)

UNA RAMA DE ABETO, UN PAÑUELO Y UN GORRITO

Una mañana ascendía por la empinada montaña cubierta de bosques. El tiempo era caluroso, y el ascenso me arrancaba gotas de sudor. El bosque verde se asemejaba en luminosidad y belleza a una canción. Cuando llegué a la cima, pude contemplar con total libertad la blanca y brillante profundidad. Lo hice, y no me cansaba de mirar el espléndido panorama. Qué hermosa, qué gratificante es la vista desde lo alto de una montaña. La mirada vaga por la vasta, velada, clara lejanía y desciende hacia la profundidad voluptuosa, de divina belleza. El cielo era de un azul misterioso, se fundía en dulce azul, completamente impregnado por ese color. El azul, el verde y el sol dorado armonizan a la perfección, igual que una dulce, suave, amable canción a tres voces en la que cada voz serpentea alrededor de la otra, una acaricia y besa a la otra, y las tres gloriosas, felices voces se imbrican y entrelazan entre sí. Después llegué a un banco, colocado en medio del fresco, verde, alto bosque de abetos, y ¿qué vi allí? Una rama de abeto, un pañuelito y un gorrito de muñeca. Qué alegría me produjo esta nueva escena, cuando antes me había deleitado, embriagado y regocijado la visión de la altura y la profundidad de la naturaleza. «Aquí tiene que haber estado una criatura que se ha dejado olvidados esos objetos encantadores», me dije esbozando una sonrisa. La rama verde de abeto yacía, flexible, sobre el pañuelo de infantil blancura, delicado y pálido, y qué amistoso e ingenuo sonreía el gorrito al atento observador. «Dios mío, Dios mío», exclamé en mi interior, «qué bello, eterno e infinitamente bueno es el mundo gracias a la existencia de las dulces, amables, inocentes criaturas. Que nunca se deje y una y otra vez se comience de nuevo a creer en la bondad, en la belleza, en la fortuna, en la grandeza y en el amor del mundo». Lancé una rápida ojeada a la rama de abeto, al pañuelo y al gorrito y seguí caminando presuroso, pues era alrededor de mediodía y quería llegar a comer a las doce en punto.

(1914)

EL HOMBRE

Cierto día estaba en un restaurante de la plaza del mercado de ganado. De vez en cuando pululan por allí caballeros muy distinguidos, mas no es mi intención hablar de caballeros distinguidos. Los caballeros distinguidos ofrecen escaso interés. Quieren que los diviertan, pero ni siquiera ellos mismos son precisamente divertidos. En un rincón se sentaba un hombre de mirada serena, bondadosa, libre. Sus ojos parecían descansar en lejanías inmensas, en países que nada tienen que ver con el mundo. Tocó enseguida una especie de flauta, de manera que todos los que se encontraban en el elegante restaurante lo miraban y escuchaban atentos su música. El hombre de ojos alegres estaba sentado como un niño grande, vigoroso y bienhumorado. Una vez acabado el concierto de flauta, le llegó el turno al clarinete, que tocó y manejó con no menor excelencia que la flauta. Aunque interpretaba melodías muy sencillas, su ejecución era soberbia. A continuación cantó como un gallo, ladró como un perro, maulló como un gato y mugió como una vaca. Era evidente que disfrutaba con la variedad de tonos que interpretaba, pero lo mejor llegó después, cuando sacó una rata de una cesta de asas que tenía debajo de la mesa, y jugó con ella al nene querido. Dio de beber de su cerveza a la rata, demostrando con claridad que a las ratas les encanta la cerveza. Además se metió al animal por el que todas las personas sensatas sienten tan decidida aversión en el bolsillo de la chaqueta, y para terminar besó su hocico puntiagudo mientras reía entre dientes. El hombre de expresión ensimismada y perdida y brillantes ojos claros era extraño. Era un amante de la música y de los animales. Un tipo muy singular. Me causó una profunda impresión, o al menos duradera. Además, hablaba francés muy bien.

(1914)

EL ARPA DE MANO

En una noche oscura, sin estrellas, estaba en una calle que sube a la montaña cuando pasaron a mi lado, con música y alegre conversación, tres criados o mozos y siguieron andando con paso decidido y acompasado. Pronto se perdieron en la oscuridad, y yo dejé de verlos, pero el arpa de mano que uno de los tres tocaba con corrección regresó saliendo de la oscuridad y fascinando mis oídos. Los jóvenes son a veces grandes maestros en el toque del arpa de mano. Este instrumento requiere un puño fuerte, firme, del que sin duda no carecen los mozos de las montañas. Así que me detuve a escuchar. El sonido espléndido, majestuoso, suave, grande y cálido se alejaba cada vez más con el mozo. En aquel momento debían de haber llegado al bosque, pues el sonido se tornó más suave y quedo, y subía y bajaba en oleadas. Al pensar en una comparación, el sonido me pareció un cisne que se desliza resonando por la oscuridad. Pronto todo quedó en silencio. En las montañas a los criados les gusta caminar tocando el arpa delante de las casas en las que habitan sus chicas. También los tres mozos iban a ver a una chica.

(1914)

LA CAPILLA

En la capital, en medio del inmenso mar de edificios iguales, se levanta en un patio sombrío una especie de capilla en la que todo tipo de gentes de humilde cuna se reúnen para el afable oficio divino. Yo también asistí a una reunión. Una criada graciosa, alegre, a la que quería bien, me había invitado a asistir, y no lamenté haberla acompañado. Ciudadanos honorables, que creen más en la grandeza del dinero que en la grandeza y magnificencia de Dios, gustan de endosar a las gentes pobres y sencillas que acuden a las sencillas reuniones tal o cual mote, e intentan ridiculizar lo que las almas piadosas e inocentes consideran sagrado. Total, que una tarde, cuando ya alumbraban las farolas en las calles oscuras, acudí a la reunión con los niños. Me agrada llamar niños a las personas que aún creen en Dios. Los niños son a veces más ingeniosos que los adultos, y los poco inteligentes son incluso más juiciosos que los listos. ¡Sin duda! También a mí me asaltó una suerte de sonrisa burlona cuando entré en el local de piedad infantil cuyas paredes eran blancas como la propia inocencia sobria, carente de adornos. Me senté en silencio, y al momento la gente, tanto hombres como mujeres, comenzó a cantar alabando a Dios con una única boca alegre. Parecía que eran ángeles los que cantaban, no personas simples, malvadas. Sostenido por la dulce, joven, floreciente fe, el canto, igual que un fino aroma que tiene la cualidad de resonar, retumbaba de un lado a otro extinguiéndose en las paredes. Yo, embargado por sensaciones singulares, completamente fascinado por los cánticos, miraba hacia lo alto del techo de la sala, que era azul, como un suave cielo de ensueño. En el fondo azul pálido se veían estrellas blancas dibujadas, que parecían sonreír desde el cielo divino a la jubilosa reunión de abajo. El canto poseía una fuerza alegre y era una criatura extraordinaria, ligera, amable, que llevaba una existencia similar a la de las ánimas. Los que cantaban parecían alegrarse por el canto, pero no se daban cuenta de cómo los tonos se separaban de ellos para vivir su propia vida en el aire de la sala. Sonaba como si naciera y viviera un ratito y

después muriera. Pero resonaba y se regocijaba de nuevo por la belleza mortal de la existencia. Las claras luces doradas de las velas brillaban y titilaban tranquilas y cariñosas desde arriba hacia el canto, que en pureza y belleza parecía celestial, y, cuando interrumpieron la canción, las buenas gentes amables sonrieron como niños pequeños que han terminado sus deberes y se alegran por ello. Al cabo de un rato concluyó el oficio divino, y la gente volvió a salir de la capilla tan en silencio como había entrado.

(1914)

LA SONATA

Grata congoja, dolor que no mortifica el orgullo. Alegría por semejante dolor. Un leve, complaciente pesar. Recuerdos felices, exuberantes como un prado florido. Ligera, melancólica memoria. Ahora una multitud de reproches que se hace a sí mismo. Únicamente los reproches que uno se hace son bellos. Los otros uno debe y quiere olvidarlos. Al final no tienes a nadie y solo puedes hacerte reproches a ti mismo. Ojalá que todas todas las personas se hicieran reproches a sí mismas y a nadie más. ¿Arrepentimiento? ¡Sí, arrepentimiento! El arrepentimiento es dulce y rico en matices. El arrepentimiento es un imperio universal, infinito, de extensión inconmensurable. Pero también algo delicado. Casi imperceptible. Alegría por el arrepentimiento. Un corazón noble se alegra de los sentimientos nobles. Después quiero tener también una pizca de desesperanza. Los ángeles no tienen esperanza, no la necesitan. ¿Espera un ángel? No. Los ángeles están por encima de la esperanza. Algo parecido a un ángel debe resonar en la sonata que tengo en mente. Pero también tiene que volver a sonar entremedias la esperanza, como cuando alguien es muy muy pobre y está abandonado y sin embargo mantiene la confianza siempre, una y otra vez, valga la expresión, por una amable y antigua costumbre infantil. Ahora una nueva alegría, en concreto por la alegría que siente algún otro. Puro candor, pura felicidad comprender los sentimientos ajenos. Ser dichoso pensando que otro lo es. ¿No es la propia música así? ¿No es dichosa la música misma por difundir grandeza, amenidad y dicha? Así llega un indecible y burbujeante desaliento. Callado, dulce llanto. Disolución en una debilidad de divina belleza. Un llanto por sí mismo y por todo lo que es y lo que fue. Ni espanto, ni horror. Esta sonata prohíbe semejantes violencias. Quiere y debe sonar suave como el cielo de un azul blando y triste. Su color es el precioso blanco mate de la perla, y su tono es la disculpa. No hay ninguna culpa porque hay demasiada; no hay dolor, porque es demasiado grande, demasiado poderoso para comprenderlo.

Porque hay demasiadas decepciones, no hay ninguna, si con un poco... De repente no ha de haber ninguna, no ha de haber ninguna más, ni una sola. Ay, este tipo de cosas han de reflejarse en la sonata con la que sueño, y una joven y preciosa niña, que cabe imaginar con facilidad que es un ángel, ha de interpretarla. Un ángel tiene que tocar la sonata como un ángel, y tiene que bajar sonando desde el cielo de la melodía como un consuelo celestial, como un deleite semejante a la corte celestial, pues tengo intención de infundir a la obra una encantadora placidez, un profundo contento. Dolor y alegría son como novio y novia, que se abrazan, estrechan y besan. Placer y aflicción son como hermano y hermana, que se aman fraternalmente. La desposada es la deliciosa y radiante fascinación; el esposo, el pesar que penetra a hurtadillas en el corazón. El desagravio y la desilusión son inseparables.

(1914)

PINTOR, POETA Y CANTANTE

Numerosas personas abandonaban la capital de abundantes edificios para disfrutar del precioso y ameno paisaje primaveral. Era un día templado, soplaba un viento fresco, y por el cálido cielo azul oscuro volaban, semejantes a bondadosas y amables estatuas de divinidades, grandes nubes blancas como la nieve. Entre la multitud de paseantes había tres jóvenes: un pintor, un poeta y una cantante de ópera. Tras separarse del gentío de paseantes lo mejor que pudieron, subieron a una pequeña colina apartada en cuya loma se alzaba un árbol precioso, como si el encanto y el sentido de la belleza lo hubieran plantado allí. El juvenil y amable verdor, la dulce panorámica, el aire cálido, el mar de flores, el delicioso azul, la dorada, divina libertad, la quietud y el silencio, el amor, la bondad y el calor entusiasmaron al poeta, que se sentó en el modesto banco colocado justo debajo del árbol, sacó sus útiles de escritura y comenzó a escribir, mientras contemplaba pensativo el papel, o, ensimismado, el mundo ameno. El pintor, que previamente había disfrutado y admirado la panorámica durante un buen rato, cogió su cuaderno de dibujo y el lápiz y comenzó a dibujar el árbol y al poeta sentado debajo. Entretanto la guapa y joven cantante, como atraída por su belleza, se había adentrado en el cercano bosque de hayas y abedules y allí, bajo el dulce y espléndido verdor, en la carpa aérea del bosque, comenzó, para su propio, hondo y sentido gozo, a ejercitarse en el canto artístico, de manera que se proyectó lejos, hasta el alegre y luminoso entorno, y aquí y allá alguna que otra persona se detuvo para escuchar su hermosa voz. El pintor terminó de dibujar el boceto a la misma hora que el poeta sus tiernas y sensibles líneas en prosa o poemas. En aquel momento, saliendo del bosque, la cantante se acercó a los dos hombres jóvenes, pues también ella había concluido su aplicado y noble ejercicio. El dibujo del pintor pasó de mano en mano; lo juzgaron excelente, y pidieron al poeta que leyera su poema en voz alta, lo cual hizo complacido, y halló aceptación. Para entonces ya había atardecido. Un

profundo matiz dorado se desplegaba sobre el mundo. Poco a poco oscureció, y las tres personas, pintor, poeta y cantante, tuvieron que pensar en el regreso.

(1915)

NOCHE DE VERANO

Era de noche. Un hombre joven, sentado en su cuarto junto a la lámpara, leía *Fausto* y, mientras lo hacía, se preguntaba a ratos si debía proseguir la lectura o bajar a la calle. El exterior estaba tan bonito, la luna lucía tan clara... Junto al libro del hombre joven se veía una hoja de papel escrita, con pinta de ser una carta iniciada, quizá una de esas misivas en cuya laboriosa redacción uno se detiene de pronto en plena escritura, asaltado por toda suerte de consideraciones extrañas. El hombre joven se levantó de la mesa y se asomó a la ventana abierta por la que la brisa nocturna irrumpía en la habitación amplia y luminosa como un pensamiento tranquilo y amable. Ya antes, mientras leía, había escuchado abajo los pasos de los numerosos paseantes. En realidad, durante la lectura había estado entre las gentes que paseaban arriba y abajo. Ahora contemplaba desde la ventana, situada a gran altura por encima de la calle, en el aire si se me permite la expresión, la apacible estampa nocturna que se movía abajo de un lado a otro por el tranquilo lugar, y sonrió por la soledad de su buhardilla iluminada por la luna, por su satisfecha soledad, que le parecía tan buena o casi mejor que todo lo demás. Ciertamente también le habría gustado caminar siguiendo muy de cerca a una beldad elegante, atractiva —por ejemplo a la señora L...—, para admirar su figura y encantadores movimientos. Habría participado con gusto en el paseo vespertino generalizado, mezclando sus pasos con los del resto de la gente, pero se sentía como mínimo tan feliz o incluso mucho más así, por lo que permaneció sentado junto a la ventana. «Noche maravillosa», se dijo en voz baja, «qué hermosa eres, y tú, luna celestial, qué bonita también». Desde un café con jardín situado justo debajo de la ventana del joven subió hasta sus oídos, que escuchaban atentos, un concierto de flauta y violín con dulces notas, alegre llanto, melancólica alegría, risas contenidas, carcajadas y queja igual que de rruiseñor, como atractivo jugueteo musical, como juego de olas y reflejo de la vida. El hombre joven idolatraba la melodía y se extasiaba ante ella. Abajo, en la calle, fue

aumentando poco a poco el silencio. El que moraba en la habitación apagó la lámpara. Ya solo deseaba sumergirse en la agradable luz de la luna.

(1915)

CONMEMORACIÓN DE LOS CUENTOS DE HOFFMANN

Yo vivía en un retiro tranquilo, campesino, provinciano en la llanura, donde campos y bosques te rodean mudos e inmóviles, planicies y llanos parecen interminables, parajes vastos, anchos, son a menudo simples franjas estrechas, y tierras extensas dormitan tranquilamente juntas.

Follaje otoñal pardo, amarillo, rojo, niebla que velaba misteriosamente la tierra invernal; grandes, húmedos, gruesos copos de nieve caían en un patio sumido en la oscuridad matutina, un blanco parque nevado, un pueblo invernal con mozos y mozas pueblerinos y gansos en la calle del pueblo había visto yo.

Había visto yacer y oído suspirar en el lecho del dolor a una pobre jornalera enferma, abandonada por todo el mundo y desdichada.

Bosques, colinas, llanuras inmóviles y mudas al apático, mitigado resplandor del sol invernal. Aquí y allá una persona aislada, una palabrita insignificante, un sonido solitario.

Un buen día abandoné todo ese aislamiento, todo ese silencio, y me adentré en el brillo seductor de la capital, donde poco después presencié en la Ópera Cómica *Los cuentos de Hoffmann*.

Me sentí como un auténtico y asombrado mozo campesino en medio del deslumbrante entusiasmo, del gracioso barullo que trastorna los sentidos y del mundo de deslumbrante elegancia congregado.

Pero, cuando en la augusta casa se hizo un silencio similar al de un camarín del alma repleto de sueños y de ilusiones, el ímpetu sonoro y el arte musical abrieron su boca divina, comenzó a cantar, retumbar y resonar, primero la obertura, que con melodías claras y apagadas, alegres y serias inundó todas las almas para empaparlas de felicidad celestial y liberarlas de la angustia; cuando después resonó el melodioso y cálido canto de labios de los y las artistas, se alternaron imágenes llenas de delicados y nobles colores mágicos y figuras mágicas que hechizaban al ojo y al gusto, y cuando la música y la pintura se adueñaron del modo

más bello de todos los corazones, ojos y oídos, todo enmudeció de repente, para después sonar de nuevo, como si nunca más quisiera dejar de sonar de un modo tan bonito ni de triunfar con tan ansiada, grata impetuosidad; dolor y sonos de alegría para reflejar la aventura de la existencia, para explicar el sentido de la vida, cuando subían y bajaban, tan dulces y alegres, las escalas cual figuras angélicas en la escalera celestial.

Oh, entonces todo alrededor de los ojos húmedos, ardientes y en el corazón era regiamente hermoso y rico. Ahora la vida podía terminar o comenzar de nuevo.

¡Qué actualidad cobró aquello! Miles de horas fluyeron en una. Sí, fue una hermosa, buena y trascendental velada.

(1916)

LA MARINA

Esta obra es muy sencilla, trata de una noche de verano preciosa y de mucha gente que paseaba de un lado a otro por la orilla del lago. La afluencia de gente, entre la que me encontraba, era extraordinaria. Toda la ciudad parecía haber salido de paseo. Si digo que el vasto lago nocturno parecía un héroe dormido cuyo pecho incluso en el sueño se emocionaba por asuntos de audacia y de altura de espíritu, quizá me exprese con cierta osadía. Numerosas barcas adornadas con luces se movían en el agua oscura. Las calles y travesías que conducían al lago me parecían canales, y yo me imaginaba sin esfuerzo que era una noche veneciana. Aquí y allá se inflamaba, rojiza y surgiendo de la negrura, la clara lumbre del fuego, y figuras humanas nocturnas paseaban por las zonas claras y oscuras. No faltaban las parejas de enamorados, que se abrazaban y besaban con ternura detrás de distintos matorrales, ni tampoco la acariciante y rumorosa, amable y mimosa música nocturna, que manaba igual que aguas chapaleantes. En las alturas, la media luna recordaba, cómo lo diría, a una herida, de lo que deduzco que el hermoso cuerpo de la noche estaba herido, de manera análoga a como puede estar lastimada y herida un alma bella y noble, que por ello revela con mayor claridad aún su nobleza y donosura. En la vida, que es tosca y mezquina, a veces la noble alma herida hace el ridículo, pero no en la poesía, pues el poeta jamás se burla de la vulnerabilidad de las almas sensibles. Cuando cruzaba un puente arqueado, oí que desde abajo, desde el agua, una voz portentosa ascendía hasta mí: era una joven con vestido claro en una góndola que pasaba, y yo y quizá algún otro al que también interesara la delicada voz nos inclinamos sobre el parapeto para escuchar con viva atención el delicioso canto, que se extinguía, cálido y claro, en el circo o sala de conciertos formada por la noche benigna. Los dos o tres que escuchábamos nos confesamos que jamás habíamos oído un canto tan excelso, y nos dijimos que la canción de la amable cantora que pasó deslizándose en la barca casi invisible era grande, no tanto por su arte y

sus notables capacidades canoras como por la maravillosa tensión del alma y por el entusiasmo de un corazón noble y bueno. Nos dijimos, además, es decir se nos ocurrió pensar, que quizá la joven cantante se ruborizase muchísimo abajo, en la oscura barca, por la audacia y magnanimidad de su canto y por su capacidad de extasiar y entusiasmar, y que su atractiva, juvenil, alegre y dulce mejilla ardía de vergüenza por la libertad y el entusiasmo de su celestial efusión canora. La canción se tornó parecida a un palacio real y creció hasta alcanzar dimensiones fabulosas, de forma que uno creía ver pasar bailando y galopando a príncipes y princesas a lomos de caballos magníficamente enjaezados. Todo se transformaba en una vida y belleza resonantes, y todo el mundo parecía la encarnación de la gentileza, y la vida, la existencia humana, no tenía nada más que ofrecer.

Muy atractivo y bello fue el modo en que la joven descubría en el canto su delicada alma, revelando todos sus secretos, pasando muy por encima de sí misma y de su discreción, por encima del recato inculcado por la educación, y expresaba con franqueza cualquier pensamiento y anhelo, de manera que su figura se elevaba por el aire como las heroínas.

La lucha que la delicada criatura libraba con la timidez y con el proceder cotidiano originó el más bello timbre de voz y, como ya se ha dicho, más personas escucharon atentas el tono pudorosamente orgulloso, y todas lamentaron que la canción se fuera perdiendo poco a poco en la lejanía.

(1917)

EL CANTOR ERRANTE

Acaso vaya a la universidad, pero debido tal vez a una genialidad innata progresa demasiado deprisa. En cualquier caso, se lo imagina y parece superior a sus maestros al menos en una faceta: en ingenio y comprensión del mundo. Lo suponemos porque necesitamos tal suposición o requisito. ¿Cómo si no explicar al cantor que pasaba en impetuosa carrera? Parecía superarse a sí mismo y a su entorno, algún rasgo aguileño se agitaba en su interior y lo proyectaba muy alto por encima de la mediocridad hasta alturas soleadas, nubosas. Las ciencias le parecen algo seco, paralizan, inhiben su vuelo, que se ha convertido en una necesidad para él. Una suerte a la par que una desgracia distinguen al joven de otros jóvenes. La sabiduría se le antoja ridícula. La fogosidad de su alma le cuenta historias maravillosas, impulsándolo a la aventura. Sus veinte años se lanzan, se precipitan por encima de cualquier regla, de cualquier orden, de cualquier muelle reflexión y consideración. Para él la vida humana es una excelencia misteriosa, y frecuenta el trato de gentes que son simples personas. Sus errores le parecen condiciones irrecusables, y su visión del mundo y de las cosas se basa en sus rápidas opiniones. La vida significa sabiduría. Las olas rojas como el fuego le aferran, obligándolo a alejarse nadando con las ondas que suben y bajan. Los días y las noches se convierten en un conjunto espumeante, embriagador, de divina belleza. Todo está relacionado, es inseparable. De noche es la luna, y de día el sol los que le entusiasman y hacen feliz. La música le gusta y se convierte en un estudiante errante que viaja y recorre a pie el país como un vagabundo, tocando música. Algunas personas lo denuncian tachándolo de inútil. Como la naturaleza le entusiasma, pernocta en cuchitriles solitarios y salvajes, en ventorros o bajo altos árboles al raso, bajo las estrellas, que contemplan amables desde las alturas al salvaje y desenfrenado compañero. Los mundos parecen sonar a su alrededor, el olor férreo, metálico de lo eterno lo envuelve y rodea con su perfume, los astros y la tierra parecen cantar y bailar, y él aspira con voluptuosidad el

significado de Dios y se duerme en la oscuridad sobre su cama de musgo, mientras el aire nocturno lo envuelve con sus susurros, en su sueño se escucha el grito de algún animal nocturno, y en sus sueños maravillosos oye a la existencia tocar atronadoramente el trombón. La naturaleza indivisa y sincera lo lleva de aquí para allá, rodeándolo con su bramido. La luna se convierte en su amiga, y las estrellas en sus camaradas. Hace mucho que desistió de aparecer en condiciones inteligentes. El denominado conocimiento del mundo le resulta insoportable (aborrece esa máscara). Frente a todo lo dicho en medio del salvaje trajín, su deseo es regresar a su hogar, donde podría sentirse en casa, y experimenta la necesidad de hablar con sus padres, de ser piadoso, bueno, delicado, atento y justo con las personas. Con la guitarra a la espalda, se limita a vagar obligado y desorientado por el mundo, desperdiciando en vano su añoranza insegura, inquieta como un fuego fatuo. Le gustaría ser disciplinado y estable, pero es incapaz. Una niebla lo envuelve, y él se pierde en densas imprecisiones. Cansado de la obstinación, de la petulancia, se dice que no tiene fuerza para mantener la frialdad y la obstinación. El alma le despierta; ahora siente que debería hacerse un hombre, una persona de provecho, se convierte en un soñador, camina callado y con discreción, y la gente lo considera un holgazán. Nadie lo cree capaz de propósitos buenos ni serios. Se mezcla con las personas, pero estas lo rechazan; le gustan tan poco como él a ellas. Le dicen verdades, es decir, cosas que él se ha repetido mil veces hace mucho tiempo. Ofende a las personas tanto como las personas le ofenden a él. Se siente a gusto entre niños pequeños, entre los despreciados y entre los pobres. Los esplendorosos y deslumbrantes salones no le dicen nada. Nada espera de eso. Mientras los pequeños lo quieren porque entienden su actitud, su expresión y su lenguaje, los adultos le manifiestan fríos reproches y le muestran rechazo.

(1917)

NEVADA

Nieva, nieva, la nieve baja del cielo en cantidad considerable, y la nevada no cesa, no tiene principio ni fin. Ya no hay cielo, todo es gris y blanco. Tampoco existe el aire, que está repleto de nieve. Ni la tierra, pues está cubierta de nieve y más nieve. Están nevados los tejados, las calles, los árboles. La nieve cae sobre todo, cosa comprensible, pues cuando nieva, como es lógico, nieva sobre todo, sin excepciones. Todo tiene que soportar la nieve, tanto los objetos fijos como los móviles —por ejemplo, los vehículos, muebles e inmuebles, bienes raíces y transportables, bloques, estacas, postes y caminantes—. No existe lugar que permanezca a salvo de la nieve, salvo lo que está dentro de las casas, túneles o cuevas. Bosques enteros, campos, montes, ciudades, pueblos, propiedades rurales... quedan cubiertos por la nieve. Nieva sobre los Estados, sobre presupuestos nacionales enteros. Solo los lagos y los ríos son innevables. Es imposible cubrir de nieve los lagos, porque el agua se traga y ahoga toda la nieve, pero en cambio los cachivaches, desperdicios, harapos, piedras y cantos rodados son muy apropiados para quedar sepultados bajo la nieve. Los perros, gatos, palomas, gorriones, vacas y caballos están cubiertos de nieve, así como los sombreros, abrigos, chaquetas, pantalones, zapatos y narices. Nieva asimismo sin piedad sobre los cabellos de las mujeres bonitas, y sobre los rostros, manos y pestañas de los tiernos infantes que acuden a la escuela. Todo lo que está quieto, camina, se arrastra, corre y salta lo ha cubierto pulcramente la nieve. Los setos se adornan con perdigones blancos, y los carteles de colores se cubren de blanco, lo que aquí y allá acaso no sea una lástima. Los anuncios se tornan inofensivos e invisibles, de lo que los autores se quejan en vano. Hay caminos blancos, muros blancos, ramas blancas, varas blancas, vallas de jardín blancas, sembrados blancos, colinas blancas y sabe Dios qué más cosas todavía. La nieve sigue cayendo laboriosa e infatigable —se niega, por lo visto, a parar—. Todos los colores —rojo, verde, marrón y azul— están cubiertos de blanco. Mires adonde mires,

todo está blanco como la nieve; veas lo que veas, todo está blanco como la nieve. Y silencioso y cálido y blando y limpio. Ensuciarse en la nieve debería ser sin duda bastante difícil, si no completamente imposible. Las ramas de abeto, repletas de nieve, se inclinan hacia el suelo bajo la gruesa carga blanca, obstruyendo el camino. ¿El camino? ¡Como si todavía existiera! Uno camina confiando en estar en el buen camino. Reina el silencio. La nevada ha cubierto de nieve cada sonido, cada ruido, cada tono y cada eco. Solo se escucha el silencio, el mutismo, que a decir verdad no es estridente. Y en medio de tanta nieve espesa y blanda se está calentito, tan calentito como en un salón acogedor en el que se reúnen gentes pacíficas para practicar algún entretenimiento bueno y amable. Y todo es redondo; alrededor todo está redondeado, alisado. Las aristas, cantos y puntas los ha cubierto la nieve. Lo que era anguloso y puntiagudo posee ahora una capucha blanca y, por consiguiente, se ha redondeado. Todo lo duro, basto y desigual está cubierto de amabilidad, de amistosa cortesía, de nieve. Vayas donde vayas, pisas en blando, pisas blancura, y lo que tocas está suave, mojado y tierno. Todo está velado, alisado, amortiguado. Donde había variedad y diversidad, ahora solo se ve una cosa; a saber: nieve; y donde había contrastes, solo queda una única y sola cosa, es decir, nieve. Qué dulce, qué apaciblemente unidas entre sí están las diversas manifestaciones y figuras hasta formar un único rostro, un único conjunto meditado. Reina una sola imagen. Lo que tanto resaltaba está ahora atenuado, y lo que destacaba de la comunidad sirve en el sentido más hermoso a la bella, buena, sublime totalidad. Pero aún no está dicho todo. Espera un poco. Enseguida, enseguida termino. Porque se me ocurre que un héroe que se defendió con arrojo de unas fuerzas superiores, que no quiso saber nada de rendición, que cumplió hasta el final su deber de guerrero, podría haber caído en la nieve. La cara, la mano, el pobre cuerpo con la herida sangrante, la noble firmeza, la viril resolución, la bondadosa alma valiente podría estar cubierta por la intensa nevada. Cualquiera puede pasar por encima de la tumba sin percatarse, pero el que yace bajo la nieve está bien, descansa en paz y en su tierra. Su esposa, en el hogar junto a la ventana, observa la nevada y se pregunta: «¿Dónde estará? ¿Cómo se encontrará? Seguro que bien». De repente lo ve; tiene una visión. Se aleja de la ventana, se sienta y llora.

(1917)

CHOPIN

Qué grato es escucharlo.
En el acto te hace soñar
y fantasear. Si hasta hoy
nunca has amado, ahora eres
un amante y ya no te perteneces,
y te regocijas por ello.
Ay, qué felicidad no pensar más
en sí mismo, en la propia pobreza;
sentirse rico porque cualquier
sentimiento se ha desprendido ya de la
opresiva, maligna individualidad.
¿Las notas de Chopin son reclamos;
lo es una sonrisa seductora,
el aroma de cigarrillos egipcios,
la forma y el olor de las flores? Oh, cómo
florece el corazón y se deleita el alma.
Un abismo maravilloso
se abre para ti, y el sol vespertino
te acaricia, y tú estás en otro país,
rico en delicadeza y en ternura,
en tranquilidad e independencia,
con árboles altos que te dan sombra,
y la claridad y la oscuridad
se funden para crear encantadoras melodías,
donde la tristeza es buena y la melancolía
maravillosa, del todo igual a la música
del polaco, que un día dio conciertos
en París y tocó delante de todo
el mundo, soldados, simples
obreros, banqueros, ministros.
¿A quién no le admiraban
sus juguetonas manos?
Subyugaba a todos. Heinrich
Heine, el burlón, lo quiere y lo respeta.
Tocaba como si lo hiciera
para sí —sociedad y soledad

eran lo mismo para él—, pero
quizá abría su intimidad
de par en par
en medio del bullicioso mundo; por eso
tocaba tan bien, porque le satisfacía
regalar su música. Para una naturaleza
noble, dar es una necesidad.

(1920)

LA ANTIGUA MARCHA DE BERNA

Quiero dedicarle un articulito con toda la intención porque todos la acogen con una sonrisa altanera desde las alturas del buen gusto. Prefiero no investigar si las sonrisas están justificadas. ¿O sí? ¿Debo arriesgarme a eso? ¿De verdad que no debo avergonzarme? ¡Cuán saltarina y punteada suena! En ella hay algo juvenil, alegre. ¿Acaso las burlas vienen a cuento cuando se trata de algo alegre? Es una especie de niña, y, cuando se la oye sonar, casi se piensa que es indigna de uno. Los músicos que la interpretan ponen cara compasiva, como si quisieran decir: es de una sencillez extraordinaria. No obstante, siempre hay también personas que le tributan ovaciones espontáneas. Ayer la escuché y vi que algunos escapaban de la audición como si fuera aburrida. Sin embargo, yo afirmo tajantemente: no, no lo es. No es ni mucho menos aburrida; entusiasmo, pero no trastorna; aunque esto [es] en ella una cualidad buena y no mala. Suena arquitectónica. En cuanto a mí, considero esto muy amable por su parte. No promete mucho al oído, pero cumple lo que promete, lo cual ya es algo. Además, se comporta con enorme gracia, y eso a mí me parece decoroso. En ella resuena un decoro audible muy concreto, y que no cautiva, que no fascine en el acto, que no engatuse, la hace interesante. ¿Me equivocaré al creerla gótica por su origen? Quiero decir que no es de la Edad Media, por supuesto, pero todavía tiene cierto aroma a aquella época. Al igual que todo el arte campesino, nacional, ha preservado hasta tiempos modernos su primitivismo. Cuando la escucho, de algún modo me parece que sube y baja y forma algo parecido a unas escaleras, algo zigzagueante. En suma, me interesa. Representa una música que deja al oyente en su entorno, en el presente, en la realidad. No ofusca, no tiene nada evocador ni romántico. Se parece a un socio honrado. ¿Es tan fácil de entender? No, en absoluto. Ya ve cómo me esfuerzo aquí por ella, cómo intento comprenderla. Que siga viviendo tan tranquila y que sea típico de ella una especie de baile me hace apreciarla. Los que la inventaron también hicieron otras cosas bonitas. Deje que perviva para

nosotros por su saludable naturaleza. Por lo que atañe al sentimiento que posee o provoca, soy de la opinión de que no carece de él. Lo tiene, aunque también se podría considerar que le falta. No, no le falta; lo tiene. Créame, lo tiene. Le aseguro que lo tiene. Ella está magníficamente de acuerdo consigo misma.

(266/III)
(1924)

GRAN ÓPERA

Reconocer a su madre, con aquella pinta tan desgredada, que volvió hacia el joven bien vestido lleno de donaire y garbo un rostro destrozado por un dolor auténtico, hizo al cantante acreedor a mi gratitud, porque evocó en mí vivencias personales. El bondadoso joven era guapo y delicado como una niña. La gata, me refiero a la *prima donna*, que cantaba de maravilla, temía por su amado ratón, con lo que nos referimos al joven adornado con un sombrero de plumas, que se veía unido a la que lo había mantenido y a la que acaso no habría tenido que volver a encontrar nunca. Ay, ópera, qué artística me pareciste, qué espléndidas rompían tus olas melodiosas en la pendiente de la orilla de mi ser. Volvamos a la magnánima, que parecía incapaz de cantar con el suficiente fervor. Ella sentía el impulso de ir al calabozo donde estaba él en compañía de la que lo había parido, que desde entonces corría desgredada por el mundo, de pueblo en pueblo, cubierta con un pañuelo. El tono de su cantinela maternal me atravesaba, me oprimía el alma que entendía [el] contenido de la ópera, y no oculto que el hijo no me parecía incomprendible. La *prima donna* deleitaba con su figura, y en general con su presencia, a un plumífero, que por el contrario poco o nada significaba para ella. De nada le servía toda la perfección masculina. Madre e hijo se mantenían abrazados en santos y canoros arrebatos de unión. Entonces entró arrebatada en escena la desesperada beldad con propósitos amorosos y liberadores que fracasaron porque la frutita y la planta disfrutaban en exceso del sol de la unidad. A los intentos de separación se oponía enérgicamente la imposibilidad de ser separados. El canto de los tan pronto entusiasmados como descorazonados penetraba por todos los medios, por todas las vías, suplicando y asediando al amado que amaba a su madre, que no se elevaba hasta las fealdades de la caída ni a las bellezas del eterno masculino. Antes se dejó ejecutar. La amante yacía trágicamente en el suelo. El plumífero se vio solo. Qué lástima, querida

amiga, que no te encontrase y no pudieses acompañarme a este espectáculo.

(264/V)
(1924)

DAR GOLPES

Estoy completamente machacado a golpes y me duele la cabeza.

Ayer, anteayer y hace tres días mi patrona llamó con los nudillos a la puerta.

—¿Puedo saber por qué aporrea la puerta? —le pregunté.

Mi tímida pregunta fue rechazada con esta contestación:

—Es usted un impertinente.

Las preguntas delicadas se consideran una insolencia.

Uno siempre debería hacer ruido.

Dar golpes es un verdadero placer; escucharlos no lo es tanto. Los que dan golpes no oyen los suyos; bueno, los oyen, pero no les molestan. Todo estruendo tiene algo agradable para el que lo causa. Lo sé por propia experiencia. Uno se siente valiente cuando escandaliza.

Vuelven a dar golpes.

Al parecer están apaleando una alfombra. Envidio a todos los que se ejercitan de manera inofensiva en el arte del apaleo.

En cierta ocasión un maestro molió a palos a algunos alumnos, les zurró la badana para grabarles en la memoria que las tabernas solo son para los adultos. También yo formaba parte de la pandilla que mereció semejante castigo.

Quien desee colgar un cuadro de la pared debe clavar antes un clavo. Con esta finalidad se golpea.

—Sus golpes me molestan.

—Me trae sin cuidado.

—Bien, habrá que ocuparse como es debido de esa falta de delicadeza.

—Eso no le perjudicará.

Una buena conversación, ¿verdad?

¡Dar golpes! Me gustaría taparme los oídos.

Un día, siendo criado, yo también golpeé alfombras persas condales. El ruido resonaba en el espléndido paisaje.

Se sacuden las ropas, los colchones, etc.

La ciudad moderna está llena de golpeteos. El que se enfada por algo inevitable es bobo.

— ¡Aporree sin cumplidos; dele dele!

— ¿Lo dice con ironía?

— Sí, pero poca.

(1925)

SI YO VIERA A MI NOVIA, PERO, QUÉ DIGO NOVIA, IDEAL TENDRÉ QUE DECIR

Si yo viera a mi novia, pero qué digo novia, ideal tendré que decir porque sin un ideal así uno no consigue apañárselas bien, en mi habitación, que es bonita y espaciosa, se quedaría asombrada. La estancia cuenta con una zona de sofá para que una dama tome asiento cómodamente. Reconozco que está muy bien amueblada. En cierto modo escribo en lo que cabe denominar un cuarto; ahí escribo ahora. Preferiría ir a por madera a la serrería antes que escuchar canciones. Lo recalco sin sentimentalismos. En nuestra familia no se cultivaba la música. Mi padre tenía que enfrentarse a las preocupaciones cotidianas más que a las notas. No puedo decir que en nuestra casa se recitaran poemas. Pero en el colegio, en clase de alemán, lo hacíamos, y hoy todavía me parece oír a uno de mis compañeros (esto sucedió en segundo) recitar «La suerte de Edenhall» de Ludwig Uhland. Lo hizo tan «desastrosamente» que en lugar de aplausos mereció un «Siéntate, alcornoque». «Oh, la suerte y el cristal qué deprisa se rompen». Estas palabras admirables de un poeta sin duda simpático resuenan ahora, dulces y amargas, desde la infancia. Porque el cantor ensalza lo serio y lo convierte en belleza. Por encima de nuestra ciudad se alza una montaña cubierta de bosques, y siendo niños utilizábamos el bosque como escenario de nuestras diversiones. Había un amigo del colegio al que yo, como tantos de nosotros, apreciaba sobremanera, que en una ocasión, bajando del bosque, cantó la monótona canción popular «Oh, Napoleón, aprendiz de zapatero». Otro y yo nos echamos a reír sin querer por la frivolidad que se presentaba unida a la comicidad, a pesar de que la canción nos impresionó. Todavía hoy escucho la voz grave del joven cantor, que abrazó la profesión de preceptor después de descubrir que no le sentaban bien las ropas de cura. La delicada y esbelta sotana quedaría preciosa, por ejemplo, junto a una de las dos puertas, que son de color marrón. No exagero demasiado si expreso la opinión de que en mi habitación podría vivir un diplomático. Nunca he escrito en una mesa tan

elegante. Creo que es preciso mencionarlo. Cuando me invitan a hablar de algo, me gusta añadir otras cosas, ocupándome con entusiasmo del tema. ¿Puedo confiar en haber hablado con el tono solemne de un día de fiesta?

(486/II)
(1925)

LA FIGURITA DE PORCELANA

Era de porcelana,
llevaba pantaloncitos adornados con puntillas
y le cantaba con la ilusión
de convertirse en el gallo del gallinero.
Las difíciles, esforzadas,
excelsas obligaciones de cantor
no se le daban mal,
pero qué indiferente permanecía
el rostro de ella
cuando él se mataba a cantar.
Mientras pulsaba con amor su mandolina,
ella mondaba una naranja,
que engulló con visible apetito,
escudriñando con sus hermosos ojos al intérprete.
El cantante palideció
ante la impasibilidad de ella.
¡Cómo me entusiasmó la voz
cuando me agaché hacia la figurita,
que adornaba el escaparate de una tienda de antigüedades!
Cuánto me apenaba el muchacho
que cantaba a la desesperanza.
Era como si su corazón temblase
bajo el chaleco floreado,
igual que un pajarillo medroso en el nido.
Se le habrían humedecido los ojos,
de haberlo permitido su pétrea naturaleza.
No se ahorró ninguna
desilusión encantadora. Sabido es
que a Heine tampoco le faltó ninguna.
El que en París
soltó algún suspiro,
permaneció muy triste
y sonrió por ello.
Esta mañana a las ocho
he compuesto esta poesía,
que ojalá guste.

Ese parco trabajo no originó
precisamente gotas de sudor,
pues no me gusta bañarme en afanes demasiado intensos.
¿Qué importancia tienen
los sonos de una guitarra de porcelana?
La pena de tiempos idos
puede importarnos un bledo.
Pero tratemos siempre el presente
con toda la delicadeza y consideración posibles.
El amor, la vida y las canciones
retoñan siempre de nuevo.

(1925)

CONCIERTO

El concierto me encantó. Escuché con elegancia por encima de la música, valga la expresión. El director me emocionó. Por otra parte, tengan en cuenta las razones que me asisten para considerarme un hombre culto. ¿Acaso hay que abismarse a todo trance en las creaciones artísticas? En ocasiones parece aconsejable, pero no siempre es imprescindible. Yo dejaba fríamente que me resbalase lo que pretendía cautivar. Para resarcirme de la falta de emoción, inicié conversaciones mudas con mis vecinas, ocupación a la que supe imprimir un sentido más profundo. Aquí rozaba con delicadeza una mano, allí hacía que unos ojos refulgieran porque los miraba con calor. ¿Era difícil relacionarse con una pierna? Semejantes conexiones son siempre inequívocas y por ende se comprenden en un santiamén. Es imposible no apreciar la ternura formulada con sentido común y expuesta con cierta elegancia. Mi pie halló ocasión de apelar a un pieccecito que parecía sentir inclinación por el lenguaje que hablaba. Por consiguiente, yo estaba abrumado de trabajo en todos los sentidos, si se me permite la expresión. ¿No es el arte el criado de la vida, a la que debe animar y hacer feliz? Por tanto, cuando se extinguió la última nota y la gente se levantó, también yo abandoné la sala de conciertos en un estado de ánimo inmejorable. Bajé por la escalera como alguien que acaba de cumplir con su deber. En el guardarropa ayudé a unas damas a ponerse el abrigo, como es obligado, atención que encantó a las interesadas. Considero la galantería uno de los más grandes placeres. Por consiguiente, digo con razón que el concierto me satisfizo.

(1925)

YO ME LLAMABA TANNHÄUSER

Ayer demostré un comportamiento muy hermoso, bueno y lleno de matices. ¡Con qué elegancia me contuve, aunque no tenía la menor necesidad de hacerlo! ¿Puedo contar que en el restaurante comí conejo asado con puré de patatas, ambas cosas adornadas con guarnición de chucrut? Esta última me supo deliciosa porque estaba muy ácida, es decir, me pareció que la acidez se distribuía con regularidad. Tras haber saboreado como es debido las noticias del periódico, me apropié del melodioso nombre de Tannhäuser, impulsado por una inspiración inmediata, y salí a los soleados alrededores, hacia una cumbre a la que trepé con imponente agilidad, izándome con elegancia por los troncos de los árboles cuando era necesario. En el abetal tuve un encuentro, el que menos esperaba. Por consiguiente, cabe hablar de un encuentro de lo más inesperado. Mi antigua novia venía caminando junto a su marido y dos niños pequeños. Hasta yo me sorprendí por la despreocupación con la que la saludé, y ella me devolvió el saludo. ¿Qué otra cosa mejor podría desear? En la cima de la montaña había gente sentada en el suelo al sol invernal, disfrutando de la maravillosa panorámica alpina y, además, de su merienda. Luego vino uno que se creyó obligado a mirarme largo rato. Le permití de buen grado ese placer. Sus ojos parecían interrogarme, pero no me sentí obligado a indagar qué. Prefiero aguzar el ingenio únicamente cuando se cuenta algo. Se veía una casa solitaria en una ladera. Qué lástima utilizar la palabra «ladera» (¿no recuerda demasiado a poemas y relatos con los que todo el mundo se ha encontrado en algún momento?). Desde otra casa una joven llamaba con todas sus fuerzas a su Rudi, diciéndole que regresara a casa, pero de-pri-si-ta. Qué alegre sonaba aquella voz imperiosa en el lindero del bosque. Yo a mi vez interpreté el papel de tirolés y, subiéndome los pantalones por encima de la rodilla, continué un rato mi camino con las piernas desnudas. ¡Lo que no se le ocurra a un Tannhäuser así! Quizá incluso algo más que vagabundear. Poco después tres chicas me miraron enfurecidas a la cara,

que debió de parecerles demasiado feliz. Nuestra satisfacción produce en el entorno una impresión de cierta insensibilidad. Pero, si pareces tan inquisitivo, tan ansioso, tan fracasado, ¿no te encontrarán a veces ridículo? Un restaurante estaba abarrotado de mujeres con abrigos de piel y caballeros que ocupaban la pata de la mesa. Por la noche fui al teatro, donde programaban una ópera preciosa, diría que de exquisito gusto, con un lleno absoluto.

La protagonista interpretaba tan pronto a una criada como a una dama, y el protagonista tanto al amo y señor como al derrotado. En el descanso encargué un barquillo que me zampé caritativo.

¡Ay, cómo se alegró de gustarme!

Sonreía cuando lo partí con los dientes.

Al sufrir, conoció el sentido de la existencia.

La dama del escenario llevaba un vestido con cola de terciopelo y tenía a bien sostener en la mano enguantada una fusta, además de un sombrero de plumas sobre los cabellos. Un grupo de señoritas salió graciosamente del bosque, pero hay que decir del protagonista que cantó con maestría un aria espléndida cosechando nutridos aplausos. Él no era más que un sencillo agricultor, y cuando insistía a gritos en que la dama era suya, y no solo no mereció la aprobación, sino que fue apresado, esto debió convencernos a los que honrábamos la tribuna con nuestra presencia. Él sabía amar con sumo encanto y ella también, y la acción, el colorido y la música mostraban la armonía más deseable. El teatro entero tenía las mejillas rojas y frescas de satisfacción. Prefiero una velada teatral así, en la que al final ellos por fortuna se unieron.

Vi que la cantante que interpretaba a la dama se entusiasmaba alzando los ojos al cielo. Cuando él la abrazó, el abrazo me pareció tan grande que ella estuvo a punto de desaparecer dentro del mismo. Ella se tornó muy pequeña, casi invisible. Sin embargo, su pelo susurraba: «Estoy aquí». Por lo demás, a ella ni se la veía (tan fuerte, tan fervorosamente la agarraba él). Ella ya solo existía como un pedacito de abrazo. Y es que, como suele decirse, ella no cabía en sí de gozo. Cuánto se alegraba de la superioridad devota, entusiasmada, amante de él, que volvía a tener muchísimo trabajo dando pruebas de su dominio. Ay, si el fuerte quisiera abrazar con los brazos algo débil, algo blando, y no encontrase nada y diese tumbos en el vacío...

(1925)

MOZART, ASÍ SE LLAMABA UN MÚSICO

Mozart, así se llamaba un músico
que componía fabulosas melodías,
que hoy aún impregnan nuestros corazones,
puesto que un dios concedió a Mozart
el don de que cualquier disgusto
que hubiera probado se trocase al final
en un beso celestial.

Nunca
se nos escapará, convertido en sonoridad pura,
el brillo de su ser.

(364a/IV)
(1925)

UNA CABEZA DE TERNERA

Una cabeza de ternera muy atractiva y regada con una deliciosa salsa tan marrón oscura como artística, que me sabría a gloria bendita, esperaba con impaciencia mi señal, justo delante de mí, en el plato, es decir, sobre una bandeja de plata. Una criada colorada como un tomate, que a mi discreta pregunta se identificó como fugada de su empleo, me dijo que ella también había decidido en el silencio de sus pensamientos comer cabeza de ternera. Le comuniqué y sugerí que hacía bien. Pero en lugar [de] patatas salteadas había optado por la pasta, me contó. No había cosas colgadas de la pared, aunque sí diversos carteles licenciosos, y fuera, en la calle que yo divisaba a través de las ventanas, el sol lucía amarillo y hermoso como una figura de rostro compasivo. En la habitación contigua, alguien, a quien en el acto vestí de maravilla en mi imaginación, aporreaba las teclas pacientes y angelicales de un piano, improvisando sin orden ni concierto. Involuntariamente, inducido por el raudal de notas que no podía menos que deleitarme, adopté la actitud de un romántico, diciéndome sin embargo qué delicadas y frágiles eran las fantasías. Desde una colina, el bosque desprovisto de hojas contemplaba desde arriba tierna, diría que maternal y paternalmente, la pequeña ciudad, y el palacio del gobernador casi reía, con risa enteramente arquitectónica, y la arquitectura era la más elegante y buena que se pueda imaginar. Qué silencio debe de reinar ahora ahí arriba, en el patio del palacio, por el que en cierta ocasión fue conducido un asesino para ser ejecutado, me vino a la cabeza, mientras los periodos y actitudes subían y bajaban sin interrupción cual olas y escalas por el piano, saltaban al aire para extinguirse, lo que me producía una impresión de besos, que se asemejan a las notas en que son tan dulces, tan agradables, tan valiosos y repletos de ilusiones, como también al mismo tiempo vuelven a estar irremisiblemente perdidos, pero quien deja de amar y acariciar, que acaso se le quitaron las ganas de hacerlo, debe empezar de nuevo, al igual que los tonos moribundos y muertos al tocar música florecen de nuevo y

renacen [en] otros que siguen a los que se han desvanecido. Seguro que está sentado con elegancia sin par ante su instrumento, pensé del intérprete, mientras que para mi pesar la más exquisita de todas las cabezas de ternera de pronto había dejado de existir, pues [parecía] haberse mudado a otro lugar. Expresado con palabras menos prolijas, había sido consumida poco a poco por mi persona. Dicho sea de paso: la gente que molesta desde la mañana hasta altas horas de la noche a un poeta mientras cultiva la poesía le exige que en un tiempo brevísimo produzca como por ensalmo las obras maestras más sorprendentes. Oh, yo también tuve aquí y allá un peluquín en toda regla. Un peluquín es de lo más encantador, y esto se sostiene aunque falte por completo el sano y razonable reconocimiento. Quien se ha acostumbrado a no sentir correctamente tampoco sentirá a otro, como es lógico. Pero delante de la criada había tomado asiento ahora una bruja que había avanzado en compañía de una tal Geisswilerin. La bruja intentó contactar conmigo tocándose su flamante sombrero, pero yo me dije que se me antojaba demasiado pálida. Por lo demás la traté con amabilidad. Primero le pregunté si tenía la bondad de decirme su nombre, y contestó que se hacía tratar de señora directora, indirecta que dejé pasar divertido. Dos camareras extranjeras muy delicadas, que parecían viajar a una agencia de colocación, se habían apostado a mi izquierda, o, en realidad, más bien se habían colocado. Una de estas jóvenes pidió que le dejaran el periódico local para enterarse de lo que sucedía en la capital o metrópoli. «Perdone que no haya podido usted sentarse junto a nadie mejor que yo», le dije muy fino a la extranjera. Ella contestó que estaba convencida de que yo era formal. No pudo faltar que mi criada, que también se había zampado la cabeza de ternera, se asustase de la bruja sentada vis a vis conmigo. Los sentimientos de esa clase de chicas son en extremo primitivos, lo que de nuevo no concierne a nadie más que a mí, así que luego pedí prestado el pulso a la criada para palparlo. Ella accedió al toque médico sin molestarse y, tras finalizar mi examen, le comuniqué humildemente el resultado del mismo, manifestando que su pulso me parecía un bailarín demasiado brioso. A lo mejor forma parte de lo más bonito de este cuento que entonces apareciera procedente de quién sabe dónde una dama y, sin percatarnos de cómo sucedió, se sentó a nuestra mesa, con tan excelentes modales que me creí autorizado a preguntarle de dónde

había sacado la soberbia y enorme piedra preciosa que embellecía sus dedos de un modo tan llamativo como discreto. Como es natural, la piedra se la había regalado un tal Kräusi, un hombre muy cariñoso —en otras palabras, un viejo caballero—. La piedra parecía un ciervo volante, y la dama en conjunto, un enorme mosquito dando tumbos al sol del crepúsculo. Ella se levantó pronto para acudir al concierto sinfónico. La criada colorada se había ido al teatro, y las camareras, cansadas ya de sus experiencias viajeras, se marcharon para irse a acostar en la cama toda su esbeltez y delicadeza. Me acerqué de nuevo a la bruja, que entretanto había entablado conversación con un ciego, al que le daba igual el aspecto de ella, y le pedí su experimentada opinión sobre la portadora de la piedra preciosa. Ella, sin embargo, me despachó con aspereza. Ella y la Geisswilerin también abandonaron a su vez la escena, en la que ya solo quedaba una mesa llena de concejales, junto con personas que miraban dentro con curiosidad, como por ejemplo ese Bichsel. Uno entró y preguntó por el paradero de un tal Bieri. Le contestaron que debía de estar paseando. Yo por mi parte tomé un periódico para recrearme y al mismo tiempo instruirme un poco.

(147b/I)
(1925)

GERDA

Que siempre me esté preocupando algo. No se acaba nunca, y encima estoy achacoso. A cualquiera le daría que pensar.

Esta vez es una tal Gerda. Qué nombre tan rizado y candoroso.

Su padre se distinguió por su arrojo en el combate. Su madre, una cantante, aguantó al que se comportaba con rudeza hasta que se acumularon razones de fuerza mayor suficientes que le dieron derecho a decir: «Bueno, ahora toca separarse».

Ella se dedicó al teatro y todas las noches, es decir, cada vez que tenía la bondad de no aducir excusa alguna para suspender la función y salir a escena, provocaba aplausos atronadores de un público que escuchaba su canto con atención.

Entretanto el de comportamiento brusco llevaba una existencia de lo más tediosa.

Una noche padre e hija estaban sentados en la terraza rodeada, rizada, por el dulce murmullo del aire agradablemente templado, adornada con una grácil barandilla, ella soñando como una hija en muy prometedora lejanía, y él leyendo un anuncio del periódico.

«¿Será ella?», balbució, y al día siguiente se puso en camino y visitó a la que se había pasado al arte, y a la que, como es natural, amaba todavía, aunque hasta entonces se hubiera comportado con ella con aspereza.

—¿A quién debo anunciar? —inquirió el criado.

—A un hombre de bien —respondió él, pues así se consideraba.

Tardó un buen rato hasta que le permitieron presentarse ante aquella a la que había increpado innumerables veces, de lo que por precaución habría sido mejor abstenerse. «¿Qué desea?», preguntó ella con el tono dorado y el son plateado de una voz de cantante completamente ejercitada, y en aquel momento —y en el aire queda si ello era oportuno o no— ella tenía entre sus brazos a su amante, con la fuerza característica de las damas que comienzan a envejecer y se niegan a reconocerlo en lo más íntimo de su ser.

¡Era un tal Horst, un campesino!

¿Verdad, lectores, que es imposible no esbozar una leve sonrisa por el nombre hartamente conocido del amante?

Horst parecía tan aplastado por el abrazo que su figura apenas se veía.

Reconociendo al que tenía ante sus ojos, la maestra de la situación dijo al osado:

—¿Qué más quieres ahora, después de que he decidido emprender una nueva vida y costumbres por mis propios medios?

Durante un momento él se quedó sin palabras, tras lo cual se limitó a contestar:

—Aquí no tengo nada que hacer.

—Me agrada que lo reconozcas.

—Solo una cosa: piensa en tu hija, que te quiere, y para la que tu amante, que sin duda te será infiel, seguramente será un buen partido.

—¿Has venido aquí, descortés e insufrible, para arrojarme a la cara groserías y probabilidades, ante cuya expresión triunfal deberías temblar? ¡Fuera de aquí!

Él se marchó creyendo cumplida su misión, y ocurrió, aunque poco a poco y despacio, lo que él había insinuado.

En Gerda, esa plantita encantadora en el jardincito dividido, creció — para entusiasmo de aquel que la acompañaba al piano— un talento inesperado —cantaba tan espléndidamente como su mamá—.

Horst la escuchó en su debut, y desde entonces nada fue tan poderoso en él como la idea natural de contraer matrimonio.

Pero ¿qué he olvidado? He pasado por alto decir que ella, la que, a pesar de su intenso dolor, tuvo que liberar de sus cadenas a su Horst, al que a menudo casi devoraba de amor, se llamaba Salvatini.

Innumerables suspiros acompañaron el reconocimiento de la necesidad de la noble conducta y actuación. Ella se entregó por entero a su labor sonora, dejando reducida a Gerda —con el pecho partido en dos y suspiros contenidos, aunque quizá precisamente por ello cantaba aún mejor— al papelito de una feliz amita de casa.

Horst vivió una maravillosa noche de playa plagada de coqueteos y chapoteos.

Gerda le decía con frecuencia: «Sé prudente».

Él, ahora optimista, cultiva sus tierras, y los campos y sembrados

sudan y echan humo por su razonable cultivabilidad.

¿Puede haber algo más hermoso que la exaltación amorosa, primero escarpada, alta como una montaña, y después allanada, serena y alisada por la prudencia?

(1925)

EN ESTE ANTE TODO DISCRETO, DELGADO Y PEQUEÑO MEMORÁNDUM, COMO QUIEN DICE

En este ante todo discreto, delgado y pequeño memorándum, como quien dice, deseo ser quedo, es decir, distinto a como me he mostrado en otro realizado hace un momento con no demasiada habilidad, pues he dado demasiado poca importancia a las beneficiosas exigencias de una cierta medida de comedimiento, o digamos actitud, o, todavía mejor, pinta intelectual. Las estridencias, lo pueril, suele disgustar. Yo debería saberlo de sobra. ¿Acaso no lo sé? ¿He caído víctima de la insensibilidad? Eso podría ser una prueba de salud. Por cierto, desde distintos ámbitos me han dado ya ocasionales consejos de delicadeza y sabiduría. Así que en esta hoja de papel deseo ser sosegado y poner en su conocimiento, en este sentido, que esta mañana temprano y ayer por la noche envié dos misivas, en mi opinión muy imprudentes, en parte quizá incluso maleducadas, a direcciones que por fortuna no representan lugares o sitios a los que uno deba necesariamente manifestar respeto, aunque opino que en general uno hace bien en acostumbrarse por cualquier motivo al respeto. Por lo que le he comunicado hasta ahora, habrá notado cómo me empeño en la más sencilla estilización, no precisamente porque ose creer o considerar posible que una forma de hablar alambicada dificulte su capacidad de comprensión, tan sutil como abundante. La mención que acabo de hacer entraña una especie de descortesía, que le ruego pase por alto. Desconociendo si mis estimados superiores vernáculos estarán satisfechos o no con mi conducta y mis actos —y no descarto nada, pues en general soy de naturaleza un tanto soñadora, negligente, juguetona, de vez en cuando incluso olvidadiza—, yo estaba una noche, a eso de las nueve, de lo más animado, puesto que fumaba una pipa de tabaco, ante de un edificio que en otro tiempo contuvo y abarcó una legación, y en la actualidad, si no me equivoco, aún cobija o alberga

un establecimiento de planchado, que es otra institución de suma utilidad. Los árboles dejaban caer sus ramas sobre mi persona, de la que usted debe saber necesariamente que no vacila en trepar por cucañas instaladas en patios escolares para beneficio de la juventud, con lo que quizá he divulgado una rareza que habría sido mejor guardar en el foso del silencio, o expresar con cualquier otro tipo de giro lo que, gracias a Dios, constituye una bagatela. En la medida en que me he decidido a confiar en que este escrito constituya una demostración de contención, a lo que, en mi fuero interno, accedo por diversas razones, me atrevo a comunicarle rendidamente con cierta timidez que grité casi temblando a una joven de belleza fascinadora a raíz de un arrebató de genio al que ella, con toda justificación —justo es decirlo—, se entregó: «¡Cierra la boca en interés del acercamiento de las naciones!». Mientras le llamaba la atención sobre lo inconcebible de reclamar ternuras de corazón, que no solo parecen obstinación sino que, de hecho, en la mayoría de los casos constituyen una rebelión contra la tarea de educarnos, es decir, de aprender a renunciar a ciertas cosas provechosas, en perjuicio de una obra que se efectúa lentamente, de importancia apenas abarcable, ella supo arreglárselas para abandonar el territorio de su espíritu de contradicción, por otro lado muy sutil. Ella, dejándome sensación de triunfo, creyó haber vencido, pero algo en mí me impulsaba a permanecer insatisfecho durante días, incluso semanas, por lo adverso de ese triunfo, pues la autosatisfacción puede tener para nosotros algo de vergonzoso, al igual que la inquietud nos tranquiliza y el sosiego a veces nos inquieta. Pasando por alto el hecho de que un humorista pronunció en uno de nuestros locales de diversión una conferencia coronada por el éxito, a la que asistí tras ver su reseña en el periódico, y, después de librarme con la misma rapidez de una figura que tocaba el organillo al aire libre, hablaré del libro de un hombre culto que, cuando lo hube leído dentro de una casa muy arreglada, me pareció un copo de nieve que se derrite en las cálidas manos de una muchacha, porque en esas páginas impresas una sutileza se transformaba en otra, y yo pensaba con demasiada intensidad y congoja en una pobrecita bailarina instruida por un profesor de baile que, con voces llenas de gélido desprecio similares a latigazos, se esforzaba muy sólida y honradamente por insuflar a su alumna la más ardiente pasión por el baile, lo que a ella le costaba comprender, pues

pareció caer varias veces antes de alcanzar la conveniente vivacidad que constituye el fundamento de la seguridad en sí misma de la bailarina. Las bailarinas no deben bailar, y los vivaces no deben vivir como si los vivos gritasen «¡Ay, tened piedad de nosotros!», sino que debemos bailar y vivir para ser ejemplos útiles, por lo que usted comprenderá que lo digo con absoluta franqueza, no solo como una sugerencia y opinión personal, sino como si lo supiera, no de manera en que usted pudiera pensar que a este respecto estoy ayuno de conocimientos, sino con exactitud, lo que causa impresión de respeto. El organillo que tocaba una persona, que dejó de tener valor —lo que por otra parte puede sucedernos a cualquiera de nosotros—, tenía algo especial, perfecto, mientras que el humorista conferenciante habrá triunfado con su comicidad tan humana. Hace falta mucho para convertir a una joven procedente de un ambiente burgués en una buena bailarina, para inculcarle que tiene que aprender a olvidarse de sí misma. Las melodías de un organillo brotan de la cueva de la mecánica insensibles y monótonas y ascienden hasta la luz del día de la audición, y precisamente esa insensibilidad suscita sensibilidad. Dado que acaso no le agrade lo que digo aquí con relación al organillo y lo que he argüido sobre el arte de la danza que ansía basarse en la análoga perfección de la insensibilidad que se da en el arte mecánico de la interpretación musical, prefiero hablar entonces de un paso que di, que primero hube de conseguir con enorme esfuerzo antes de poder ejecutarlo, y cuyas explicaciones más detalladas no abordaré por el momento. Se trataba de una súplica —no, no quiero decirlo así; eso significaría decir más y al mismo tiempo menos de la verdad—. Ay, cuando uno desea decir la verdad su interior se paraliza. Decir la verdad, dada la habilidad que ello requiere, es eminentemente difícil, y por eso me siento ahora como si estuviera justo ante sus ojos y me viera obligado a sonreír, y otros están ahí sentados, además de usted, y todos ustedes sentirían una tremenda curiosidad por lo que yo diría, y hace un momento yo lo habría sabido aún, pero ahora ya no lo sé, lo cual no es en absoluto una molestia, como suele decirse, no, qué va. Nadie, absolutamente nadie, dice espontáneamente la verdad; nadie puede decirla. Nosotros preguntamos en vano qué es lo que en realidad nos interesa tanto de la verdad. A quien me autorice a faltar a ella en la conferencia le diré, seguro, numerosas

cosas verdaderas, pero para quien me ordene decir la verdad no sé nada, porque entonces nada se me ocurre. Yo escuchaba el organillo, es cierto. Cuando lo insensible lo impulse a usted al sentimiento, mis falsedades le transmitirán la verdad sobre mí. La verdad siempre seguirá siendo algo que simplemente se te escapa en momentos de descuido, sin que te des cuenta de ello. Porque usted ve que hay muchas verdades que no lo son. Por ejemplo, alguien puede pensar que dice la verdad, aunque su veracidad sigue siendo muy cuestionable. El organillo dice la verdad porque miente, fantasea, suena muy ingenuo. Las bailarinas pueden irradiar verdad, y los humoristas de vez en cuando. La mentira más perfecta puede ser verdad, y la verdad más perfecta, en estas o aquellas circunstancias, una mentira. Lo importante es saber escuchar. Las verdades pueden ser premeditadas. ¿Siguen entonces siendo verdades? Las mentiras no premeditadas no son mentiras. Es posible entenderse ahora y, por el contrario, después no. Y es que uno tiene que estar de acuerdo con poco, y yo no deseo que usted esté satisfecho conmigo, sino consigo mismo.

(396/I)
(1926)

SOBRE UNA FUNCIÓN DE ÓPERA

Yo comía muy frugalmente, me sentía piadoso por conformarme con una alimentación moderada, con lo más imperioso e indispensable. El reconstituyente consistía en una sopa de tomate y en la posterior tarta de queso. Esto sucedía el domingo por la mañana; en concreto a eso de las once. Había pasado la noche del sábado en una tertulia de caballeros, en la que se escucharon palabrotas a discreción. Uno de aquellos entre los que me senté me invitó con brusquedad excesiva a decir algo sobre la eternidad. Le contesté que el tema no me interesaba, añadiendo que mi discreción, muy considerable, me prohibía abordar intelectualmente la infinitud. «Por lo demás», aduje, «considero la eternidad un aparato, una suerte de armazón». La gente mostró cierta estupefacción y me ofrecieron un plato de callos. Los callos, o tripas, son una de esas especialidades que se asemejan a plantas abisales; son carne con fibras, flecos. Que me disculpe el lector por atreverme a entretenerlo con semejantes fruslerías y que sepa además que en el local se produjo una contrariedad, pues dos muchachos se comportaron de tal modo que hubo que expulsarlos del lugar, tarea que el encargado llevó a cabo con celeridad. Este agarró a los vulneradores del decoro por sus respectivos cuellos y los puso de patitas en la calle. Yo compadecí a uno de los dos partidarios de las tendencias extremas en el ámbito de la diversión nocturna, porque tenía una cara bonita. Durante la navegación aérea, que no fue intencionada, sino bastante forzada, perdió su pipa, y, en fin, siendo domingo, aproveché su aspecto de hoja otoñal para emprender una pequeña excursión que me condujo a un local llamado Taberna Vista Alegre. En lo tocante a la alegría de la vista, nada había que objetar. Las colinas a su alrededor tenían, por así decirlo, el carácter de lo auténtico y causaban una impresión gentil. Los árboles flanqueaban el camino a ambos lados. Al cabo de un rato me permití una cerveza y luego presencié una carrera de caballos a la que concedí un cuarto de hora de mi tiempo. No se me notó que prestaba atención. Al llegar a la ciudad, el

hambre me empujó a frecuentar un local tan magnífico como poco exquisito. La camarera, cumpliendo mi orden, o más bien mi educada petición, me sirvió un *gnagi*, que estaba caliente y consistía en morro de cerdo. Mis pensamientos se ocuparon de la trascendental profesión de carnicero, sin la cual no podríamos comer bocados tan exquisitos. Unos vecinos de la ciudad de las sesiones de la Sociedad de Naciones se sentaron conmigo a la mesa.

Por la noche asistí al teatro, por lo que tendré que decir algo de la función. Lo hago con sumo gusto, porque fue una especie de pieza de criadas con el más delicioso, divertido, excelente, bellísimo y serio acompañamiento musical. Fue una de las mejores óperas que existen. ¿Merecía yo escuchar algo tan divertido? Era la chica más preciosa equipada con delantal la que allí cantaba. ¡Cómo trotaba de acá para allá! A lo mejor se consideraba la protagonista, y en cierto sentido era muy importante, pues una personalidad de alto rango la trataba a fondo, y este personaje de la representación la quería con locura. Pero entonces apareció un paje que se enamoraba hasta el temblor y el ardor febril de todo lo que llevase faldas y peinado alto. El papel lo interpretaba una chica, y muy bien, como es natural. Las chicas, todas ellas, siempre interpretan espléndidamente el enamoramiento. Este paje amaba a la esposa del hombre despótico del que hablamos. Así que él entonaba un canto sentimental y descarado, y esta mezcla de timidez y tierna impulsividad debió de despertar al menos un sentimiento de curiosidad en la que escuchaba atenta. Estaban en una distancia muy cercana y muy lejana a la vez, de cuya índole solo sabe algo el corazón enardecido. Él cantaba como un pajarillo entusiasmado y, no obstante, desconocedor de cualquier entusiasmo, y el canto coqueto le hacía brillar como la plata, y le parecía que su corazón estaba atravesado por un puñal hecho de rosas, y la canción que cantaba le acarreó llantos y júbilo, y sin embargo toda su actuación fue ridícula. Como es lógico, entonces entró en la estancia el dueño de la situación. Los dueños de las situaciones deben temer continuamente que puedan dejar de serlo. Un ayuda de cámara mantenía relaciones muy afectuosas con su ideal. Este ideal era al mismo tiempo el ideal de aquella personalidad de alto rango que no parecía tan segura de sí misma como hubiera querido. Así pues, la esposa parecía engañar a su esposo con un paje, y el esposo a su esposa con una camarera. En cuanto

al engaño, gracias a Dios, la cosa no era tan grave. Todos manifestaban un comportamiento alevoso y se lamentaban; todos avanzaban y retrocedían; se alegraban y se asustaban; se escarnecían y se amaban. Parecía un continuo hostigamiento con sentimientos muy hondos, un incesante estado de desdicha en medio de una felicidad mágica, y la pizca de falsedad que estaba en el ajo por doquier solo aumentaba el interés que despertaban los intérpretes y los vivientes; uno temía por todos, felicitándolos por los enredos que contribuían lo suyo a que ellos no se alegrasen con demasiada rapidez, ni se sintiesen muy seguros, y eso, me refiero a la propia obra, olía como una planta grande y bella de la que crecían las hojas de verdor exuberante de las invenciones más amenas. Ah, qué bien cantaba y se comportaba la dama, y qué sublime sencillez mostraba al hacerlo. Los intérpretes rivalizaban, como quien dice, en su afán por destruir la armonía, pero parecían demasiado diestros para ello; hasta de sus travesuras brotaba la belleza. Yo luchaba con un ataque de somnolencia, porque creía que daba igual velar que dormir; me imaginaba que la obra era un sueño que también podía ver con los ojos cerrados, cuyo espíritu también podía asimilar con el ánimo ausente. Mi frente ardía. Además, habían calentado el teatro en exceso. Pero hay que ver cómo después todos se despidieron amablemente y llegaron a buenos acuerdos. Lo inadecuado se solucionó, propiciando situaciones más gratas. El hombre importante pidió perdón a la que creía en él, aunque él no había creído en ella con mucha espontaneidad, postrándose ante su perfección, pero también ahora se sentía una compasión incontenible por la casi demasiado tierna y altruista, una compasión que después también se aplicó a todos los demás, con lo cual se dieron las gracias de la forma más espontánea al autor de la obra. Salí del teatro con la sensación de que la obra no había acabado ni mucho menos, que tenía que continuar siempre, que no podía tener final, como la vida inmarchitable, que reverdece una y otra vez.

(1926)

LA CHICA CON EL ENSAYO

Cécile, con un vestido que no permitía que las miradas de los caballeros, centradas en su persona, se apartasen ni un instante de ella, estaba en la sala de redacción con un artículo en su delgada mano, o —si se me permite la expresión— en posesión de una prueba de que había realizado un esfuerzo intelectual.

Era indudable que su gracia arrabalera impresionaba a los representantes y divulgadores del conocimiento y de la cultura, lo que acaso parezca dicho con excesiva frialdad, por cuanto aquellos que pedían a Cécile que tuviera la bondad de expresarse exhibían una sonrisa formal, o mejor dicho traviesa, y desconcertada al mismo tiempo, cabría decir.

—Visitarnos provista de un látigo, qué extravagancia —se le escapó en voz alta al jefe, al que llevaba las riendas.

Despiste del que aquí casi me vanaglorio, sé bienvenido y entrégate a un examen más minucioso.

—Tiene una carita —se creyó en la obligación de comentar uno de los caballeros, un guasón obviamente— que me hace olvidar dónde estoy y quién soy.

Cécile parecía maravillosa —una mezcla de burla y timidez—. Observar con calma sus zapatos, por ejemplo, costaba trabajo, es decir, que mientras lo hacías recordabas tu intelectualidad.

—Soy portadora de un ensayo o de una glosa, obra de una persona que la escribió a mis pies.

—Menudos autores hay hoy en día —murmuró el jefe que se sentaba ante el pupitre.

Mientras, los demás, con pinta de ser sus ayudantes, se congregaban a su alrededor.

—Querida señorita, ¿cómo se llama su amigo? —preguntaron con premeditación o sin ella.

—No me ha autorizado a revelarles su nombre —respondió Cécile— y por lo que se refiere al modo de hablarme, sepan que no estoy

acostumbrada a que me traten demasiado bien. En una ciudad poblada por un montón de gente moderna muy responsable, una poeta se enfadó una vez con un librero y editor porque la trató de manera similar a como acababan de «señorítearme» ustedes.

Cécile estaba arrebatadoramente guapa mientras se encaramaba por aquella susceptibilidad como si fuera la cumbre de una montaña.

—Está visiblemente enojada —se le escapó a uno de los empleados.

Aunque quizá la palabra adecuada en este caso sería «funcionario».

—En su lugar, yo no habría dicho lo que usted observa —replicó el jefe con tono reprobatorio, y añadió—: En cualquier caso, leeré con gusto un manuscrito que me entregó una persona que, además de ser una preciosidad, se ha ganado mi simpatía por su comportamiento.

Desdobló lo que le había entregado Cécile. Frunciendo el ceño de manera casi imperceptible reclamó a los circunstantes la necesaria paciencia, reprendiéndose a sí mismo por dentro por entregarse a la lectura de un producto salido de la pluma de un desconocido.

Luego leyó:

—Chopin.

Me siento a la mesa tan pesado como el plomo, pues pensando en la novela corta de Gottfried Keller *La risa perdida*, en la que una mujer lindísima, que por aspecto es la encarnación del encanto, se sienta con su íntegro marido en un banco situado en una colina y encogiéndose de hombros le dice a su cónyuge que le parece un pánfilo, confesión esta que, como es lógico, él considera una hondísima ofensa, aunque a mí me pone de un humor muy divertido —mejor dicho, en realidad, quería decir serio—, y dejando además que se apodere de mí o me envuelva el pensamiento que me susurra que Chopin debió de ser una persona que inventó, o más bien compuso, la música más burbujeante, fluida, ensortijada, y que como desde una montaña ignota, perdida, pero con todo amable, verdosa, acogedora, bajó a una ciudad para embelesar con su arte que enseña algo asombroso a todas las mujeres que vivían en esa ciudad, vaya, parece que la frase se estira y adquiere una longitud inopinada. Me siento como si me hubiera convertido en una persona emotiva en grado muy conveniente al retratar a un portador de rizos y aporreador de teclas de piano del que cabe afirmar que tuvo la suerte de

ser hijo de un profesor de baile, según creo haber leído por encima en un ensayo amarillento.

Eso lo leí hace unos treinta años, y ahora lo divulgo como si fuera de mi propia cosecha, a pesar de que la esencia de aquel artículo debió de ser que se me ocurra decir que él golpeó, tocó, escandalizó, tronó, puesto que a mi entender cada vez que se sentaba ante el instrumento, al que denominaba su amor, comenzaba lleno de incomparable ímpetu, tras el cual caían como joyas, etc., desde el aire de la sala de conciertos, es decir, igual que desde un techo de magníficas pinturas, sobre los delicados hombros de las oyentes propensas a la más honda gratitud, rozándolas como si las hubieran besado, de manera que un respingo nervioso de brillo eléctrico saltaba sobre esa piel propia de una exposición, junto con su cuidado extremadamente cuidadoso y que ya se había efectuado antes en casa, de lo que nadie tiene motivo para dudar ni siquiera medio minuto, y ahora, como es lógico, es para mí muy difícil negar la pesadumbre que tiembla y suena y corre sobre mí al imaginar el evento musical que ofrecía Chopin, y para mí debería de entrañar mucha más dificultad apreciar la arquitectura que parece que he conseguido crear.

Oh, ola, rueda adonde se te antoje, pero vosotros, tonos de Chopin, no os paséis de la raya.

Cuando en cierta ocasión el admirador de una reina protogótica osó aproximarse demasiado al lugar que ocupaba, ella lo despachó diciendo: «Cada loco con su tema», por lo que él, créanme, se sintió como traspasado.

De hecho, parece que Chopin no rio nunca. De esto se deduce que jamás perdió su risa. Exhibía de continuo una mirada melancólica. Todos los proyectos de diversión se estrellaban con la necesidad innata en él de ser amigo íntimo de la tristeza, a la que fue fiel porque la encontraba bella y, en consecuencia, la prefería. Durante toda su vida, acaso esté permitido opinar, coqueteó con la muerte, y, dado que cualquier mujer refinada hace lo mismo complacida, porque es romántico, no es de extrañar que a todas las mujeres les apasione Chopin y su obra.

Una peculiaridad suya era que nunca consiguió confiar en una sola mujer, sino que derramaba y dejaba resbalar y relucir su amigabilidad de manera genuinamente chopinesca, unísona, sobre cuatro o cinco miembros del sexo más delicado. Con el tiempo parece que se retiró a

una isla, donde nada le impidió tener una idea de la vida un tanto subjetiva.

¡Qué contento estoy de esta pausa! Porque así, con permiso del lector, denomino a mi artículo.

El redactor jefe, después de haber tomado nota de estas líneas, pensó un ratito en «cualquier cosa». Los demás creyeron que era serio, pero no demasiado.

—A pesar de pensar que su amigo ha querido decir más de lo que expuso sobre el tema, quizá precisamente por ello me inclino a declarar útil su trabajo, que conservo de buen grado con vistas a una eventual publicación. Si llegara el caso, se le enviarían las galeradas. ¿Querrá usted comunicárselo? Pero es una verdadera lástima que haya llegado el momento...

—En que los caballeros no me verán molestarlos más tiempo — concluyó Cécile.

¡Qué felicitaciones hubo!

(1926)

COMENTARIOS SOBRE UN ESTRENO DEL DON JUAN DE MOZART

Aunque no acierto a comprender qué beneficios genera para la sociedad la cortesía exagerada, que solo mantiene su valor, su vigencia, en tanto sea moderada, ayer me encontraba —si ustedes desean saberlo— en la tribuna de un teatro, en principio para permitir a mis ojos pasearse por la sala de espectadores, cuando llamaron mi atención, por ser dignos de tomarse en cuenta, un exquisito par de piecitos, tras lo cual se alzó el telón.

Al momento la suntuosa pobreza de la escenografía me cautivó, puesto que el decorado mostraba una pobreza deslumbrante, una falta de gracia fascinante, lo que provocó un tremendo susto al alma más gozosa, pero entonces el hábito de la acción recorría ya el escenario, que permanecía atento, y si ya no aconteció nada más dulce, humano, agradable, más digno de ser bien recibido que el que se cortase el hilo de la alegre existencia, de la más tierna infamia, del más prudente desenfreno, de la más laboriosa desidia y de la más descarada solicitud de una eminencia, de una personalidad responsable en grado sumo, más o menos como si se apagase de un soplido la luz de una lámpara, disculpen por ello mi risa estruendosa por un proceder que desaprobé aplaudiendo, porque se me antojó tan sublime como incalificable.

Un flexible personaje de la obra chillaba y gritaba enfurecido con celestial belleza pidiendo venganza por un dolor sentido en lo más hondo, inclinándose sobre lo desplomado. Confieso que este acto me conmovió, a pesar de desarrollarse sobre un estrado pintado al óleo, valga la expresión, y que no cabía imaginar más inoperante, seco, hundido o al menos parecía pretenderlo, y le tributé mi ovación más sincera y por consiguiente más hipócrita.

Algunas figuras ágiles, que parecían provistas de las piernas más delgadas e inocentes del mundo, saltaron de oficio y se llevaron lo que debía aparentar que se había marchado para siempre, aunque en realidad

gracias a Dios se comportó de otra manera. Qué me importaba a mí y qué podía hacer yo porque hubiera alguien que amaba la vida y al que dos mujeres que no le gustaron mucho se sintieron inducidas a entonar los más prolongados trenos sobre su intachable reprochabilidad, que les inculcó la convicción de que se deshacían en compasión de sí mismas por culpa de él, y que tendrían que desvanecerse en un sufrimiento exquisito, tejido como un tapiz, cuya orgullosa causa básica, adornada de principio a fin por el aventurerismo, era él.

Sin embargo, lo más extraordinario de la historia fue que el espadachín era una joven, que regalaba la diversión más temeraria no exenta de interés al aparecer como heroína, y que en el mozo más hábil, pícaro o experimentado tenía un sirviente que en todo momento deseaba andar entre llamas, obligado por las alegrías más naturales e invitado por los motivos más obvios.

«Ay, pobres mujeres, sobresalís por la fidelidad y resplandecéis en un amor y en un interés inexplicables a la vista del objeto impropio que os induce a dilapidar en vano vuestro afecto», me dije, y me habría llevado las manos a la cabeza si hubiera podido aprobar una aclamación tan excéntrica de lo que sucedía ante mis ojos.

Imponiéndome la necesaria contención, oí cómo el seductor comenzaba con un canturreo cuya matraca debía de atacarle los nervios a él mismo, y acto seguido pude contemplar cómo las dos damas se decían:

—Ella no se considera un hombre; nosotras tampoco la tomamos por tal, pero no nos cree capaces de considerarla una fuente de preocupaciones, y nosotras no creemos que en realidad consiga convencerse de que ha abusado de nosotras.

Fue precioso ver cómo se tronchaban de risa, y luego «ella» fanfarroneó, banqueteó, pronunció discursos imponentes, derrochó la cantidad justa de gestos desafiantes para hacerse alcanzar a continuación por un castigo injustificado en todos los sentidos y al mismo tiempo de lo más merecido.

Los bastidores que lo rodeaban se desplomaron sobre él, y la representación concluyó con un ondear rojizo de llamaradas que se deslizaban serpenteando hacia arriba y hacia abajo, brillantes como la seda.

(1926)

ASISTÍ A UN CONCIERTO

He asumido una tarea de gran envergadura en la que progreso con discretísima rapidez o amplísima lentitud. ¿Soy de esos a los que les gusta tomarse su tiempo? Cada vez que intento afrontar el «encargo» para lograr «continuaciones», la «vida» se interpone impidiéndome el «desarrollo», y por lo visto me dejo «frenar» con una suerte de complacencia. Dado que siempre soy muy amante de la vida cotidiana, ayer decidí disfrutar de una compañía «popular». Estaba sentado a la mesa de una fonda frente a una familia compuesta por cuatro personas. El padre y la madre por fortuna aún no parecían estorbarse. Las figuras conyugales flanqueaban tranquilas a dos pequeños, una niña y un niño, más o menos de la misma edad. Me hace gracia el parecido que guardan a tierna edad los niños y las niñas, hasta el punto de que lo femenino y lo masculino no se diferencian mucho. Toda la familia bebía leche. Sobre el plato del padre se veía algo similar a una salchicha de aspecto bastante apetitoso, por lo que es preciso suponer que le gustaba. Entonces di a entender que el comportamiento del niño me divertía, lo que evidentemente encantó a la madre, pues al verme sonreír a su hijito querido también ella esbozó una sonrisa interpretando su papel, por lo que me cayó simpática debido a su sentido de la familia. ¿No son acaso las alegrías familiares las mejores que hay? ¿Quién se atrevería a cuestionarlo?

Hace poco un joven intelectual me dio a leer un libro cuyo contenido despertó en mí extraordinario interés. Yo había leído casi de corrido ese libro bastante difícil de entender en uno de nuestros cafés. ¿No debería enorgullecerme de mi perseverancia? ¡Dicho sea entre paréntesis! —hay que ver cómo digo «Dicho sea entre paréntesis», ¡como si la lectura de textos famosos fuese una fruslería!—. En fin, en este momento recuerdo cuánto me cautivó una habitación con decoración moderna, después de haber permanecido un tiempo en otra de una casa cuyas paredes y muros me causaban una impresión casi demasiado seria por su pátina pretérita.

A uno le gustan ciertos recuerdos, pues son algo bueno, casi exquisito, y durante largo tiempo permanecen en una suerte de oscuridad, hasta que de repente salen a la luz convirtiéndose para nosotros en presente. Acordarme de algo que juzgo importante se convierte en una vivencia, y vivencias tan delicadas se pueden tener cada minuto. ¡Ahora retornemos a la familia!

Para mí era evidente que la madre adoraba a su hijo porque reía, contenta y feliz, con cada uno de sus movimientos. Cuánto nos gusta estar de buen humor. Quizá pueda manifestar la siguiente opinión: los padres están para corregir, para vigilar a sus hijos, y las madres sobre todo para deleitarse de todo corazón en secreto y abiertamente con la gracia del pedazo de masculinidad que va creciendo y que ellos designan con el nombre tan sencillo y a la vez tan extraño de «hijo». Un hijo es un sol para su madre. El nombre parece atestiguarlo. La propia naturaleza parece prescribir que las hijas cuenten con una inclinación a la permisividad en los padres y los hijos en las madres. ¿Qué hay más permisivo, bondadoso, paciente, elogioso que estar contento? Dado que las hijas causan involuntariamente alegría en los padres, lo que no requiere de mayores demostraciones, los padres son en ese sentido tolerantes, y, como los hijos con sus ocurrencias y comentarios impresionan a las madres con sus ideas y su alegría, en este ámbito las madres son en general muy indulgentes. Después fui todavía a un café concierto donde brillaba un virtuoso del violín que en mi opinión ofrecía piezas de extraordinaria delicadeza; sin embargo, cuando estaba interpretando un estudio, se apoderó de él la indignación porque no se le concedía la atención suficiente, y le dijo en voz baja al pianista que lo acompañaba: «Acabemos». No obstante, lo vi dominar pronto su emotividad y superó su mal humor refrenándolo cuando tuvo ocasión.

Sobre el olvido cabría decir toda clase de cosas. Yo por ejemplo olvidé hace poco un servicio que me prestaron. Somos capaces de posponer lo más importante de la vida en favor de lo secundario. A menudo uno se enorgullece en exceso de la desmemoria. Olvidar o acordarse de algo puede ser tan hermoso como feo. Creo que es maravilloso que, cuando un tono apenas es audible en una interpretación, uno desee percibirlo antes y lo escuche con más fervor. La vida, un bien que se torna tan valioso cuando está a punto de perderse o casi se ha perdido, se asemeja a

una función musical. Aquí, sin querer, como si me sintiera afectado por lo pensado y dicho, me detengo. Sin duda hay algo que no se olvida.

(1926-1927)

LA DAMA AL PIANO

Con divina belleza
tocaba yo ayer en sueños
el piano.
Los tonos, hijos de atractivos entusiasmos,
volaban celestialmente de acá para allá,
como las hojas de un árbol,
a veces ligeros, otras pesados.
A mi alrededor se extiende el vacío
desde que tú desapareciste, luz de mi alma.
¿No sabes cómo sufro ahora por ti,
luz de mis ojos,
con la que me deleito tan fervorosamente en mi interior?
Date prisa, cúbrete
y visítame enseguida porque
ya no puedo soportar más tiempo
este vacío
que me posee y deploro.
Tú, que ahuyentas, lisonjera, mi calma,
no cierres los oídos a lo que me atrevo
a decirte aquí en susurros.
¿Por qué eres tan silenciosa?
¿Por qué, por qué
se me ocurre semejante pregunta?

(1927)

HOY HE MIRADO DE HITO EN HITO AL DIRECTOR DE LA NOVENA SINFONÍA

Hoy he mirado de hito en hito al director de orquesta de la *Novena sinfonía*, cuando se ha topado conmigo a plena luz del día en la calle de los Apasionados, como se llama una de nuestras calles más hermosas, porque sé que su antigua criada lleva diamantes y vive a lo grande, algo que él, que parece haber asumido la responsabilidad de la cultura musical, ignora. Dado que es domingo, intentaré ser lo más breve posible. El responsable de la asistencia a los parados, que descubrió mi aspecto de periodista entre el gentío, me pareció un conquistador. Más tarde vi en un local a chicas bailando, dos de ellas de muy buenas hechuras. Todas parecían deseosas de pasarlo bien solas. Cuando dos caballeros lanzaron desde abajo a su elevado palco los cumplidos pertinentes, ellas hicieron saber, por medio de una representante, que no les interesaba mucho conectar con el mundo masculino, tras lo cual las dos se ataviaron con sus románticos abrigos, recogieron sus sombreros, se levantaron de la mesa y abandonaron el local. Uno se había creído capaz de conquistar a las chicas con su brillante peinado, y el otro con la sonora potencia de su voz. Una visión más bonita brindaba el sentirse-guapas-y-flexibles de las danzarinas, cuyos alegres movimientos formaban una íntima y feliz unión con su sana tez. «Había que ser lo más gracioso, divertido, despreocupado y bienhumorado que quepa imaginar para hallar acogida en un círculo que se parecía a una corona y a un baile», me dije a mí mismo. De hecho, es difícil contentar a las que han bailado intentando entretenerlas, pues el baile las ha conducido a lo más íntimo del divertimento. El divertido es siempre el más gracioso. Como ya he dicho que hoy, por ser domingo, no quería extenderme, vuelvo a llamar la atención sobre el diamantino portento, y algo se estremece en mi interior al oír el simple nombre del gran Beethoven.

(100/II)
(1927)

ELLA ESTUDIÓ EN EL CONSERVATORIO

Ella estudió en el conservatorio,
para formarse como cantante de conciertos
en campos donde se cultiva la música,
y durante sus estudios y gorjeos siguió siendo
lo que era hasta entonces, un pelín tonta.
Alcanzó el privilegio
de creer que en su cabecita
podía sentirse
muy superior a las criaditas
porque una ruedecita
se manifestó en ella,
engreimiento la llaman, mas de pronto algo quebró
las fuerzas de su tierna vida
y fue imposible unirlas,
pero antes de morir tan joven,
desde el tesoro de aptitudes que poseía
entonó una canción, de la que se rio todo el vecindario,
hasta que la muerte, con su alta y dulce sensibilidad,
la fue arreglando poco a poco,
lo que suscitó un íntimo entusiasmo,
que le provocó indecible dicha durante poco tiempo.
Parece que no respeto mucho a la cantante,
porque me ha salido un poema más gracioso de lo que pensaba.
Una vez en vuelo,
ya no fui bastante dueño de mí mismo
y me dejé guiar por lo iniciado.
Ruego, pues, no suponer erróneamente
que no puedo extender mi entendimiento
a formas más bellas del deseo.

(099/IV)
(1927)

TODO LO QUE UNO SE IMAGINA QUE ES UN RUISEÑOR

Todo lo que uno se imagina que es un ruiñeñor había comenzado a cantar. El suelo, llamado calle, mostraba, sin ser polvoriento, la sequedad exigible, y, cargado a la espalda con la herencia de antiguas pusilanimidades, abrí, con el estilo de un novato y la ayuda de mi mano derecha, la puerta del jardín que parecía pertenecer a la casa donde residía la que me había invitado a visitarla. Mientras llegaba caminando a la villa situada en un paraje tan hermoso como solitario, me había dedicado a comparar a Dostoievski con Heinrich von Kleist, concluyendo que la Schura rusa guardaba ciertas similitudes con la Käthchen de Heilbronn, puesto que ambos personajes literarios padecían hasta cierto límite lo que se denomina epilepsia. «Una idea sabia y genial», me susurré a mí mismo, y mis consciencias existenciales se habían erguido con orgullo, pero ahora me interrogaba una delgada voz de criada que me causó una honda impresión: «¿Qué desea usted?, ¿por quién pregunta?». Cuando hube dado a la relativamente bien vestida la respuesta aclaratoria que acaso encendiese una lucecita de entendimiento en su encantador cerebritito, ella me hizo entrar [en] un elegante, es decir, tenuemente iluminado, corredor, adornado con grabados en acero, etc. «¿Qué voy a ver?», me preguntó el enjambre de curiosidades que me miraban con confianza infantil desde mi intimidad, que se asemejaba a un cuartito bien ordenado. Porque amo casi todos mis errores como si fueran pura amabilidad. «¡Oh, condesa, cuánto me complace esto!», quise exclamar en voz alta cuando la señora de la casa acudió a recibirme, pero movido por la sensatez cambié enseguida de opinión y ordené al mar de mis deferencias que se limitara a hacer una reverencia. Dicho y hecho. «Se lo ruego, pase usted enseguida a mi auténtico cuarto *biedermeier* y compórtese como le plazca», dijo en el tono más agradable que se pueda imaginar, que en modo alguno me asombró en la persona de una oficinista que, con su fabuloso y elevado salario mensual, había llegado a

permitirse pagar una casa de campo de moderadas dimensiones. Tomamos asiento, es decir, comprendí que lo educado era dejar que se sentara primero mi anfitriona, tras lo cual la imitaría discretamente, y así sucedió. «¿Tengo de verdad el placer ya casi inexpresable», comenzó a decir ella, «de tener ante mis ojos a mi estimadísimo invitado, el muy reputado novelista?». Una sincera timidez se deslizó por mi rostro inocente, que suele pertenecer a un prosista. «Podría confiarle eventualmente», comenté a renglón seguido, «que soy viajante de comercio de una casa de vajillas, después de haberme ocupado durante una temporada del ramo del cuchillo, del tenedor y de la cuchara». Para dolor mío descubrí que un destello de desilusión imposible de malinterpretar se había extendido como un nublado por los seductores rasgos de su rostro. Ella apenas se atrevía a mirarme, y a mí el combate que libraba una que había sido crédula con las contrariedades de la incredulidad por las que se veía afectada me pareció grandioso. La vista era preciosa, dijo intentando llamar mi atención sobre algo cotidiano, concretamente sobre sus ventanas, de hecho, atrayentes. Se disponía a hacer un fugaz comentario sobre algo, de lo que al parecer se había alegrado con excesiva diligencia, que le parecía enormemente triste, cuando fuera llamaron al timbre, puesto que el invitado número dos debía de haberse aproximado furtivamente o, dicho de otra manera, acercado, y al cabo de pocos momentos se presentó. «Voy a ocasionarle a usted una de las decepciones más amargas de su vida», musitó la propietaria de la villa muy bien situada. «El caballero con cuyo conocimiento quise alegrarle a usted, acaso con cierta precipitación, no es considerado así en los círculos que valoran más lo raro que lo trivial». «Es obvio que parece irradiar mediocridad», precisó con el necesario comedimiento el maltratador de instrumentos musicales magistrales al que la boca más bonita que haya existido jamás invitó a sentarse para compensar la escena junto al mueble que no puede faltar en ningún salón, y cuya presencia permitía ahora a los circunstantes realizar una discreta entrada en el bello mundo del disfrute musical. «Acaba de decirme que es un simple empleado de comercio que de paso se dedica a superar las dificultades de la escritura con ternura y paciencia», comentó la mujer, no del todo tranquila aún, al creador de lo más digno de ser bienvenido que el ámbito de la cultura dispensa a la humanidad amante de la civilización.

«Muy agradable», fue la respuesta en mi opinión adecuada del as del piano. Revelándome como el consumado y perfecto grosero, [me] comporté satisfactoriamente, según me dieron a entender poco a poco. El demonio del piano me pareció un ángel y espero que todo el mundo tenga claro que uno no se separa fácilmente de un éxito como el que él consiguió jugando [en la] residencia señorial de la oficinista, quedándose hasta tarde. De camino a casa conversamos ambos sobre el problema de imponer el poder al fructífero frente de los señores. En teoría los vencimos por completo, lo que hizo que el grosero me permitiera opinar en mi interior: «Ella se interesa por mi condición de novelista, que la lleva a sentir fascinación por una abundancia de ideas cuyo dolor actúa sobre ella como un licor de extraordinaria calidad». Mi meditación abnegación se burlaba de los regocijos egoístas de él. A mí me costaba imaginarme que ella pudiera haber aprendido a amarme; en otras palabras, no carecí de una auténtica y elevada parte de responsabilidad, que al mismo tiempo liberaba e imponía sentimientos de indecible y delicada firmeza, con los que, lleno de la inquebrantable resolución de quedarme tranquilamente allí, me dormí.

(031/II)
(1927)

ERA DEMASIADO DÉBIL

Era demasiado débil, intentaba
en vano escalar
los lejanos apogeos de la vida,
porque carecía de talento,
ay, ahora puede
lamentarse con la guitarra,
y en la más honda soledad,
como un mentecato que solo puede soñar,
pensará de vez en cuando
en la decisión.
¿No mendiga perdón su paso
por la audacia de sus andares?
Pero los demás, plenos del nuevo sonido,
no apetecemos riquezas, ni fama, sino liberación.
Nos importa un bledo la quimera del Parnaso
en medio de este amor, de este odio,
declarándonos libre y gustosamente,
cuánto sufrió él de sí mismo
cómo de vez en cuando podíamos verlo
sentado con apetito ante una salchicha frita.

(411/III)
(inédito, hacia 1927)

ES LUNES POR LA MAÑANA TEMPRANO

Es lunes por la mañana temprano, y calles elevadas, es decir, situadas sobre las colinas, brillan a la luz de la mañana, con la visión de sus alegres fachadas, que ascienden a lo alto armoniosas y unidas, me hacen sentir un optimismo, unas ganas de vivir renovadas, de una inesperada opulencia. Una historia de escoceses me pasó ayer delante de la cara, y con satisfacción abrí la carta de una muchacha en la que se mencionan poetas y enfermeras, de lo que tomé nota con simpatía. No hace mucho me escribió un ciudadano culto o león de salón, ante el cual yo me había abierto, si se me permite la expresión, por escrito: «Estimado coetáneo: con su apreciado permiso confiaré a un museo de curiosidades culturales para su custodia permanente la carta que [usted] creyó oportuno enviarme, debido a su contenido en mi opinión extremadamente valioso». La figura de Catalina de Siena, que dijo sí a la existencia de forma tan abundante, se cierne ante mi generosa y por tanto benéfica, maravillosa y conmovida inteligencia, y premios Nobel y conciertos en el casino descansan cual ondinas y ninfas sobre las praderas de mi alma, acogedoras hasta lo indecible, delicadamente iluminadas por el claro de luna de la suavidad. Habiendo leído todo tipo de cosas en los últimos días, entre otras frases de Ida Boy-Ed, quiero citar pasajes de una de sus novelas escritas con gran fuerza expresiva, ayer vi en un restaurante a una camarera bostezando del modo más atractivo y mostaza durmiendo en mostaceras, y salchichas pletóricas de jugo yaciendo con contundencia lustrosa y redonda sobre platos rebosantes de sensualidad, y pendientes en hermosas orejas desprendiendo destellos mágicos entre el maravilloso murmullo procedente de la aglomeración de invitados y del humo remolineante que los fumadores de puros expulsaban en la sala, como si ante el trasfondo de numerosas figuras corrientes destacase satisfactoriamente un dorado éxito en el ámbito literario. Alguien que me agració con su cercanía y con su amena conversación tuvo la gentileza de asegurarme, mirando mi cara de estupefacción, que en su opinión yo era

un cero a la izquierda, ante lo cual cometí la tontería de perder la paciencia, propinando un certero golpe de protesta al pobre e inocente tablero de la mesa. El insultador huyó a la desesperada, desapareció como una nube de polvo, mientras una mujer que parecía saber con excesiva certeza que la encontraba bonita se sintió impulsada a no ahorrarme el siguiente reproche: «Qué categórico se ha vuelto usted. ¿Desde cuándo le permite algo así la estimada vida cotidiana que permanece siempre verde?». El campanileo, que por así decirlo se asomaba, resonaba, y se alejaba aleteando y sonriente de la hermosa alma del compositor, refulgía de manera encantadora en *La flauta mágica* de Mozart, a la que yo acaso ofendiese hace unos diez años al ir a verla en compañía de mis mediocridades. ¿No me dije a mí mismo, cuando abandonaba la encantadora representación y descendía por las escaleras sin duda marmóreas, que me sentía totalmente satisfecho y feliz? La música, de una belleza casi sobrenatural, que titila sobre el cuerpo de esa ópera como si la obra fuera una diosa adormecida y la música sus ropas, despertó en mí miles de impresiones, quisiera creer que imposibles de perder, cuya espléndida totalidad considero un tesoro, un uniforme danzar o balancearse al vaivén de los minutos y de las horas, que refleja de manera variopinta el sentido de la existencia. Creí poder percibir, vivir, la infinitud de los días y las noches, y esto me pareció de suma belleza artística y de un poder afiligranado, donde pura y grandiosamente se oculta una espera y expectación y esperanza de años, concentrada en un aria de diez minutos, empujada a una musicalidad casi abismal o ridículamente espiritual¹ que hizo brotar lágrimas de embeleso de los ojos de mi vecina, acaso una dependienta de unos veinticuatro años. Dentro de las posibilidades que permitían las leyes de la escena y el escaso tiempo de la velada teatral, se derramó allí, cual flores de un cuerno de la abundancia, la novela de la vida, todas las alegrías y penas, hecho que en mi opinión contiene encantos casi infinitos, lo que sin embargo no me impide preguntar si, a pesar de toda esta belleza creada por temperamentos serenos como lo fue, por ejemplo, el del salzburgués, serían después realmente posibles sucesos de naturaleza indeseable como esta guerra mundial. ¿No lanzamos los europeos una mirada retrospectiva a una creación musical ya milenaria, cogiendo por el cuello a los monjes de San Galo, por utilizar una formulación un tanto peculiar,

para gritarles: «¡Venid los que antaño dibujasteis notas sobre el papel en soledad conventual y perpetua tranquilidad!»? ¿Es que desde entonces la paz evidenciadora de cultura no habría tenido que esparcir en nuestras regiones ilustradas la semilla de la prosperidad dominante? ¿De qué sirve que ahora acudan presurosas una y otra vez escritores de indudable prestigio para poner a nuestros pies la aseveración de que la denominada pseudoerudición sigue abriéndose paso en el seno de la sociedad? ¿No implican tales manifestaciones una incitación a la rebelión? ¿Es muy perjudicial la pseudoerudición? En mi opinión, mencionarla perjudica mucho más que ella misma. Me parece de vital importancia que intentemos dejar de lanzarnos acusaciones mutuas. Cuán convincente resuena la disculpa, la reconciliación sobre todo con los afanes cultos de Mozart. Pero nosotros lo olvidamos todo y por otra parte no somos capaces de nada excepto de no suscitar dudas, no olvidar nada; empezamos una y otra vez por el principio con un torbellino de preguntas grandioso y al mismo tiempo muy estrecho de miras. Del bosque de folletines rebosante de hojitas salió como una tromba hace algún tiempo un folletinista explicando que la naturaleza era una vaga, le parecía malvada y noble, buena y absurda, escalofriante y misteriosa, etc., y lo irritaba, inspirándole preocupaciones que desbordaban su cabeza de oráculo. Yo asentí tomando nota de que el oráculo «oraculeaba» alegremente a la buena de Dios, aunque condenando en voz baja a la alegre oraculería porque destruye, socava y derriba. En el preguntar, fantaseé, lanzando muy alto las manos, está el mar muerto, la sociedad exquisitamente vestida, que hoy ya no levanta las manos y va por ahí con un peinado impecable. Son las doce de la mañana y por eso hago una pausa, aferrándome esta vez de manera sorprendente, en lo que concierne al objeto del título, a la figura principal. Uno siempre busca algo y abandona algo. Por lo visto la vida se compone de incesantes idas y venidas, echar un vistazo y volver a marcharse. Conozco a uno que había adoptado la costumbre de no dar un paso a causa de su idiosincrasia. En cada ocasión pedía consejo a su mujer, hasta que una vez ella le dijo cuatro cosas. Desde entonces la situación mejoró. Él no lo olvidó. Tampoco ella. Al ver que él se había tomado a pecho lo que le había dicho, se sintió despreciada, un mar muerto.

(411/I)
(inédito, hacia 1927)

HACE MEDIA HORA

Hace media hora,
cuando sonaba lánguida la flauta,
yo estaba con el corazón herido
en un cuarto acogedor
como un muchacho inexperto
embellecido por su dolor anímico.
Ahora en un mundo vasto y alto,
donde soplan vientos mudos
entre la tierra y el cielo,
me he visto de pronto parado;
la palidez y el rubor
atravesaba como un caminante la flauta.
La perspectiva se tornó más amarilla.
«Estudiante rusa»,
me dije nostálgico,
«ay, ¿dónde estás, dónde, dónde?».
Y la flauta parecía moverse en círculo
con idéntica suavidad.

(407a/IV)
(1927)

SOBRE LA FLAUTA MÁGICA DE MOZART

Un joven al parecer descendiente de una familia agradable, dotado de miembros encantadores y una vida interior muy rica, encalla y es arrojado lentamente por las olas azules a una isla que se distingue por su abundante vegetación. Primero sus aflicciones le hacen poner cara de asombro, soñadora, que lo fatiga tanto que se queda dormido sobre la alfombra formada por una pradera florida. Mientras duerme, lo ve una mujer distinguida e influyente, que no parecer tener nada más inteligente y rápido que hacer que amarlo sin pensárselo dos veces. Casualmente ella es una de esas que pueden tornarse peligrosas si son presa de la ternura. Ella decide poseer o bien destruir al objeto de su afecto, y con tal propósito abandona el escenario, dejando en el mismo a una joven de notable hermosura, que es su hija, sin que se crea en la necesidad de tener que motivar en detalle su manera de proceder. El que despierta la ve y la ama, pero, antes de que pueda unirse para siempre a ella, que por su parte no tiene nada que objetar al enlace, pues le parece guapo, noble, galante y en consecuencia amable, ella se aparta, huye de él o, dicho todavía mejor y más acertadamente, primero le privan de ella, puesto que la providencia quiere que él espere hasta nuevo aviso y aprenda a conformarse con toda clase de cosas. La madre, que, lejos de ser vieja, es en todos los aspectos vivaracha y aventurera, oculta a su hija en un palacio u otro tipo de fortaleza. Por otra parte, una asamblea de concejales aconseja al joven buscador empaparse primero de lo que es el respeto a las instituciones, etc. Afloran tradiciones sacralizadas. El sabio consejero y la mamá seguramente estén conchabados. El joven nunca se entera de algo concreto al respecto. Confía su nostalgia a un grupo de chicos bien vestidos, que a pesar de su juventud parecen capaces de entenderle. A veces para distraerse va a una sala de juego, se hace servir por mi causa una botella de vino y se entrega a toda clase de diversiones. Entre otras cosas le gusta ensayar aquí y allá el toque de la flauta y de cuando en cuando arranca al instrumento en cuestión algún que otro tono no malo.

Regiones, paisajes varían plástica y tranquilizadamente. Los hombres sabios e infalibles dicen a la apasionada y enardecida: «Cálmate», y echan un simpático rapapolvo al joven con un: «Atrás». Porque él desea ser siempre un poco impetuoso y concluir por fin la obra a la que, no obstante, se le ha prescrito una determinada extensión, cuyos largos y anchos celebran los espectadores debido a las bellezas que contienen. Continúa, pues, la obra, cuyo comedimiento está bañado en puro encanto que se sucede lenta y confortablemente, porque se parece a un durmiente que tiene sueños de fascinante belleza y la más rica animación. La excelente persona joven ha entrado mientras tanto en cuevas, de las que tras larga y esforzada caminata acaba saliendo, y, después de verse transformado en un héroe que conoció las cosas graves de la vida, ya no conoce a su amada, que sin embargo ha sido la causa de que él haya trabajado en su persona con alegría y valor. Se queda ahí parado, como si descansase en sí mismo, sin ver ni oír a la que le aconseja sin cesar que piense en sí mismo, que podría haber perdido el sentido de sí mismo, como si sus vivencias lo hubieran petrificado. Pero se tiene la impresión de que él vuelve a encontrarse en aquella a la que ama, de la que a veces no sabe nada. A algunos oyentes les brillaban en los ojos lágrimas de emoción, causadas quizá porque la obra es un reflejo de la vida.

(1927-1928)

TEMPRANO LO ACOSTUMBRARON

Temprano lo acostumbraron
a excelentes modales.
Así que aprendió a tiempo
decoro y cortesía.
Además se convenció
de que un compositorcillo así
debía ser obediente y atento,
que no tenía por ejemplo que ordenar,
sino elegir otra cosa
para contar.
En música lo hacía,
era y siguió siendo delicado como el cristal
de los pies a la cabeza,
objetivo de los oídos de muchos,
un jugador soñador,
comía a veces con lacayos,
sabía inclinar la cabeza
con increíble gentileza,
y estudios y sonatas
le salían de maravilla.
Luego hizo una buena boda,
se convirtió en asesor artístico,
y, al igual que hacían otros,
comía con ganas verdura y asado,
[y] baronescos ducados.
Siempre siguió siendo un niño
en el amor, en la vida y en la ambición.
Si decían: «Siéntate al piano»,
él empezaba a fantasear.
Cuando le interesaba Don Juan,
viajaba contento a Praga.
Parecía entregado a la costumbre
como el dulce zumo de las vides.
Estando en la cúspide de su capacidad
el destino se lo llevó de aquí,
Dios no lo dejó mucho tiempo con vida

y adherido a sus pretensiones.
En su época aún no caían
de rodillas ante el genio,
pero, lo digo con descaro,
siguió siendo siempre un recién nacido
para los oídos de la posteridad,
porque fue lo que rara vez son las personas:
un niño prodigio.

(207/IV)
(1928)

HACE UN MOMENTO SE HA ESCAPADO UN LIBRO DE UNA EDITORIAL

Hace un momento se ha escapado un libro de una editorial, que por lo visto adolece del fallo de no ser Minué. Por Minué entiendo una suerte de parlanchín que no habla nada, algo que no chismorrea demasiado, que es delicado y que sabe de sobra que su delicadeza no se debe únicamente a la casualidad. ¿Por qué los autores inteligentes, cultos, piensan que es conveniente para ellos aparecer despeinados? ¿Consideran lo revuelto profundo y lo desgreñado una liberación? Afirman que no son indios, y coquetean con la posibilidad de cosechar éxitos con libritos de indios. Nosotros no hacemos el indio en modo alguno, declaran, y sin embargo ni siquiera se cepillan el traje antes de comenzar a escribir. ¿Está hoy anticuado Minué? Por lo visto sí, pero en realidad apenas, puesto que el donaire siempre resulta agradable. Ja, cómo sale corriendo un literato actual, y después al poco tiempo se paraliza, como si le encantara su escaso perfume. De qué le sirve gruñir: yo soy la verdad. Una alusión somera es más efectiva y más fiel que los nutridísimos retratos de la época, que se reducen a cháchara hueca. Con algo minuetístico me siento como si el tiempo siempre hubiera sido tiempo, el espacio siempre espacio, la persona siempre persona, la cultura siempre cultura, lo bello siempre bello. Dulces ilusiones, qué afables sois, qué peinadas y aseadas estáis todas, cómo oléis a violetas, y [a causa] de vuestra capacidad de moderación, de satisfacción, tenéis cierto valor de eternidad. Los que en-
absoluto-quieren-ser-un-pocoindios-de-vez-en-cuando explican: Minué, eso ya no existe. Pero algunos otros y yo no reconocemos en absoluto la verdad de tal afirmación. Siempre ha habido cosas importantes, alejadas de la banalidad. Minué no es importante, pero precisamente por eso le surgen oportunidades. Minué admite con una sonrisa satisfecha que estando bien vestido se propone jugar a veces a los indios, o sea, comportarse como si, por ejemplo, se chismorrease algo. Desde hace unos cuarenta años los escritores que quieren que los tomen en serio

aseguran que no son unos charlatanes, con lo que en cierto sentido acaso tengan razón. La literatura seria no charla, desde luego, pero quizá su totalidad tiende en conjunto hacia el chismorreo. El Minué sonríe y bailotea discretamente, sin pretenderlo siquiera. Si alguien dice «Soy discreto», esta aseveración parece petulante, lo que en sí supone una indiscreción. Cuántas cosas antiminuéticas no se han escrito ya y lanzado al público, pero, a pesar de toda la delicadeza, la estrechez de miras sale a relucir una y otra vez. El valor es arriesgado y por eso divierte. Uno casi se asombra de que algo que en realidad ya no tiene derecho a existir siga todavía ahí. ¿Se acepta esto porque no se acepta que se hace?

(103/III)
(1928)

OBRA SIN TÍTULO (II)

Yo no conseguía librarme del cura de cine que había tenido la ocurrencia de imposibilitarse como predicador. Ahora me encontraba en el teatro, que me parecía de indescriptible belleza, aunque sea cómodo por mi parte decirlo. En la obra, que se trataba de una especie de opereta, aparecía uno calzado con botas con la forma de un gobernador y pinta de que iba a ser relevado pronto. En la cabeza del espectador se ondulaban y henchían bosques como espuma de leche hirviendo. A mi lado se sentaba, gélido y crítico, quiero decir huraño, un maestro joven que trabajaba en un lindo pueblecito. Un buen día unos campesinos jóvenes habían intentado buscar camorra con él por el mero afán de testar su fuerza; pero él supo solventar con habilidad el asunto, y ahora se aburría a mi lado, pues carecía de la capacidad para comprender la fascinación de la música que nos envolvía a ambos. Como revelo gustoso, el compositor no estaba presente. Enfermo, luchando con la fiebre, yacía en una sala escasamente iluminada por una débil lamparita. Mientras los productos de su fantasía se asentaban o introducían en todos los corazones humanos y las coronas de laurel del éxito indiscutido revoloteaban a su alrededor, él se contentaba con este sucinto y monótono balbuceo: «Estoy acabado. ¡Juventud, cómo me engañaste! Vida, ¿he de estar furioso contigo?». Sonriendo con extraordinaria finura por estas palabras que se escapaban de sus finos labios, su cabeza encantadora, rodeada por sus atractivos cabellos ondulados, miraba tranquila e inmóvil como una escultura desde las almohadas de su cama. A mi lado, el maestro sabía que uno de los cajones de su escritorio *biedermeier* guardaba una obra de teatro en cinco actos casi concluida, en la que parecía decidido a darse importancia un héroe, que, en lugar de haber cosechado reconocimiento a raudales, se topó con un representante de la mediocridad que lo trató con bastante rudeza, pues le dijo: «Tú, a pesar de todos los méritos que crees haber ganado, me pareces una variante de la inutilidad». Debido al trato tan inesperado y descortés, el héroe perdió el oído y la vista. Tengan la

bondad de pensar que la figura del héroe no existía en realidad en ningún sitio, sino solo en la mente de un maestro de primaria. Cantaba extraordinariamente bien una *prima donna* que en mi opinión se comportaba de manera excelsa en la cautivadora dulzura de su amor, que él consideraba auténtico, puesto que en el teatro abundan las ilusiones idóneas para transformar a los tontos en inexpertos. Dando clase en mi mente a niños pequeños, vi a través de la imaginación los encantos paisajísticos del pueblecito en el que vivía el que aspiraba a convertirse en poeta, aunque en principio debía conformarse con la docencia. Un río corría alrededor del palacio y de la iglesia, como si el amable conjunto fuera un plató de cine, y la obra del cura se desarrolla allí. El cura fue suspendido en su papel y se convirtió en un preceptor muy distinguido, y surgió un romántico y grande o importante amor, y una hermosa mujer dijo al por lo visto dotado de gran inteligencia: «Sé razonable». Lo era, afirmó él en vano; ella jamás creyó algo tan sencillo y evidente. Si hubiera tenido que decirse que él debía figurar entre los inteligentes y que se parecía a cualquier otro, habría acudido malhumorada a su tocador o *boudoir* para llorar de desilusión. Mas ahora volvamos a las botas, de brillo teatral, por lo que me parecían poco creíbles. A las botas de teatro se les podría objetar o criticar una particularidad: que son muy blandas y no causan ni preludian ningún golpeteo o taconeo. Semejantes botas son increíbles. La potencia vocal del gobernador del escenario parecía reconfortante, quizá incluso atrayente, o hasta arrebatadora, lo que no le impedía al juvenil maestro apoyar la cabeza en su mano y pensar con fervor en su amada prematuramente desaparecida, imaginándose sus atractivos uno a uno, ocupación que le hizo suspirar en alto o en bajo una o dos veces. La cantante de primera buscaba a su marido, al parecer totalmente inocente, amable, bueno y formal, al que mantenía preso por desgracia el gobernador de piernas delgadas, y lo encontró, tras lo cual se desarrolló la escena increíblemente simpática de un reencuentro de lo más conmovedor, nadando y fluyendo en tonos felices, de forma que algunos espectadores creyeron que se encontraban en una barca o lancha no impulsada por un agua que simplemente albergaba peces, no, sino por un llanto de oro. Que intentase tomar la carrera de ensayista, me dirigí, ciertamente juzgando bastante innecesario mi consejo, al autor de dramas como siempre solado a pizarras, etc. Él me miró serio, y yo hice otro

tanto. El cielo pintado del decorado transmitió a los prisioneros, que en la obra teatral fueron conducidos al exterior, al aire libre, inclinando la cabeza con indecible melancolía y provocando tintineos melódicos e impresionantes de sus cadenas, una azul alegría infantil, por lo que comenzaron a moverse y bailotear agradecidos doblando las rodillas de sus piernas temblorosas. Si todo fue como debió ir, el maestro de cine consiguió un casamiento digno de parabienes.

Cuando una obra ha terminado, uno se va a casa con discreción, quizá no sin haberse comido antes a toda prisa un bocadillo de jamón en una taberna.

(1928)

ACERCA DE DOS NOVELITAS

De vez en cuando leo novelitas que se pueden adquirir por treinta céntimos. Los tomitos tienen unas ochenta páginas, y creo que merecen un análisis pormenorizado. Una de estas narraciones se llama *Le semeur de larmes* y es obra de alguien que quizá sea un escritor ocasional, para su personal esparcimiento, valga la expresión. El autor tiene la amabilidad de conducir al lector, que sigue de buen grado las inspiraciones del autor, a un ambiente que cabe denominar de abogado. Un padre tiene esposa y dos hijas adolescentes. Del sembrador, que esparce pruebas, etc., que despierta toda clase de pensamientos en las cabecitas de las jóvenes, cabría decir que tiene mala suerte en el juego, aunque le trae sin cuidado. Dilapida un dinero cuya procedencia no parece conocer bien. En todo lo relacionado con el amor, se distingue por un visible éxito. Tiernos corazones henchidos lo adoran, creyéndolo capaz de cosas bellas y buenas. Las dos hijas del abogado están locas por él, puesto que les parece extremadamente mundano. La mamá lo ha besado y se ha dejado besar por él, antes de que las hijas lo sospechen siquiera. Le caracteriza algo rayano en lo demoniaco, y lo demuestra haciendo saber en una habitación de hotel a la más talentosa, culta, eminente de las dos hijas que se encuentra en su poder. A raíz de la declaración, ella abre los ojos muy asombrada. «Hombre horrendo», susurra, henchida de orgullo por el tembloroso susurro y el cuchicheo de su cuerpo tembloroso. Por lo demás le parece interesantísimo estar a su merced. Felizmente en esta ocasión no ocurre nada malo. La chica es arrancada a tiempo de las garras o zarpas de tigre. Mamaíta paga al gracioso bribón una considerable indemnización, diciéndole: «En otro tiempo lo amé. Lo consideraba tan atractivo como excelente. Coja lo que le ofrezco, y desaparezca de mi vista». Él no se lo hace repetir dos veces y se marcha llevándose a una criada que parece una compañera de viaje muy conveniente. Zas, se sientan en un vagón de segunda o por mí incluso de primera, y la familia, que se ve liberada del sembrador de lágrimas y propagador de malas

experiencias, toma cómodamente el té de las cinco mientras intercambia experiencias.

¿Hubo alguna vez un amor más esperanzado, de color de rosa, que el que sintieron una joven burguesa y un músico joven y enjuto? Se amaron de un modo casi provinciano, pero ambos eran pobres. Ella no era pobre de solemnidad, pero sus padres gastaban desde hacía bastante tiempo mucho más de lo que ingresaban, quiero decir que permitían a su hija frecuentar a caballeros jóvenes y ricos, aunque a ella no le causaban una impresión muy favorable. Ella amaba a su músico, pero se lo prohibieron. Cuando él, sin arrugarse, solicitó su tierna mano, le contestaron: «¿No prefiere usted renunciar a su propósito seguro que honorable?». Ella tenía que casarse con alguien rico; en consecuencia, él intentó conseguir riquezas para ganarse ese derecho. Una noche él se encontraba con sus resplandecientes aptitudes que parecían hacerlo más guapo aún de lo que era, en el salón de una amable *demi-mondaine* que, cuando lo vio, se propuso protegerlo en la medida de lo posible. Entre otros, se encontraba presente una cantante de ópera. Cuando esta hubo cantado, le tocó el turno a una bailarina, y, cuando esta última acabó de bailar, comenzó a tocar el músico, y lo hizo de un modo tan arrebatadoramente bello y agradable que la guapa señora de la casa lloró de placer. Ella se imaginó que su alma se había transformado en un prado húmedo por el rocío de la mañana. Cuando él terminó su ejecución, ella le nombró en su mente famoso concertista y, con una sonrisa muy expresiva, le hizo un cumplido perfumado de gentileza. Casualmente ella poseía un valioso collar de perlas, y como él, según sabemos ya, tenía en mente hacerse rico, abreviaremos y diremos con franqueza que se lo llevó a casa sin permiso. Pronto lo descubrieron. Él se vio obligado a presentarse ante su protectora con un sentimiento de derrota y reconocer su delito, lo que hizo con tal simpatía y sinceridad que ella creyó tener motivo para pedirle que se sentara a su lado en el canapé. Media hora más tarde ambos estaban el uno en los brazos del otro comiéndose los labios a besos, tan maravilloso les parecía considerarse encantadores después de todo lo que habían vivido. A veces la gente es más confiada cuanto más desconfiada ha sido. Se daban las gracias de todo corazón y apenas sabían por qué, aunque luego se enteraban con toda exactitud. Ella le perdonó no solo una, sino veinte o cincuenta veces su imprudente travesura y en su

corazón lo llamó su bienhechor, aunque en realidad su considerada bienhechora era ella. Pero de repente él le confesó que amaba con enorme afán a una muchacha burguesa a la que prefería por encima de cualquier otra cosa. Ante esa confesión, ella torció el gesto. Mas cuando comprendió que hablaba en serio y le contó que solo le faltaban unos cien mil francos para poder casarse con la elegida, ella dijo: «Quiero facilitarle lo que echa de menos». Por lo visto le gustaba ser generosa. Deseaba hacer feliz a su amante. Un tío de la joven, muy adinerado, era uno de los admiradores de la *demimondaine*. Ella le prometió que se convertiría en su mujer si él quería ser bueno. El tío prometió serlo. Ella le informó de sus condiciones, que él aceptó de buen grado tras una vacilación de tío. Pagó y las dos parejas se quedaron contentas. La historia se titula: «Le pardon dans un baiser». Contada, me pareció agradable. Me divirtió, y con eso me conformo.

(1929)

EL CONCIERTO

Las muchachas, una de las cuales ha acudido con un estuche de violín, son pasablemente bonitas, lo que acaso manifieste cierta petulancia. Por lo visto son las cuatro de la tarde. ¡Qué comentario tan provinciano! Mi descripción me hace suponer que tiene un aroma a retrato de la realidad, que me propongo sin que me tome demasiado en serio mi propósito. De dos caballeros presentes llamo al primero el menospreciado, y al segundo, el preferido. Este último es tomado en serio, y el primero en broma, pero al dejarse tomar de este modo, sin temer un posible perjuicio, parece caracterizarlo cierta satisfacción, mientras que al preferido siempre le preocupa su comportamiento para que no lo subestimen. El padre se dirige a los presentes preguntando si puede comenzar a tocar el violín. Todos manifiestan su acuerdo con la propuesta. Él se sienta al piano dando con ello la señal de que va a tocar, lo que al punto se nota más en uno que en los otros. El menospreciado parece dispensar escasa atención a las preciosas melodías de Beethoven, con lo que demuestra que le preocupa otra cosa. Esa otra cosa es su madre, a la que se dedica a decir zalamerías. El preferido considera excelente la interpretación que todavía hay que pulir, que termina pronto, la reinicia y de vez en cuando molesta lo suyo. Los abrigos y bolsitos que traían las jóvenes reposan, unos encima de otros, sobre una silla. No se aplaude, como si fuera superfluo, pero sí se bromea y se ríe. La hijita no música se revela como una virtuosa de la risa contenida, y en eso participa también la que toca el violín, que acaso posea mayor capacidad para la diversión que para interpretar sonatas. El menospreciado ve algo que se le escapa al preferido —en concreto una liga de la parlanchina, que varía levemente su posición o postura para que él perciba qué es más bonito que dar conciertos y el entretenimiento—. El padre parece desaprobador la satisfacción de la madre. Un poco contrariado, recorre arriba y abajo el salón, adornado con un ramo de flores y surcado por las ondulantes nubecillas de los cigarrillos. El menospreciado mantiene una conversación intelectual y

serena con el preferido. Parece que ambos se llevan de maravilla. Los responsables no pueden ser responsables de continuo, ni los frívolos pueden reducirse a pura despreocupación, porque en realidad cualquier cualidad vive en todos y las diferencias son similares.

(1930)

CIUDAD PEQUEÑA

Pocas veces vieron mis ojos, que siempre absorben complacidos la belleza, una ciudad pequeña tan deliciosa y lindísimamente situada como aquella en la que un buen día un callado soñador pidió en medio de una plaza iluminada por el sol a una joven intelectual que aspiraba a convertirse en escritora que le dijera si podía concebir esperanzas respecto a su destacada persona. Ella, con sonrisa afable y altanera, contestó: «No, tesoro». Ante esta respuesta él enrojeció con genuina espontaneidad.

Mientras en las estancias interiores de una próspera casa comercial un empleado consignaba, incansable, asientos en estos y aquellos libros cuyo tamaño inspiraba respeto, un músico que había regresado a casa tras una carrera coronada de laurel, y que tenía en mente reanudar sus peregrinajes, subió paseando a una colina donde conforme a la cita una joven bella, pero no agraciada, esperaba al que sabía disfrutar de la vida, cuya cabeza de compositor estaba enmarcada por rizos melódicos. ¿Le apetecía que visitaran juntos la lejanía estrechamente abrazados?, preguntó a la que allí estaba, aunque su deseo era estar pronto en otro sitio. Ella apoyó con ternura su cabecita de esposa del alcalde en el hombro del irresistible, que tenía derecho a decirse que la noche anterior había cosechado una ovación motivada por la actividad que él consideraba suya y controvertida.

La autora en ciernes de libros que hallasen amplia difusión, que había interpretado el papel de rechazadora, abrazó ahora, en una habitación funcional con aroma a sacrificio en pro de la humanidad, amueblada con relativa sensatez y sentido práctico, a un profesor de literatura que llamaba muy seriamente su atención sobre multitud de altas obligaciones y sobre las dificultades inherentes a su realización.

El sosiego espiritual del relojero crecía y se desarrollaba como una humilde plantita.

De la estación partió traqueteando el tren de lujo en cuyo interior iban

los dos que formaban uno, mientras que ellos no parecían saber si aún existían, ya que no podían desprenderse de la ilusión de haberse comido de amor el uno al otro y de no ser en lo sucesivo más que una idea de felicidad, un hábito.

(inédito, hacia 1930)

VIDA FAMILIAR

Con qué frecuencia se ha cenado,
cocinado, planchado y cosido.
Por la ventana soplaba una suave brisa.
Se pasaba el día entero con un libro.
Se hacían y se recibían visitas,
se veía un haya en el bosque
y se escuchaba música en la sala de conciertos.
Mientras los hijos crecían, comenzaban
a marchitarse apaciblemente los que los engendraron,
el trabajo cotidiano se efectuaba con esmero,
los ojos veían algo hermoso aquí y allá.
Se compraba ropa, zapatos, vestidos,
se entablaban estas y aquellas relaciones,
escuela, teatro y cajas de ahorros,
cuchara y tenedor, plato, jarras, tazas,
darse la bienvenida, odiarse
son cosas propias de la vida familiar.

(1931)

LA HERMOSA NOCHE

Anoto de prisa lo siguiente: Uno, mientras come, por ejemplo, se sube cogiendo por el pelaje suave y aterciopelado a un gatito de verdad, no alegórico, para comprobar si le apetece quedarse o prefiere alejarse de nuevo. Ningún ser pensante, sensible, impondrá su ternura a un gatito. Hace nada me encontré una plaza mayor en un libro de poemas. Con relación al problema «Espíritu y técnica», recién aparecido en el horizonte de los afanes culturales, pensaba la pasada noche que me gustaría calificar de hermosa por la ausencia de viento y de nubes, que la técnica es un medio para ordenar las espiritualidades, el espíritu un hombrecillo inclinado a rasgos de ingenio, etc., que la mujercita técnica conduce desde todo tipo de errores a la utilidad. El mencionado libro de poemas está escrito por Ludwig Cabezarrizada y me lo ha remitido la Editorial de Risa de Ciudadalegre. ¿Soy o no uno de los informadores amantes de la verdad? Quiero hincarle el diente a esta pregunta como si fuera un bollo crujiente, y responder que yo nunca pierdo una sílaba hablando del tiempo, por ejemplo. Si viajo a una ciudad desconocida donde quizá sople un viento rudo en mi contra, escribo más tarde que mis principios me prohíben explayarme en detalles. Lo hago porque he llegado a la conclusión de que ciertas sinceridades son simples dependencias intelectuales. En mi opinión los corresponsales —y como es lógico no me refiero a los comerciales sino a escritores eruditos— no deben estar sujetos a influencias sensoriales, entre las que incluyo sentimientos, etc. ¿En qué es superior un periodista?

La noche, que me envolvía, volaba alrededor de mi alma como un ruiseñor. Yo venía de cualquier parte y me dirigía a cualquier parte. Aviadores de plumaje plateado volaban sobre el teatro de la vida, ganando honorarios contractuales para dejar caer sobre la superficie terrestre escritos impresos para que el público los recoja y lea. Un hotel de montaña dotado de iluminación eléctrica parecía flotar en el aire, dado que en la fragancia de la noche no se percibía la silueta de la montaña,

espléndida. Por el río fulgurante de la dorada luz interna, paseaban en góndola los músicos, y las ramas, que se inclinaban desde muy arriba, se asemejaban a agradecidos oyentes del concierto, y se me ocurrieron nuevas obras en prosa. ¿No entrañan las ocurrencias que tiene un escritor perspectivas de esfuerzos venideros? Por eso suelo casi alegrarme cuando no se me ocurre nada. «Une heure d'oubli» se titula una colección parisina de libros de los que soy amigo desde hace mucho tiempo.

La hermosa noche devino en la más hermosa que se pueda imaginar cuando vi en una veranda de los alrededores de la ciudad a personas cenando después del trabajo, y desde un jardín oculto sonaba una armónica que daba las buenas noches, y en el muro de una casa se dibujaban las sombras de las hojas, y caminos casi imperceptibles desembocaban en casas y se alejaban de ellas.

Pero ahora quiero decir una palabra acerca de la diversión que originó leer en voz alta en el retiro de mi cuarto de trabajo veinte poemas de Cabezarrizada, como si se los leyera con sonoridad contenida a una mujer interesada por la lírica y cosas por el estilo.

A mí la lírica siempre me regocija, puesto que las pequeñas faltas métricas en la misma me dispensan particular alegría. Por el delgado libro de poemas expreso veinte veces mi gratitud al autor, es decir, una por cada alada contribución. Por otra parte, tal vez Cabezarrizada me agradezca que lo haya relacionado con la hermosa noche.

(1933)

EPÍLOGO

Lo mejor que sé decir sobre la música

*Il faut toujours penser l'écriture
en termes de musique.*

Roland Barthes

Demasiada música

«Cuando no escucho música, me falta algo, pero cuando la escucho es cuando de verdad me falta algo. Esto es lo mejor que sé decir sobre la música» (SW I, 44). La relación de Robert Walser con el arte musical no fue inquebrantable. La música era capaz de entusiasmarlo, y así lo evidencian textos tempranos como «Piano» (1901), «Laúd» (1901) o la ya citada pieza en prosa «Música» (1902). Son romántico-demoniacos, tienen un matiz inquietante, revelan nostalgia de la melodía y de la libertad. En 1913, tras el regreso de Walser de Berlín a Biel, su ciudad natal, la exaltación cede, y él se interesa cada vez más por instrumentistas, conciertos y obras aisladas. Artículos como institución de representación y disciplina burguesas, la actitud cultural artística, el virtuosismo y el culto al genio, a instrumentistas engrèidos y a cantantes vanidosas.

Walser describe el carácter arrogante y presuntuoso de la industria musical clásica con lacónica terquedad, o se burla de ella con la mayor distinción: «Escuché con elegancia por encima de la música, valga la expresión» (SW 17, 35), dice en 1925 en «Concierto». Ese mismo año leemos en «Acuarela»: «Soy tan musical que puedo prescindir por completo de escuchar música». (SW 17, 191). En «El solitario» (1924) aparece el consumo compulsivo de música como lo opuesto al ensimismamiento y a la concentración: «En lugar de ir veinte veces al

concierto, voy una, y entonces lo escuchado resuena con fuerza por las naves del recuerdo» (SW 8, 101). Y en un pasaje escrito alrededor de 1926 sobre el retrato costumbrista de Frank Wedekind *Musik*, en el que se fustigan el abuso sexual y las aberraciones de la enseñanza del canto, el narrador comenta a Wedekind: «Hoy en día se cultiva la música en demasía». La reacción es instantánea: «Wedekind retrocedió dando un respingo, como si le hubiera picado una serpiente. Desde entonces dejé de tenerle simpatía» (AdB 4, 224).

El distanciamiento de Walser respecto a la industria concertística y operística obedece a su aversión hacia cualquier clase de pompa y altanería. Con harta frecuencia su escritura recuerda a procedimientos musicales como la disociación y el desarrollo libre de temas o el juego con asonancias y una rítmica que fluctúa inquieta y va acompañada de incongruencias cambiantes de sonido y de significado. En el estilo de Walser lo musical es decisivo, y, cuanto más escribe, mayor peso adquieren las cabriolas métricas y rítmicas, los adornos, las asociaciones de palabras y de sonidos. De pequeño tuvo experiencia práctica con la música. Al igual que sus hermanos, Robert hizo sus pinitos con un instrumento, aunque según declaró más tarde su hermana Fanny no tenía ni ganas ni talento para tocar el piano.

Cabe decir, sin exagerar, que el Walser escritor también actúa de manera compositiva y trabaja con variaciones y digresiones. Cuando «fantasea» sobre Chopin y Paganini, se deja guiar por una escritura utópica, de inspiración musical-improvisadora que intenta trascender la sujeción al lenguaje. Para esa musicalidad, que se manifiesta tan espontánea y original que en la obra tardía linda con lo experimental, y a la que son ajenos el *pathos* del Romanticismo tardío y el virtuosismo circense, Walser no disponía en el negocio musical clásico de su época del correspondiente espacio de repercusión y de imaginación.

Además, es preciso subrayar que Walser no compara sus obras literarias con grandes modelos musicales, sino con modelos más pequeños, más reducidos y concentrados. Así, en 1915 publicó en el *Vossische Zeitung*, bajo el título «Música de cámara», un grupo de cuatro textos independientes, y a partir de 1918 planeó una publicación colectiva en forma de libro con idéntico título, que sin embargo no llegó a materializarse.

Desvanecerse

La búsqueda de Walser de una musicalidad «diferente» que apueste por tonos y sonidos sorprendentes y frescos se corresponde plenamente con los afanes de algunos compositores celebra el separatismo elitista de la cultura burguesa, sino que se produce música profunda para la gente pobre y sencilla. Alban Berg también introdujo con este papel el acordeón en la ópera *Wozzeck* (1914-1922), donde se utiliza en el jardín de una taberna (escena II, 4). El acordeón es asimismo una emanación de la zanfoña, que en el Romanticismo se solía asociar con la muerte, como por ejemplo al final de *Viaje de invierno* (1827) de Schubert.

En los textos de Walser la música que mayor estima merece es la que escuchan los observadores furtivos y los oyentes casuales. Además de los sonidos del acordeón, esta puede ser la músicaailable que resuene por la ventana abierta de una habitación, o ejercicios para piano que lleguen flotando a alguien que pase por la calle, o una canción que resuene en el bosque como cantada por una boca fantasmal. A Walser le fascina sobre todo el fenómeno del desvanecimiento en la lejanía, tal como lo describe el texto en prosa de 1926-1927 «Asistí a un concierto»: «Creo que es maravilloso que, cuando un tono apenas es audible en una interpretación, uno desee percibirlo antes y lo escuche con más fervor» (SW 19, 35). Su fascinación por los tonos que van apagándose y se desvanecen a lo lejos coincide con los afanes de un Mahler o un Schönberg, en cuya obra la no música, el silencio y las pausas son tan importantes como los sonidos mismos. Y responde a la idea del lenguaje walseriano tal como aparece al final del texto en prosa «Madre e hijo» (1929): «Respecto al lenguaje, forma parte de su belleza que se muestre eficaz cuando falta, que cuando enmudece sea capaz de dar a entender que está ahí» (SW 20, 139).

La relación de Walser con los tonos en sus textos es muy superior a la de sus contemporáneos, pues genera espacios sonoros al aire libre, a menudo con música en movimiento en forma de aprendices, bandas de música o barcas que pasan. Esta modalidad de movimiento musical alcanza una eficacia de especial efecto en «La marina», un texto de 1917

en el que el narrador se encuentra sobre un puente mientras por debajo de él pasa una góndola con muchachas cantando. El canto sencillo transforma la noche en una sala de conciertos natural de vastedad infinita. Una variante de este tema romántico son los cantores y poetas ambulantes a los que el narrador sigue transfigurado por la nostalgia, como por ejemplo en los textos tempranos «Brentano: Una fantasía» (hacia 1902) y «Simón: Una historia de amor» (1904).

El favorito, Mozart

Walser, a cuyos narradores les gusta parecer personas vulgares, es muy entendido en música clásica y no vacila en revelar sus preferencias. A quien más valora es a Mozart —de eso no cabe la menor duda—. En la pieza en prosa «La señora Von Twann» (1914), por ejemplo, la música que va apagándose es «tan bella que uno se la figura dirigida por el propio Mozart» (SW 4, 17). O en la novela corta *El paseo* (1917), el narrador es cautivado por una «canción melodiosa de Mozart o de pastoras» entonada por una atractiva voz femenina «que brota y asciende al aire azul»: «los tonos sonaban como la misma joven, inocente felicidad de vivir y de amar; igual que figuras de ángeles con jubiloso plumaje blanco como la nieve, volaban hacia el cielo, del que volvían a caer y parecían fenecer con una sonrisa» (SW 5, 33). Y en enero de 1922 escribe a su amiga Frieda Mermet, con la que mantenía una relación epistolar, que en Zúrich había asistido a «la maravillosa función de ópera *La flauta mágica* de Mozart, una de las obras más hermosas que se hayan compuesto jamás».

Sobre *Don Giovanni* Walser escribió con mucha más frecuencia. Aquí la humilde pareja formada por Zerlina y Masetto recibe más atención que las parejas relevantes, mereciendo especial atención Zerlina, que tras su desliz pide con orgullo que le peguen. Walser también comenta *Las bodas de Fígaro* y *La flauta mágica*, y no escatima en indirectas irónicas, que sin embargo nunca se dirigen contra la música de Mozart, sino contra el negocio operístico, las puestas en escena ridículas y los detestados

libretos. Critica con dureza y sin piedad el texto de *La flauta mágica* por su acción ilógica y su duración (cfr. SW 19, 306-309).

A Walser no le gusta Beethoven y, por tanto, tampoco las desmesuras del Romanticismo. Esto supone para él «un estruendo y a continuación un bisbiseo, un desafío que se queda en abrazo, ofensa y perdón» (AdB 4, 28 s.). También en los años veinte del siglo xx, cuando en *Fidelio*, la ópera de Beethoven, habla de la famosa señal de libertad de las trompetas, Walser se burla de lo sublime, pero solo para convertir de inmediato en sublime la vida cotidiana, su auténtico ámbito: «Oh, cómo le entusiasmó la señal de llegada del humanismo con sus escuetos alargamientos. Él llamó a la ópera la más hermosa que hubiera existido jamás, y al día siguiente experimentó un ambiente de calle mañanera en el que la humanidad entera se le antojó que flotaba» (AdB 4, 133 s.).

La presente selección se limita a poemas y prosas breves. En un primer examen nos topamos con más de trescientos textos y un total de más de mil doscientas páginas impresas. De ellos se seleccionaron sesenta textos, con el objetivo de cubrir todo el espectro de la dedicación de Walser a la música. Esta abarca desde descripciones grotescas en «Velada teatral» (1907), en el que la música le sacude un «golpe en la cabeza» y después «de un modo completamente espontáneo abrí la boca para escuchar» (SW 2, 55), hasta un mundo sublime sin «sonidos» (SW 5, 160) en la prosa «Nevada» (1917). En este espectro heterogéneo, Walser hace aflorar sus conocimientos sobre composición y, por ejemplo, en «La sonata» (cfr. SW 4, 101 y s.), de 1914, desbarata con sutileza el diseño patético y frío de las sonatas, y en 1928 escribe un bailoteante e irónico minué sobre un minué (cfr. AdB 5, 319). En «Obra sin título (II)» (1928), el ambiguo estudio polifónico de las tres formas dramáticas cine, ópera y teatro adquiere una estructura musical más compleja; aquí se superponen de manera sincrónica la película que acaba de ver (*La leyenda de Gösta Berling*, de Mauritz Stiller), la obra que se interpreta en aquel momento (*Fidelio*, de Beethoven) con Beethoven todavía vivo, pero enfermo, y el proyecto teatral que está en el cajón del escritorio del vecino de asiento. También se han incorporado algunas de las «serenatas» de Walser —sus eróticas romanzas amorosas y serenatas, que se acompañan con guitarras o mandolinas para acentuar el colorido español—. No pocas citas de este epílogo proceden, con toda deliberación, de textos que no se incluyen en

la antología, pues en ellos la música solo se menciona de manera marginal, a menudo reducida a una sola frase.

Instrumentos parlantes

Los instrumentos musicales asumen en Walser papeles muy diferentes. El acordeón representa un mundo auténtico, sencillo, sin mentiras; la guitarra y la mandolina son accesorios de músicos ambulantes de la época romántica, que frecuentemente llevan los instrumentos atados a la espalda, sin tocarlos. La relación de Walser con instrumentos prestigiosos como el violín y el piano es ambigua. En él estos están casi siempre en las manos de viajeros virtuosos o discípulas aventajadas y vacilantes. En los textos sobre Paganini (1912) el violín aparece como algo celestial; por el contrario, en la prosa tardía «El concierto» (1930), donde lo rasca la hija de la casa, se convierte en instrumento de martirio y en símbolo de la desestructuración familiar. Pero el violín también puede significar una inalcanzable maestría y fracaso, como en el temprano *dramolett* «Los chicos», que Walser publicó en la revista *Die Insel*. Ahí uno de los chicos toca una pieza «con Paganini» para reconocer que no logró convencer al maestro de su talento: «Yo [...] guardé el violín y me marché, y ahora... renunciaré a tocar el violín» (SW 14, 13).

Más ambigua todavía es la relación de Walser con el piano, que en repetidas ocasiones considera un instrumento de representación burgués. A veces el narrador es humillado por un pianista consumado que con su pericia triunfa frente al mundo femenino; otras, el piano está en el centro de una escena que se regodea en la relación sadomasoquista entre la profesora de piano y su alumno; en ocasiones el narrador se esfuerza por lograr una cercanía física al instrumento deseando ser él mismo el teclado: «Involuntariamente envidié a las teclas, a las que les cabía el placer de temblar y sonar bajo las encantadoras pulsaciones de los dedos [...]» (AdB 4, 214). Solo en los textos sobre Chopin se muestra una técnica pianística diferente, un mundo sin estudios, sin notas, un mundo de

fantasía musical libre, pero al mismo tiempo arraigada e idónea para la vida: «Con los ladrones aprendí a lavar, coser, cocinar y a interpretar a Chopin» (SW 8, 46), escribe en 1924 en «Titus».

Aquí se manifiesta en toda su ambivalencia la concepción walsariana de la música, pudiendo intervenir también, por ejemplo, en el piano, trasfondos privados. Su hermano Ernst, fallecido en 1916 a los cuarenta y tres años de edad en una institución psiquiátrica, tenía, antes de su completo desmoronamiento mental, ambiciones musicales y era un «excelente pianista» (SW 9, 233), había escrito «composiciones musicales» (SW 9, 235) —así al menos figura en el retrato literario en clave del hermano, que Walser pergeña en 1907 en *Los hermanos Tanner*, su primera novela—.

La relación de Walser con las cantantes es aún más compleja que con el piano, porque aquí lo erótico resuena con más fuerza que en las distintas profesoras de piano que aparecen en sus escritos. Walser distingue entre el canto sencillo de voces naturales, que alaba por encima de todo y al que pertenece también el canto litúrgico, y el canto de voces de formación clásica. Este canto operístico le parece artificial y lo compara sarcásticamente con trinos y gorjeos. Por eso a Walser le gusta alejar a las cantantes; por ejemplo, para ejercitar su arte, han de dirigirse a un bosquecillo cercano. En la prosa «Olympia», de 1925, vuelven a entrar en conflicto el canto y la cercanía conyugal: «Un escritor contrajo matrimonio [...] con una hija de buena familia que pensaba formarse como cantante, para lo cual pasaba su tiempo como una avecilla canora, dedicándose durante todo el santo día a practicar sus gorjeos. Cómo me reí cuando él se vio molestado por eso mientras componía versos» (SW 17, 123).

Con su rechazo del canto clásico Walser se aproxima a aquellos compositores coetáneos que después de 1900 experimentan con el recitado y redescubren el melodrama. Para artistas tan diferentes como Arnold Schönberg, Ígor Stravinski, Arthur Honegger o Harry Partch el gran canto lírico se había petrificado y ya no servía como soporte de la nueva expresividad musical. A pesar de que Walser era, en sentido literario, un melodista virtuoso y un verdadero maestro de la técnica de la ornamentación, percibía con claridad la crispación y encorsetamiento del canto clásico, pero también se percataba cuando se superaba ese

constreñimiento. Así lo pone de manifiesto de manera ejemplar la prosa «Cuadro urbano», fechada hacia 1927: «Acaso esté permitido decir que en una sala de conciertos una cantante entonaba lo más felizmente que imaginarse pueda ante un número reducido de asistentes que escuchaban atentos y agradecidos una canción que se reflejaba melodiosamente en sus agradables dimensiones. La interpretación y la canción hacían contemplar simpatizando y contribuyendo a dar forma a una experiencia. Intensos aplausos premiaron un esfuerzo que lo fue tanto más cuanto menos dejó que se notase» (SW 19, 61 y s.). Así quizá podría intentarse entender de la manera siguiente la ambivalente relación walseriana con la música: Walser amaba la música, que es más música cuanto menos tiene que esforzarse por serlo.

El oyente más aventajado

La escritura de índole musical de Robert Walser llamó la atención de sus contemporáneos. En 1911 Max Brod percibe «música espontánea» en los textos walserianos; Hermann Hesse, en 1917, «refinada música de cámara». Y cuando en 1936 ve la luz una nueva edición de la novela walseriana *El ayudante*, Hesse opina que su autor es un «músico puro». La afinidad de Walser con la música y lo musical obedece a su interés por lo acústico, que caracteriza su obra en un doble sentido: como afición auditiva y como propensión a la gesticulación oratoria. Cuando el narrador —como en la pieza en prosa «La ruina» (1926)— pide la palabra como «el oyente más aventajado» (SW 17, 141), esto revela una sensibilidad acústica frente a los bastidores sonoros de la polifonía *in crescendo* de la época. A este específico «carácter auditivo» (Peter Utz) responde en la escritura walseriana un marcado interés por la fonética y lingüística del habla, que se manifiesta por ejemplo en el recurso estilístico a la «oralidad» (Dieter Roser). Ya la primera prosa walseriana, «El lago Greifensee», de 1899, se presenta como un soliloquio irónico que aborda la insuficiencia y fracaso de la expresión literaria. «Comienzo

apaciblemente a charlar conmigo mismo» (SW 2, 32), dice el narrador al principio para deducir al momento: «No llego a hablar nada, aunque me siento como si ya hubiese hablado demasiado» (SW 2, 33). La sensación decisiva de no poder capturar literariamente de manera adecuada las experiencias constituye la base de la idea que Walser tiene de la música como una forma de expresión privilegiada, que supera el corsé del idioma, generando una profunda emoción.

La «música lingüística» de Walser no solo se alimenta del antiguo deseo de oponer a las letras muertas y mudas de la escritura la viveza y sonoridad del lenguaje, sino que también interactúa de manera activa con el progreso técnico que lleva aparejados aparatos como el teléfono, el gramófono, el altavoz, la radio y el proyector, y que propicia o en primer lugar origina fenómenos como la percepción intermediática, la multimedialidad, la lectura en voz alta de autores, los debates en directo, las entrevistas, la cinematografía y la radiofonía. Una de las características de la modernidad de Walser es que dispone de una marcada conciencia de las interacciones intermediáticas en la producción y recepción de textos literarios y que reconoce las particularidades sensoriales, materiales y mediáticas de la escritura y la lectura como requisitos y condiciones básicas e insoslayables del proceso creativo y las incluye en este.

En la escritura de Walser, la percepción acústica no actúa como mero apéndice de los demás sentidos, sino que señala una cualidad *sui generis*. Que Walser atribuya a los tonos y sonidos un efecto tan conmovedor se debe a su convicción de que la música —que a su vez tiene lugar como acontecimiento— en su condición de acontecimiento y de proceso es capaz de captar la «vida» de un modo más certero que cualquier otra modalidad artística. En «Mis empeños», prosa tardía de 1928-1929, que cabe considerar una especie de balance de la actividad literaria walseriana, se torna evidente el enorme interés de Walser por captar «vida» con su arte: «En ocasiones, cuando yo me ponía a escribir de manera espontánea, acaso pareciera un poco ridículo para gente archiseria; pero yo experimentaba en el ámbito lingüístico confiando en que existiera en el lenguaje alguna desconocida vivacidad que me alegrase despertar» (SW 20, 429 y s.). Para Walser, pues, la música no solo es algo bello y verdadero, sino también algo increíblemente subversivo que —en cuanto

diferente al lenguaje— se opone a las limitaciones de las convenciones y significados.

Debido a la enorme afinidad con lo musical, sorprende que la obra de Robert Walser no se haya convertido antes en objeto de afanes compositivos. Tras unos comienzos vacilantes, en las décadas de 1960 y 1970 se inició sin embargo una dedicación que con el tiempo alcanzó una intensidad similar a lo que se produjo con Friedrich Hölderlin o Rainer Maria Rilke. Un punto culminante lo constituye, sin duda, *Blancanieves*, la ópera de Heinz Holliger basada en el *dramolett* homónimo de Walser, que se estrenó en 1998 en el Teatro de ópera de Zúrich y se exhibió en 2014 en el Teatro de Basilea con una nueva puesta en escena de Achim Freyer, bajo la dirección musical del compositor.

Por la obra de Walser se interesó, en primer lugar, la vanguardia musical, sobre la que Walser actuó de manera provocativa y liberadora en la medida en que del análisis de sus textos surgen frecuentes composiciones multidisciplinares que dinamitan todas las convenciones. Como autor, Walser ocupa los márgenes del negocio, y su obra forma parte del canon de los heterodoxos y los inadaptados. Como maestro de sutilezas y de la polifonía, pero también del permanente cuestionamiento, evolución y movimiento, los *topoi* se convierten, bajo su mano, en zonas flexibles que inauguran una nueva libertad de movimientos.

Roman Brotbeck y Reto Sorg

Procedencia de los textos

Los textos de este libro —incluyendo los signos crítico-textuales— proceden de las siguientes ediciones:

Robert Walser, *Sämtliche Werke in Einzelausgaben* [Obras completas en ediciones separadas], Jochen Greven, ed. lit., 20 vols., Ed. Suhrkamp, Zúrich y Fráncfort del Meno, 1985-1986 (st; 1101-1120) [= SW].

Robert Walser, *Aus dem Bleistiftgebiet*, 6 vols. Descifrado y editado por Bernhard Echte y Werner Morlang por encargo del Archivo Robert Walser a la Fundación Carl Seelig de Zúrich. Ed. Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1985-2000 [= AdB].

Robert Walser, *Feuer. Unbekannte Prosa und Gedichte*, Bernhard Echte, ed. lit., Ed. Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 2003 [= Feuer].

«Miedo» (SW 13, 26); publicado por primera vez en el *Wiener Rundschau* como *Enttäuschung* («Desengaño») bajo el título *Gedichte* («Poemas»), agosto de 1899.

«Escena de cervecería» (SW 13, 44); manuscrito inédito, anterior a 1900.

«Laúd» (SW 2, pp. 8 y s.); publicado por primera vez en *Die Insel* como el segundo de seis textos publicados bajo el título *Sechs kleine Geschichten* («Seis pequeñas historias»), agosto de 1901.

«Piano» (SW 2, pp. 9 y s.); publicado por primera vez en *Die Insel* como el tercero de seis textos publicados bajo el título *Sechs kleine Geschichten* («Seis pequeñas historias»), agosto de 1901.

«Música» (SW 1, pp. 43 y s.); publicado por primera vez en *Sonntagsblatt des Bund* con el título *Fritz Kocher's Aufsätze* («Artículos de Fritz Kocher»), 6 de abril de 1902.

«Brentano. Una fantasía» (SW 15, pp. 78-86); manuscrito inédito, hacia 1902.

«El disparo. Una pantomima» (Feuer, pp. 11-16); manuscrito inédito,

hacia 1902.

«Simon: Una historia de amor» (SW 2, pp. 15-22); publicado por primera vez en *Freistatt*, 2 de abril de 1904.

«A la luz de la luna» (SW 13, pp. 19 y s.); publicado por primera vez en *Die Opale*, enero de 1907.

«Velada teatral» (SW 2, pp. 50-56); publicado por primera vez en *Die Schaubühne*, 23 de mayo de 1907.

«Amor de chico» (SW 13, pp. 23 y s.); primera edición en el libro *Gedichte* («Poemas»), 1908.

«Cuadro viviente» (SW 3, pp. 58-61); publicado por primera vez en *Die Schaubühne*, 13 de mayo de 1909.

«La Vaquería» (Feuer, pp. 47 y s.); manuscrito inédito, hacia 1911.

«Don Juan» (SW 3, pp. 50-53); publicado por primera vez en *Die Schaubühne*, 28 de marzo de 1912.

«Paganini. Variación» (SW 2, pp. 92-94); publicado por primera vez en *Vossische Zeitung* con el título «Paganini», 23 de abril de 1912.

«Paganini» (SW 3, pp. 127-129); publicado por primera vez en *Die Rheinlande*, julio de 1912.

«El tañedor del arpa de mano» (SW 13, pp. 53 y s.); publicado por primera vez en *Arkadia* con el título *Handharfe am Tag* («Arpa de mano de día»), 1913.

«Una rama de abeto, un pañuelo y un gorrito» (SW 4, pp. 135 y s.); publicado por primera vez en *März* como el segundo de seis textos titulados *Kleine Sachen* («Cosas pequeñas»), 24 de enero de 1914.

«El hombre» (SW 4, pp. 136 y s.); publicado por primera vez en *März* como el tercero de seis textos titulados *Kleine Sachen* («Cosas pequeñas»), 24 de enero de 1914.

«El arpa de mano» (SW 4, pp. 139); publicado por primera vez en *März* como el sexto de seis textos titulados *Kleine Sachen* («Cosas pequeñas»), 24 de enero de 1914.

«La capilla» (SW 4, pp. 98 y s.); publicado por primera vez en *Die weissen Blätter* como el cuarto de siete textos titulados *Sieben Stücke* («Siete piezas»), febrero de 1914.

«La sonata» (SW 4, pp. 101-103); publicado por primera vez en *Die weissen Blätter* como el sexto de siete textos titulados *Sieben Stücke* («Siete piezas»), febrero de 1914.

«Pintor, poeta y cantante» (SW 16, pp. 90 y s.); publicado por primera vez en *Die Ähre* con el título *Sechs Prosastücke* («Seis piezas en prosa»), 11 de abril de 1915.

«Noche de verano» (SW 16, pp. 91-93); publicado por primera vez en *Vossische Zeitung* con el título *Kammermusik* («Música de cámara»), 15 de noviembre de 1915.

«Conmemoración de *Los cuentos de Hoffmann*» (SW 6, pp. 91 y s.); publicado por primera vez en *Vossische Zeitung* bajo el título *Kleine Malerei* («Pequeña pintura»), 12 de enero de 1916.

«La marina» (SW 5, pp. 81-83); primera edición en el libro *Prosastücke* («Piezas en prosa»), 1917.

«El cantor errante» (SW 5, pp. 134-137); primera edición en el libro *Kleine Prosa* («Pequeña prosa») como capítulo del texto *Leben eines Dichters* («Vida de un poeta»), 1917.

«Nevada» (SW 5, pp. 159-162); primera edición en el libro *Kleine Prosa* («Pequeña prosa»), 1917.

«Chopin» (SW 13, pp. 70 y s.); publicado por primera vez en *Die Weltbühne*, 16 de septiembre de 1920.

«La antigua marcha de Berna» (AdB 1, p. 291 y s.); micrograma, septiembre-noviembre de 1924.

«Gran ópera» (AdB 1, pp. 290 y s.); micrograma, octubre-noviembre de 1924.

«Dar golpes» (SW 17, pp. 199 y s.); publicado por primera vez en *Neue Zürcher Zeitung* como *Klopfen. Ein wenig ironisch gemeint* («Dar golpes. Dicho con cierta ironía»), 4 de enero de 1925.

«Si yo viera a mi novia, pero qué digo novia, ideal tendré que decir» (AdB 1, pp. 49 y s.); micrograma, abril-junio de 1925.

«La figurita de porcelana» (SW 13, pp. 150-152); publicado por primera vez en *Wissen und Leben* bajo el título *Gedichte* («Poemas»), 20 de junio de 1925.

«Concierto» (SW 17, pp. 35 y s.); publicado por primera vez en *Berliner Börsen-Courier*, 18 de agosto de 1925.

«Yo me llamaba Tannhäuser» (SW 17, pp. 45-48); publicado por primera vez en el *Berliner Börsen-Courier*, 3 de septiembre de 1925.

«Mozart, así se llamaba un músico» (AdB 6, pp. 388 y s.); micrograma, septiembre de 1925.

«Una cabeza de ternera» (AdB 5, pp. 52-54); micrograma, octubrediciembre de 1925.

«Gerda» (SW 8, pp. 19-22); primera edición en el libro *Die Rose* («La rosa»), 1925.

«En este ante todo discreto, delgado y pequeño memorándum, como quien dice» (AdB 5, pp. 268-272); micrograma, enero-febrero de 1926.

«Sobre una función de ópera» (SW 17, pp. 41-45); publicado por primera vez en *Berliner Tageblatt*, 16 de abril de 1926.

«La chica con el ensayo» (SW 18, pp. 256-261); primera edición en *Frankfurter Zeitung*, 28 de noviembre de 1926.

«Comentarios sobre un estreno del *Don Juan* de Mozart» (SW 18, pp. 268-270); publicado por primera vez en *Berliner Tageblatt*, 21 de diciembre de 1926.

«Asistí a un concierto» (SW 19, pp. 33-36); manuscrito inédito, 1926-1927.

«La dama al piano» (SW 13, p. 257); publicado por primera vez en *Prager Tageblatt* bajo el título *Zwei Gedichte* («Dos poemas»), 20 de febrero de 1927.

«Hoy he mirado de hito en hito al director de la *Novena sinfonía*» (AdB 5, pp. 70 y s.); micrograma, febrero-marzo de 1927.

«Ella estudió en el conservatorio» (AdB 6, pp. 416 y s.); micrograma, febrero-marzo de 1927.

«Todo lo que uno se imagina que es un rruiseñor» (AdB 5, pp. 208211); micrograma, junio de 1927.

«Era demasiado débil» (AdB 6, pp. 448 y s.); micrograma, hacia noviembre-diciembre de 1927.

«Es lunes por la mañana temprano» (AdB 5, pp. 67-70); micrograma, hacia noviembre-diciembre de 1927.

«Hace media hora» (AdB 6, pp. 450 y s.); micrograma, noviembrediciembre de 1927.

«Sobre *La flauta mágica* de Mozart» (SW 19, pp. 306-309); manuscrito inédito, 1927-1928.

«Temprano lo acostumbraron» (AdB 6, pp. 479 y s.); micrograma, septiembre-noviembre de 1928.

«Hace un momento se ha escapado un libro de una editorial» (AdB 5, pp. 319 y s.); micrograma, octubre-noviembre de 1928.

«Obra sin título (II)» (SW 19, pp. 303-306); manuscrito inédito, 1928.

«Sobre dos novelitas» (SW 20, pp. 314-318); publicado por primera vez en *Sport im Bild*, 31 de octubre de 1929.

«El concierto» (SW 20, pp. 132 y s.); publicado por primera vez en *Sport im Bild*, 21 de octubre de 1930.

«Ciudad pequeña» (SW 20, pp. 185 y s.); manuscrito inédito, hacia 1930.

«Vida familiar» (SW 13, pp. 129 y s.); publicado por primera vez en *Prager Presse*, 5 de julio de 1931.

«La hermosa noche» (SW 19, pp. 86-88); publicado por primera vez en *Prager Presse*, 2 de abril de 1933.

1 «ridículamente espléndida».

Título original: *Das Beste, was ich über Musik zu sagen weiß*

Edición en formato digital: abril de 2019

En cubierta: fotografía de Robert Walser y fondo de Lebrecht Music & Arts / Alamy Stock Photo

© Suhrkamp Verlag Zürich 1978 und 1985 All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag Berlin

© De la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2019

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17860-43-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com